Seumas O'Kelly

AL BORDE DEL CAMINO

Traducción de Celia Filipetto

Pese a su prematura muerte, Seumas
O’Kelly
tuvo tiempo de convertirse en uno de los escritores irlandeses más relevantes del siglo XX. Su talento lo avalan relatos como *La tumba del tejedor*, considerado entre los mejores cuentos en lengua inglesa, y los aquí reunidos por primera vez en castellano bajo el título *Al borde del camino*.

Los diez cuentos que componen este libro están ambientados en la región de Connacht, la más castigada por la Gran Hambruna que azotó Irlanda a mediados del siglo XIX, y los protagonizan gentes humildes y olvidadas a cuyas minúsculas vidas, a menudo envueltas de fábula,
O’Kelly
rinde homenaje asomándose al borde del camino.

Seumas O'Kelly

Al borde del camino

Relatos de Connacht

ePub r1.0
Titivillus 10.06.2023

Título original: *Waysiders*
Seumas O'Kelly, 1918
Traducción: Celia Filipetto
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

La lata con la marca del diamante

I

El nombre destacaba en castas letras blancas sobre el fondo negro del cartel. Podía decirse, en realidad, que brotaba del paisaje, porque en su entorno rural la tienda resaltaba con cierto aire agresivo. Era un oasis comercial en un desierto de hierba. Proclamaba el choque de dos civilizaciones. Los montes se disponían a su alrededor y, como las galerías de un vasto anfiteatro, se elevaban de grada en grada hacia el azul del cielo. El camino amarillo bajaba hacia el valle con sus fantásticos retozos. Y en una de sus caprichosas curvas estaba la tienda, la tienda de Festus Clasby, un bulto extraño en el paisaje, con un único y largo escaparate repleto de oscura mercancía, y una atmósfera que destilaba una respetabilidad con gran solera y muchas telarañas.

Dentro de la tienda estaba Festus Clasby en persona, cual gran obra maestra en su marco antiguo. Era el producto de dos civilizaciones, el auriga que dirigía con mano autoritaria a los dos fogosos corceles Agricultura y Comercio. Era un hombre de tierras y de tiendas. Su cara oscura, enmarcada por el cabello y la barba más oscuras aún, era cuadrada y maciza. Tras la exuberante mata de pelo, la sangre rica brillaba en la piel clara. Su pecho era ancho, sus piernas sólidas mostraban amplitud en las caderas y potencia en las pantorrillas. En sus ojos grandes y oscuros ardían tonos suaves, aterciopelados. La nariz era larga, sus orificios denotaban cierta animalidad, la boca era elocuente. Su voz grave, de tono agradable y calmo, flotaba como un cántico sobre las cajas y toneles de su tienda. Sus palabras nunca desentonaban, sus puntos de vista, vagamente reconfortantes, basados en convenciones aceptadas, se

concretaban en lugares comunes redondos, suaves, arrulladores. Su actitud era seria, sus movimientos, pausados, la gran mole de los hombros adoptaba poses involuntarias bajo la luz curiosamente mortecina de la tienda. Sus manos daban la impresión de lentitud y moderada destreza; eran capaces de hacer un paquete en el mostrador sin dejar feos dobleces; podían completar una operación quirúrgica menor en una bestia del campo sin que degenerase en carnicería; y siempre estaban ocupadas, aunque fuese enrollando un ovillo de bramante. Su ropa desprendía un leve aroma a canela, nuez moscada y semillas de alcaravea.

Festus Clasby no habría desentonado en ningún puesto importante en la vida; sus hombros habrían llevado con dignidad la cadena dorada del cargo de alcalde de una ciudad apreciable; en la sesión de investigación de un magistrado forense habría sido un perfecto presidente del jurado; como jefe del piadoso gremio de una iglesia podían llegar a confundirlo con las figuras de las vidrieras de colores; marchando al frente de una banda de metales habría representado al héroe conquistador; como encargado de una funeraria lo habría reconciliado a uno con la muerte. Forjado a la perfección como cofre humano no había confianza técnica que los hombres no hubiesen depositado en él. En la práctica, Festus Clasby cumplía con dignidad la más fatal de todas las ocupaciones sin perder su tremenda ilusión de respetabilidad. Las manos que cortaban el tocino y el tabaco, que abrían las espitas encima de los medidores de pintas, que echaban puñados de salvado o harina en la balanza, que sacaban arenques de los barriles, que envolvían bastones de caramelo con trozos de papel para los niños, eran manos cuyos movimientos no se atrevían a seguir, con un destello de sospecha, los ojos de ningún cliente insolente. Ni una sola vez en la vida se vio empañado aquel cofre; la vez que estuvo más cerca fue cuando compró —por muy poco, como era su costumbre— la póliza de seguro de un hombre quebrado al día siguiente de que aquella práctica fuese declarada ilegal. En el mostrador de Festus Clasby no se regateaba. Allí solo se mantenían conversaciones agradables sobre cosas que Festus Clasby no vendía, como el tiempo, las enfermedades de los animales, los resultados de las carreras y los escándalos de las familias reales de Europa. Estas conversaciones no se mantenían con prisas ni se prolongaban en

exceso. Llegaban a su feliz conclusión en el preciso instante en que Festus Clasby ataba el nudo en el bramante del paquete. Pero encontrarse frente a su mostrador, bajo las luces votivas, apretujado entre las divisiones y subdivisiones de sus cajas y toneles, y oler los buenos aromas que despedían sus estantes, y ser atendido por Festus Clasby en persona era sentirse atendido en toda la extensión del término.

Los pequeños granjeros y los pastores y los robustos y morenos hombrecitos de montaña abrigaban este sentimiento reverencial por el buen hombre y su tienda. Se acercaban al establecimiento como los sagrados peregrinos se acercan a un altar. Se acodaban en su mostrador con aire devoto. Festus Clasby los atendía paciente y benévolo. Era como un dios de sangre caliente que repartía regalos detrás del mostrador. Cuando sacaba su voluminoso libro de cuentas y anotaba sus compras con un lápiz de carpintero tras haber mojado la punta entre sus labios flexibles, en el fondo de sus almas tenían la firme convicción de que en ese instante se convertían de una vez y para siempre en deudores de Festus Clasby. Y en verdad eso era exactamente lo que eran. De año en año sus cuentas quedaban grabadas en ese libro; en el curso de sus vidas las cantidades aparecían y desaparecían junto a sus nombres, registrando los altibajos de sus historias económicas. Solo cuando Festus Clasby les había suministrado el material para sus velatorios, el gran lápiz, con un poderoso trazo, tremendo en su irreversibilidad, recorría cual espada sus nombres, borrando de aquellos montes hasta sus recuerdos. Todas las compras se anotaban en el poderoso registro de Festus Clasby sin que mediara la vulgar discusión del precio. La actividad del establecimiento se sustentaba en la fe depositada en el hombre que vendía y en la aquiescencia a esa fe por parte del hombre que compraba. Era tan probable que a los clientes de Festus Clasby les diera por dudar de sus precios como que les diera por dudar del derecho de la tierra a dar vueltas alrededor del sol. Festus Clasby era el planeta alrededor del cual giraba esta constelación de pequeños granjeros, pastores y robustos y morenos hombrecitos de montaña; de su tienda obtenían la luz, el calor y el alimento que les permitía no cejar. En aquel mostrador quedaban registradas hasta sus emociones. Frente al hombre con predisposición religiosa, era capaz, a cambio de un precio, de bajar

de sus estantes el devocionario *La llave del cielo* y entregárselo; desde el otro lado del mostrador daba consuelo al hombre que llegaba resollando hasta sus espitas para ahogar el recuerdo de alguna impertinencia crónica. Daba crédito a muy amplio plazo y, según su filosofía, un muy amplio plazo justificaba un muy amplio beneficio. En cuanto a la garantía, si los clientes de Festus Clasby no disponían de mucho dinero, sí tenían hierba que crecía todos los años, y los animales que Festus Clasby engordaba y vendía en las ferias, en ocasiones debían comerse a sus deudores hasta borrarlos de su libro. Cuando ni siquiera sus bueyes eran capaces de conseguirlo, Festus Clasby hablaba con el pequeño granjero para que hipotecara la tierra, de modo que de vez en cuando para Festus Clasby los pequeños granjeros se convertían en pastores. Así lograba mantener su posición con la espalda hacia el monte y los pies hacia el valle, recorriendo su territorio a grandes zancadas como un Coloso. Cuando veías su nombre en el cartel destacando desnudo con el paisaje al fondo, y cuando veías a Festus Clasby detrás de su mostrador, sabías instintivamente que ambos habían sido siempre de fiar como que hay veinte chelines en una libra.

II

Un buen día, en su viaje de regreso a casa, Festus Clasby pasó con el carro cargado de provisiones por las afueras del pueblo más cercano. En ese preciso instante la figura enjuta de un calderero llamado Mac-an-Ward, hijo del bardo, dobló la esquina de una calle con una lata bajo el brazo. Era la lata con la marca del diamante.

Mac-an-Ward se acercó a Festus Clasby, que detuvo el carro.

—¿Y bien, buen hombre? —preguntó Festus Clasby, usando la frase que, desde el otro lado del mostrador y con las manos abiertas, dirigía a los clientes de toda la vida.

—El último de un lote excepcional —dijo Mac-an-Ward, y con diestro ademán colocó la lata sobre la punta de sus dedos hasta dejarla a la altura de la cara enorme de Festus Clasby.

Festus Clasby tomó aquello como una propuesta de negocio y, en su fuero interno, su alma de comerciante comenzó a agitarse. ¿Por qué no comprarle la lata al calderero y venderla por un

margen en el mostrador de su tienda, exactamente como vendería las piezas de tocino que, envueltas en arpillera, llevaba en el carro? Estaba de buen humor y depositó las riendas en el carro, a su lado.

—¿Así que es la última? —dijo, ojeando la lata.

—Es la lata con la marca del diamante.

—Las piezas sueltas se venden por poco —dijo Festus Clasby.

—Es la última, pero la flor de la cosecha.

—Los restos van a precio de ganga o restos se quedan.

—¡Por mi billetera! —protestó Mac-an-Ward—. Me ofende usted. No hable como si la hubiera encontrado en un montón de chatarra.

—¡No faltaría más! Pero sí diré que, siendo la última y una pieza suelta, un sacrificio habrá que hacer.

El hijo del bardo dio unos golpes suaves con los nudillos en el costado de la lata.

—¡Cómo habla el hombre duro del campo! No muestra ningún respeto por mis sentimientos. Esta mañana, antes de que se levantaran las alondras, ya tenía el soldador en la mano. En el fondo de esta lata vi salir el sol con todo su esplendor, y eso que estaba de espaldas al este.

—No la quiero por el brillo.

—¡Hombre por Dios, que no la quiere por el brillo dice! Podrá arrancarle la luz a la luna, sofocar el fuego que arde en el corazón del sol. Podrá ponerle pantalla a la aurora boreal y pintar el arcoíris con negro de humo. Podrá hacer todas esas cosas menos negar el brillo de esta lata. ¡Mírela! Llegará el fin del mundo y esta lata destellará frente al cielo y dirá: «¡Ah! ¿Dónde están ahora todas las grandes estrellas que presumían de su esplendor?». No quedarán estrellas que contesten esa pregunta. Estarán todas muertas en el cielo, enterradas en las tumbas olvidadas del firmamento.

—Olvídese del firmamento. Déjeme comprobar que no tenga grietas.

Festus Clasby sostuvo la lata entre su hermosa cara y el cielo luminoso.

—¡Grietas! —exclamó Mac-an-Ward—. Grietas en una lata que podría decirse que soldé con la sangre de mi corazón. ¡Por todos los santos de Kilcock, qué ideas se le ocurren a este hombre del campo! No ve valor en su brillo, ahora me dirá que su música carece de

virtudes.

—Me gusta la música —dijo Festus Clasby—. No hay violinista que haya pasado por mi puerta que no hable bien de mí. Ni uno solo puede decir que se haya ido sediento de mi mostrador.

—Violinistas, ¿qué son los violinistas? —se preguntó el hijo del bardo—. ¿Qué sonido tienen ellos que se parezca a la dulce música de la leche al caer en la lata desde las ubres amarillas de la vaca colorada? Mañana y tarde se tocará en ella un himno en el corral. ¿Acaso la canción más armoniosa no tenía por título *Cailin deas crúidhte na mbo*[1]? ¡Música! ¿Cree que el agua del manantial de aguas milagrosas no mejorará su burbujeo al hundir en ella una lata como esta? Será bien recibida en todas partes por su limpieza y su pureza. ¡Dios santo, fíjese qué bien he redondeado con los alicates el borde de esta lata! Un corte limpio y seco, soldada al despuntar el alba, cuando el rocío mojaba las manos que la moldeaban, las virutas desparramadas a mis pies como alhajas. ¿Y me viene ahora con regateos? No pienso vendérsela. La pondré en un altar sagrado.

Festus Clasby dio vueltas a la lata entre sus manos, y un tanto perplejo dijo:

—A mí me parece una lata como cualquier otra.

—Es la lata con la marca del diamante —especificó Mac-an-Ward.

—¿Qué valdrá, un chelín?

—¡Y le pone precio! Blasfema. Este hombre no tiene religión. Perderá el alma. Los demonios le pondrán grilletes. Arrastrarán su alma roja por el tejado. Deme la lata; no la toque más con esas manos. Son toscas; los pelos sobresalen de los nudillos morados como rastrojos en un prado mal segado. Esa lata se hizo para las manos delicadas de una mujer o de los ángeles que llevan agua al tribunal del Paraíso. Se me apareció en una visión que tuve la noche antes de hacerla; la llevaba en la cabeza una doncella de dorados cabellos. Iba descalza y sus pies parecían caracolas. Cruzó andando un campo donde las margaritas crecían entre la hierba fresca; llevaba la lata posada en la cabeza como quien viene de ordeñar. Así que me levanté y dije: «Voy a hacer una lata digna de la cabeza de esta doncella». Y la hice con el sol naciente y el rocío de la mañana. Y ahora me pregunta que si vale un chelín.

—Por más que hable, está hecha de hojalata. Y de no muy buena

calidad, por cierto.

—¿Que la hojalata no es buena? Tuve la pieza entera en mis manos antes de que los alicates la tocaran. La doblé y se curvaba, flexible como una cría de serpiente. La sacudí y las ondas la recorrieron cuan larga era como olas plateadas en un lago. Su voz llevaba la fuerza de los tiempos. Reunió su poderío en el seno de la tierra. La fundieron con el metal precioso de las minas de la península de Malaca, y conservará el brillo mucho después de que el destello del diamante se haya apagado.

—Le daré un chelín por ella y muérdase esa lengua de una vez.

—¡No! No quiero ese cargo de conciencia. Pongo a Dios por testigo. Antes la rompo. La corto en pedazos. Uno de esos pedazos todavía servirá para hacer una placa y, andando el tiempo, la clavarán en su propio ataúd, y en ella pintarán su nombre, su edad y la fecha de su muerte. Y cuando la pintura se haya borrado, brillará entre el polvo al que se verán reducidos sus huesos. La desenterrarán para conservarla cuando hayan quedado abolidas todas las tumbas. Dirán: «Guardaremos esta placa, pues quién sabe, quizá sea la que llevaba el nombre de aquel que se negó a comprar la lata con la marca del diamante».

—¿Por cuánto me la deja?

—Ahora sí que mostramos respeto. Permita que le ponga un precio, porque fui yo quien le ha dado esta forma. De ahora hasta que las golondrinas lleven zapatos tendrá una capacidad de tres galones y medio. Así y todo, estoy dispuesto a desprenderme de ella porque soy pobre, tengo hambre y una esposa delicada. Me parte el alma ponerle precio, pero deme dos chelines y es suya. Y págueme enseguida antes de que me arrepienta. Me da rabia tener que desprenderme de ella; por su bien, págueme enseguida y váyase.

—Pues no. Le daré un chelín con seis peniques.

—¡Asesino! Eso es apuñalarme. ¡Hay que tener valor! Mira qué ojos llenos de avidez. Serían capaces de devorar la hierba de los campos desde aquí hasta la montaña de
Devil’s
Bit. Si de usted dependiera, guardaría el aire bajo llave y lo vendería en suspiros entrecortados. Es usted repugnante. ¡Pero venga ese chelín con seis peniques y váyase a Connacht! Condeno mi alma al infierno estando junto a usted y su carro, oliendo lo que

lleva. ¿Cómo puede un hombre hablar con ese rico olor a tocino flotando entre él y el viento? Un chelín con seis peniques. Cuando apenas se ha secado el rocío que mojó mis manos mientras la estaba haciendo. Adiós, adiós para siempre, mi lata reluciente, nunca más te volveré a ver.

El chal de la esposa de Mac-an-Ward estuvo revoloteando al viento en una esquina próxima mientras tenía lugar esta discusión. Golpeaba contra la pared, agitado por el viento como una vela desprendida de su aparejo. Parapetada detrás del muro, la mujer fue asomando poco a poco la cabeza, espiaba con un ojo entrecerrado para sopesar las agradables proporciones de Festus Clasby sentado en su carro. Mientras el chelín y los seis peniques iban cayendo, contados moneda a moneda, en la palma de la mano morena del hijo del bardo, la silueta de su esposa salió flotando al camino y fue hacia él dando bandazos, cambiando de rumbo, indecisa a los ojos de quien no comprendiera el lenguaje de los gestos y el movimiento. Con una serie de giros vertiginosos llegó hasta el carro cuando se contaban los últimos peniques.

—Me he desprendido de mi herencia —dijo Mac-an-Ward—. He vendido mi alma y los ángeles lloran con las alas plegadas.

—Dicho de otro modo, he comprado una lata —simplificó Festus Clasby, y su cuerpo y todo el carro se sacudieron con su risa.

La esposa del calderero rio con él en armonía. Tendió la mano con un gesto que exigía un compasivo examen de la compra. Festus Clasby vaciló, mirándola a los ojos. ¿Sería de fiar? Sus ojos eran claros, grises y abiertos, casi infantiles en su redonda inocencia. Festus Clasby le entregó la lata y ella la examinó con calma.

—¿Quién le ha vendido la lata con la marca del diamante? —preguntó.

—El hombre que está a su lado.

—Lo ha engañado. Esta lata no es suya.

—Dice que la ha hecho él.

—¡Mentiroso! Jamás ha combado esta pieza.

—Eso a mí me trae sin cuidado. Ahora es mía.

—La lata es de mi hermano. No puede deberse a ninguna otra mano. ¡Mire! ¿Ve esta marca en la lámina de hierro donde se une el asa con el costado?

—La veo.

—¿No tiene forma de diamante?

—Sí.

—Por eso reconozco la lata. Mi hermano le pone la marca del diamante a todos los trabajos que hace con sus propias manos. Es su marca particular. Los tenderos la conocen. Las latas con la marca del diamante tienen un valor. Cuando no está borracho, este hombre de aquí también hace latas, pero la marca que él les pone es cuadrada. Los tenderos también las conocen porque no duran. Y porque se les caen las asas. Este de aquí nunca le ha dedicado tiempo al oficio, así que no sabe cómo remacharlas.

—Me vilipendia —dijo Mac-an-Ward en voz baja.

—Entonces me alegro de que no me haya vendido una de las suyas —dijo Festus Clasby—. Me gustan los artículos duraderos.

—Quizá aún esté a tiempo de comprarla —dijo la mujer—. Mi hermano está en cama con fiebre, y me ha dado permiso para vender las latas que en el remache de las asas llevan la marca del diamante.

—Pero yo ya la he comprado.

—Este hombre —dijo la señora con un tono de desprecio por su marido— no tenía ningún derecho a vendérsela. Si no es propiedad suya, sino de mi hermano, ¿no diría usted que ni él ni ningún otro hombre tiene derecho a venderla?

Festus Clasby se quedó perplejo. No estaba acostumbrado a que la gente con la que trataba le planteara cuestiones de titularidad. Frunció las negras cejas.

—¿Cómo puede un hombre vender algo que no es suyo? —insistió ella—. ¿Tiene usted por norma vender lo que no le pertenece?

—No, desde luego —contestó Festus Clasby, sintiendo que habían atacado gratuitamente su integridad de comerciante—. Nadie puede decir eso de mí. El justo valor ha sido siempre mi lema.

—Y el de mi hermano, que está enfermo con fiebre. Iré a verlo y le diré: «He conocido al hombre con el aspecto más respetable de toda Europa, que le ha dado un valor a tu lata por la marca del diamante». Le entregaré en mano el chelín con seis peniques que es su precio.

Cuando lo sacaban de su peculiar provincia, Festus Clasby tenía

una mente cuadriculada, el tipo de mente que se entretiene en cuestiones secundarias y se pierde en ellas si se plantean con la frecuencia y durante el tiempo suficientes. La marca del diamante en el asa, el hermano que estaba enfermo con fiebre, la supuesta falta de titularidad de Mac-an-Ward, la intervención de la mujer, las latas a las que se les caen las asas, las latas a las que no se les caen las asas, la justicia de vender lo que no te pertenece… todas estas cuestiones se atropellaban en la mente de Festus Clasby. El hijo del bardo aguardaba en silencio junto al carro, la vista perdida en el camino, un aire pensativo en la cara larga y estrecha.

—Págueme el chelín con seis peniques, que yo entregaré el dinero a mi hermano —dijo la mujer.

La mente de Festus Clasby regresó de inmediato a su bolsillo y el tendero dijo:

—No, que le dé el dinero este hombre y así usted se lo entrega a su hermano.

—Este hombre —dijo ella, displicente— no me interesa en absoluto. No tengo nada que decir sobre lo que haya ocurrido entre ustedes dos en relación con la lata de mi hermano.

—Si usted no tiene nada que decir —adujo Festus Clasby—, yo no tengo nada que ver con usted. Si él no tenía derecho a vender la lata, denúncielo a la policía, que para eso está.

—También está para que lo denuncie a usted —añadió la mujer.

—¿A mí? —exclamó Festus Clasby, sacando pecho—. Mi nombre nunca se le ha pasado por la cabeza a un policía salvo, quizá, cuando piensa en lo que me debe a final de mes por los cerdos que le vendí. Nunca he actuado a la sombra de la ley. Y a este hombre que está a su lado no tengo nada que decirle.

—Claro que sí. Le ha comprado algo que no era suyo. Usted recibió y quien recibe es tan culpable como el granuja. Lo dice la ley. Y la sombra de la ley es alargada.

Festus Clasby se bajó del carro con cara de preocupación y dijo:

—No estoy acostumbrado a estas cosas.

—Es usted un hombre apuesto, un hombre tenido en buena estima. Lleva muchas provisiones en su carro. Este que ve usted aquí solo tiene la camisa sucia que le cubre esa espalda de haragán. No le beneficiaría en nada que se lo llevaran a la cárcel, esposado entre dos policías, en compañía de alguien de semejante calaña.

—¿Qué está usted diciendo de mí, mujer?

—No será buena señal para el negocio que vean su carro y las provisiones que contiene entrar en el patio del cuartel. Toda la gente de este pueblo lo verá, porque tiene muchos ojos. La gente del oficio acudirá a sus puertas y hablará de ello. «Han vulnerado la propiedad de un hombre», dirán. «¿Qué propiedad?», preguntarán. «La lata con la marca del diamante», responderán. «El hombre con posibles conspiró con el ladrón para hacerse con ella». Estas mismas palabras se oirán en las calles.

Festus Clasby tenía en gran estima su nombre, el nombre que había mandado pintar encima de su puerta para que lo vieran todos los ojos del pueblo.

—La policía me conocerá por mi dilatada actividad comercial —dijo—. No me asociarán con este hombre, conocido como alguien que vive al margen de la ley.

—No corresponde a los polizontes poner al hombre honrado de un lado y al ladrón del otro. De eso se ocupa el tribunal. Comparecerá con él para responder a mi acusación. Los polizontes le dirán: «Sabemos que es un hombre de provecho, y la justicia estará de su parte». Pero la justicia es lenta y el buen nombre de una persona se pierde muy deprisa.

Festus Clasby palpó el dinero que llevaba en el bolsillo y su tacto lo impulsó a luchar.

—Por lo que sé, la lata podría pertenecer a este hombre. Usted no tiene ningún hermano y creo que es una impostora.

—Eso también lo decidirá la justicia. Si tengo un hermano, la justicia se encargará de presentarlo cuando se le haya pasado la fiebre. Si no tengo un hermano, la justicia así lo declarará. Si mi hermano hace latas con la marca del diamante, la justicia se enterará de su valor. Si mi hermano no hace latas con la marca del diamante, me tendrá usted por alguien que falta a la verdad. No hay cuestión bajo las estrellas sobre la cual no se pueda conseguir un pronunciamiento de la justicia. Pero, tal como corresponde, la justicia es lenta y esperará que a un hombre se le pase la fiebre. Antes de que la justicia se pronuncie, el buen nombre de otro cruzará el cielo como una nubecilla para borrarse de la memoria de la gente y no regresar en alas de ningún viento.

—Un precio muy alto por una lata —dijo Festus Clasby. Daba

vueltas entre sus dedos a las monedas que llevaba en el bolsillo.

La mujer sujetó la lata con un brazo y la cubrió con su chal, como la gallina acoge al polluelo y lo protege bajo el ala.

—Le he dicho ya muchas cosas —dijo ella—, porque a los ojos de una mujer insensata es usted un hombre importante y bueno. Si no tuviera yo un hermano enfermo, quizá me podrían convencer para que renunciara a su derecho a la lata con la marca del diamante a cambio del placer que me ha producido contemplar su cara. Cuando lo vi en el carro me dije: «Al fin un hombre que luce un porte de mi agrado». Cuando oí su voz me dije: «Suena a música celestial a los oídos de una mujer». Cuando vi sus ojos me dije: «Cuánto peligro celan para el corazón de una mujer». Cuando vi su barba me dije: «¡Qué barba más poblada! Signo de que el hombre es fuerte». Cuando me habló y me agasajó con su risa me dije: «Ay, quién pudiera ser la mujer que ocupara ese asiento y así viajar por los caminos del campo en un carro cargado de provisiones, al lado de alguien tan del gusto femenino». Pero mi hermano enfermo espera, y ahora voy a hacer algo que pondrá fin a su buen nombre. Debo ir en busca de aquellos que arrojarán la sombra de la justicia sobre muchos.

Se alejó con un profundo suspiro, como quien se dispone a cumplir con un penoso deber. Festus Clasby la llamó y ella regresó, sus ojos abatidos buscaron la cara del tendero. Festus Clasby sacó el dinero y depositó en su mano un chelín reluciente y dos monedas de tres peniques, al tiempo que se preguntaba, de forma vaga pero virtuosa, a qué robusto hombrecito de montaña le vendería luego la lata al doble de lo que le había costado.

—Ahora que me ha pagado la lata de mi hermano —dijo la esposa de Mac-an-Ward, guardando el dinero—, está usted en su derecho de reclamarle a este hombre malvado el chelín con seis peniques.

Dicho lo cual agitó, desdeñosa, el chal en dirección a Mac-an-Ward.

Festus Clasby miró al hijo del bardo con sus ojos tiernos y aterciopelados y, con voz algo nerviosa, le dijo:

—Vamos, señor. ¡Deme mi dinero!

Mac-an-Ward se subió los pantalones en las caderas como un marinero, escupió entre los dientes y sopesó a Festus Clasby a través

de la rendija de los ojos entornados. Los pies de Mac-an-Ward dieron unos cuantos saltitos en el suelo y Festus Clasby, que conocía lo suficiente el mundo y sus costumbres, dedujo que se trataba de movimientos científicos, inventados para que un hombre se enzarzara en una pelea. No le gustó el aspecto del hijo del bardo.

—Me iré a casa y que Dios se ocupe de él —dijo—. Entrégueme la lata y acortaré camino.

En ese momento, tres niños harapientos y ansiosos, las caras duras y curtidas, se acercaron al carro. Sin resuello rodearon a la mujer.

—¡Madre! —gritaron a coro—. ¡El hombre en la tienda grande! Está buscando una lata.

—¿Qué lata? —gritó la mujer.

—La lata con la marca del diamante —respondieron al unísono los tres niños.

La mujer se echó las manos a la cara como si acabaran de decir algo terrible. Miró a los niños fijamente.

—Quiere otra más para completar un pedido —vocearon—. Dice que pagará…

La mujer se apartó de ellos y preguntó con un grito:

—¿Cuánto?

—¡Media corona!

La esposa de Mac-an-Ward abrió los brazos en un gesto violento y desesperado y exclamó:

—¡Dios mío! La he vendido. He agraviado a mi hermano enfermo.

—¿Dónde la ha vendido, madre?

—Aquí, a este hombre apuesto y moreno.

—¿Cuánto le ha pagado?

—Dieciocho peniques.

Los tres niños volvieron las duras caras al cielo y lanzaron un aullido prolongado, cual sabuesos que acabaran de perder la presa.

De pronto a la mujer se le iluminó la cara. Miró anhelante a Festus Clasby y posó sobre su brazo la mano de la amistad, de la súplica.

—¡Ya la tengo! —exclamó con regocijo.

—¿Qué tiene? —preguntó Festus Clasby.

—La manera de salir del lío —dijo—. La manera de ahorrarle a

mi hermano un agravio. La manera de darle lo que le corresponde por la lata con la marca del diamante.

—¿Y cuál sería esa manera? —preguntó Festus Clasby con creciente escepticismo.

—Se la llevaré al dependiente y le pediré media corona. Cuando tenga la media corona regresaré aquí enseguida, o si lo prefiere puede acompañarme, y le devolveré el chelín con seis peniques. Así ganaré otro chelín y no le causaré a usted agravio alguno. ¿Estamos de acuerdo?

—No, no estamos de acuerdo —respondió Festus Clasby—. Entrégueme la lata. No quiero saber nada más de usted.

—¡Es un robo! —gritó la mujer y sus ojos se llenaron de pronto de ardiente rabia.

—¿A qué llama usted robo? —preguntó Festus Clasby.

—A quitarme un chelín. Y a agraviar a mi hermano enfermo mermando sus ganancias. Un hombre que vale cien, tal vez mil, interponerse así entre una pobre mujer y un chelín. Me decepciona usted.

—Venga esa lata —dijo Festus Clasby.

—Deje que la mujer se gane ese chelín —dijo Mac-an-Ward. Su voz se oyó a espaldas de Festus Clasby.

—Nuestra madre debe conseguir su chelín —gritaron los tres chicos.

Festus Clasby se volvió hacia Mac-an-Ward, y, al hacerlo comprobó que habían llegado dos hombres y seguían de cerca la escena, con la espalda apoyada contra una pared; se apoyaban en aquella pared con desgana, como quien no quiere la cosa, pero el tendero se dio cuenta de que pertenecían al mismo clan que Mac-an-Ward.

—Siempre ha traído buena suerte, la lata con la marca del diamante —dijo la mujer—. La oferta del hombre de la tienda grande es una prueba. No dejaré que tuerza la suerte de mi hermano, que está en cama con fiebre.

—¡Santo Dios! —gritó Festus Clasby—. Haré que los detengan a todos. Que los lleven ante la justicia.

Obligó al caballo a dar la vuelta y enfiló con el carro hacia el cuartel de policía, que brillaba a lo lejos con su plumaje de urraca. Los dos hombres allí presentes se aproximaron, y del otro lado llegó

otro más en compañía de tres ancianas. Junto con Mac-an-Ward, la señora Mac-an-Ward y los tres pequeños Mac-an-Ward, rodearon a Festus Clasby, que percibió vagamente cierto aire militar en aquella maniobra. Entre ellos fue cobrando fuerza un débil murmullo belicoso. Alcanzaba a oír frases sueltas: «Devuélveselo». «No lo conseguirá». «¿Cómo puede irse sin la lata con la marca del diamante?». «¿Es la lata con la marca del diamante?». «No». «Puede que sí, puede que no». «¡A saber!». «Yo digo que sí». «Muérdete la lengua». «Largo de aquí, zorra». «Vete».

La gente del pueblo empezó a llegar al lugar. Festus Clasby, enfervorizado por la disputa, agitó el puño ante la cara larga y estrecha de Mac-an-Ward. Al hacerlo, recibió un golpe en los talones y notó una presión en el pecho que lo obligó a retroceder unos cuantos pasos. Una de las viejas lo sostuvo en sus brazos y otra se plantó ante él, golpeándose el pecho. Festus Clasby observó los mechones de pelo que le enmarcaban la cara huesuda y la espuma en las comisuras de su boca. Vio fugazmente como se movían los huesos de su cuello consumido, y, más abajo, el largo destello en forma de V del pecho amarillo y bronceado, donde se daba golpes con el puño. Más tarde lo acompañaría el recuerdo de esta mujerzuela vieja y fea. Los chicos entraban y salían del grupo a la carrera lanzando unos gritos tremendos. Dos de los hombres se quitaron las chaquetas y, con picardía, fingieron emprenderla a puñetazos sin dejar de dar voces, mientras Mac-an-Ward pedía enardecidamente que hubiera paz. El alboroto y la riña, o la ilusión de riña, aumentó.

—¡Oh! —gritó un mirón—. ¡Los caldereros se están matando!

Y al fin el caballo levantó paciente la cabeza por encima del gentío, la sacudió, y tras soltar un bufido, dando media vuelta comenzó a alejarse. Con el instinto propio de los de su clase, Festus Clasby se abalanzó hacia la cabeza del animal y lo sujetó. Al hacerlo, las enaguas rayadas y los chales al viento de las mujeres volaron sobre las varas y la caja del carro. Los hombres fueron un único y ronco clamor.

Un vecino de Festus Clasby, que en ese momento pasaba por la calle, se quedó atónito al ver al gran hombre de tierras y tiendas en medio de aquella riña de caldereros. Detuvo el carro, extrañado, y se acercó a él.

—¿Qué ocurre, Festus? —preguntó.

—Me han robado —gritó Festus Clasby.

—¿Te han robado?

—Sí, mi dinero y mis bienes.

—¡Dios nos asista! ¿Cuánto dinero?

—No sé exactamente, no me acuerdo, unos cuantos chelines.

—¡Ah! ¿Y de qué bienes se trata?

—No importa. Se trata de un solo artículo, pero es un bien al fin.

—Vuelve a casa, Festus. Por el amor de Dios, déjalo estar —le aconsejó el buen vecino.

Pero Festus Clasby sentía una rara exaltación. Se comportaba como si llevara una copa de más. Había ocurrido algo que le dejó una herida en el alma.

—No me iré —gritó—. Debo recuperar mi dinero.

Los caldereros habían dejado de pelearse. Se habían reunido alrededor de los dos hombres como si fuesen meros espectadores de una interesante disputa.

—¡Debo recuperar mi dinero! —exclamó Festus Clasby, levantando la mano enorme en señal de poderosa amenaza.

Los caldereros chasquearon la lengua contra el paladar con un sonido lleno de asombro, como queriendo decir: «¡Qué tremendo! ¡Qué hombre tan estupendo y poderoso!».

—Te aconsejo que nos vayamos —lo persuadió su vecino.

—¡Jamás! ¡Pongo a Dios por testigo, jamás! —gritó Festus Clasby.

Los caldereros volvieron a chasquear la lengua y se miraron con cara de asombro.

—Da las gracias si sales con vida de esta —dijo el vecino—. No dejes que en la comarca vayan diciendo que te han visto pelear con los caldereros de este pueblo.

—¡Qué vergüenza! ¡Qué vergüenza! ¡Qué vergüenza! —estalló una especie de murmullo escandalizado entre los caldereros alertas.

Festus Clasby se enfrentó a su público con toda su imponente figura. Nunca lo habían visto tan exaltado. Nunca se había dejado llevar por tanta pasión. Los tonos suaves de sus ojos ya no eran suaves. Brillaban con el fuego de la ira.

—¡Tendré al menos aquello que he comprado dos veces! —gritó —. ¡Tendré mi lata!

Al instante los caldereros armaron una gran bulla. Se oyeron sus gritos roncos. Se comportaron como si de pronto acabara de caerles la peor de las condenas. Las ancianas iban de aquí para allá, atormentadas por el dolor y el miedo. Daban palmas, alzaban desesperadas los brazos al cielo, lanzando sus lastimeros lamentos. Los hombres bramaban su gutural resentimiento. Hincados de rodillas en el camino, los niños proferían su salvaje aullido de sabueso. Unas voces se impusieron al clamor:

—¿Dónde está? ¿Dónde está la lata con la marca del diamante? ¡Tráiganle la lata con la marca del diamante! ¡Que le den la lata con la marca del diamante! ¿Cómo va a viajar sin la lata con la marca del diamante? ¡Morirá sin la lata con la marca del diamante!

Festus Clasby se disponía a proclamar sus encendidas protestas poniendo en ello el alma entera cuando su vecino, ayudado por uno o dos transeúntes, lo levantó en peso, lo subió a su carro y salió de allí en medio del griterío ensordecedor de los caldereros.

El sol se ponía cuando llegó a su casa entre los montes, y las limpias letras blancas, FESTUS CLASBY, destacaron claramente ante sus ojos bajo el techo de paja. Recobrando la calma, con aire digno, enfiló con el carro por el costado de la casa hasta llegar al amplio patio abierto de la parte trasera, las aves de corral se apartaron de su camino, un perro ovejero salió a recibirlo, un ternero mugía triste asomado a la puerta de un establo. Festus Clasby sintió alivio al encontrarse en este hogareño ambiente de veneración, y se bajó del carro con un suspiro. Oyó que en la cocina las fieles mujeres trajinaban de aquí para allá mientras preparaban la comida del amo. Se dispuso a descargar las provisiones y a llevarlas a la tienda. Cuando quitó al tocino el envoltorio de arpillera, una especie de puñalada súbita le atravesó el pecho. La frente se le cubrió de sudor. A las piezas les faltaban unos cuantos trozos largos y anchos, cortados a tajos irregulares. Como heridas yacían en la caja del carro. Descargó febrilmente el resto de las compras, el horror reflejado en su cara. ¿Cuántas hogazas se habían llevado de la remesa de pan? ¿Dónde estaban todos los paquetes de té y azúcar, las grosellas y las pasas, la harina, el tabaco, el crémor tártaro, las semillas de alcaravea, la nuez moscada, la cáscara de limón, la brillantina, la…?

Festus Clasby se secó el sudor de la frente. Salió a trompicones

del patio, se sentó al borde de la acequia y paseó la mirada por el campo silencioso, pacífico, inocente. ¡Qué gusto verlo! ¡Qué bonitos eran los animales que pastaban y engordaban en los campos! De repente, sus ojos tiernos y aterciopelados se llenaron de una amarga emoción y lloró.

Las hogazas de pan estaban ocultas bajo el chal de la mujer que había sostenido a Festus Clasby cuando tropezó; el tocino se escondía debajo de otro chal brillante; el tabaco y la harina le cayeron en suerte a esa otra cuyo pecho amarillo mostraba los efectos de mucho sol y muchos vientos; el té, el azúcar, la nuez moscada y las semillas de alcaravea se encontraban bajo el ala de la esposa del hijo del bardo, dentro de la lata con la marca del diamante.

Las dos orillas de la laguna

I

La señora Donohoe observó la claridad del cielo, el número y el brillo de las estrellas.

—Esta noche caerá una buena helada, Denis —dijo.

Denis Donohoe, su hijo, corrió el primitivo pasador de la puerta del establo, olfateó el aire, los anchos orificios de su nariz sensible se estremecieron cuando levantó la cabeza.

—El hielo se huele en el aire —anunció.

—Mañana empieza a llevar la turba al mercado —le aconsejó su madre—. En el pueblo la gente ya necesitará encender el fuego.

Denis Donohoe se acercó al mal iluminado montón de turba parda apilada al fondo del establo. Estaba allí desde principios del otoño, la tierra seca cortada en el tremedal, la turba que serviría para encender fuegos brillantes y agradables en las chimeneas de Connacht en los meses de invierno. Lejos de allí se encontraba una llanura ocupada por un tremedal, una extensión de terreno que, según se decía, en los albores de la tierra había sido un inmenso bosque de robles, recorrido en épocas sucesivas por manadas de lobos hambrientos, y que hoy día podía reivindicar la forma de industria más primitiva de Europa Occidental. Hasta ese tremedal había llegado en verano, tras salir de sus cabañas, el campesinado, hombres y mujeres, entre ellos Denis Donohoe; habían extraído los húmedos y esponjosos terrones de tierra, los habían cortado en pedazos algo más largos que ladrillos, les habían dado forma pisoteándolos con los pies descalzos y los habían apilado en pequeñas hileras para después secarlos al sol; terrón contra terrón, bajo la luz de la luna parecían huestes de diminutas hadas pardas, agrupadas en parejas para ejecutar un baile de medianoche sobre la alfombra de brezo morado. Había llegado la hora de transformarla

en todo el dinero que pudiera procurar.

Esa noche, Denis Donohoe silbó alegremente mientras llenaba la cesta con los terrones de turba y la cargaba en el carro tirado por el burro. A la mañana siguiente, mucho antes del alba, ya estaba trajinando, sus movimientos eran rápidos como los de quien tiene un gran negocio entre manos. La cocina de la cabaña estaba alumbrada por una vela de junco cuyos haces no pasaban de la mesita de pino, blanca a fuerza de estropajo, en la que el muchacho daba cuenta del desayuno, una comida excepcionalmente buena, pues tomó té, pan casero y un huevo duro. Su madre se movía por la cocina en penumbra, sirviéndolo, sus pies descalzos apenas se oían en el suelo de tierra negra. Denis comió con apetito, en silencio, y cuando terminó se hizo la señal de la cruz. Su madre lo acompañó hasta el camino sumido en la oscuridad y, de pie junto a la cesta de turba, le deseó buena suerte.

—La demanda debería animarse ahora que el invierno se nos echa encima —dijo, esperanzada—. Que Dios te acompañe.

—Que Dios y María la acompañen, madre —respondió Denis Donohoe y, tras sujetar al burro por la cabeza, enfiló con él por el camino oscuro.

El animalito arrastraba su carga muy despacio, el carro chirriaba y se sacudía ruidosamente en el camino lleno de baches. De vez en cuando, para darle ánimos, Denis Donohoe le hablaba en voz baja, al tiempo que su mirada iba hacia el este, buscando en el cielo abierto un indicio de la llegada del alba.

Entre sacudidas y traqueteos, ya habían recorrido un largo trecho del sinuoso camino cuando amaneció. Denis Donohoe observó la expansión de la luz, su lento asomar por encima de una hilera de montes, la extensión de las manchas pardas de turba, seguidas de campos grises y verdes, interrumpidos por el trémulo azul de los lagos, con las pendientes de aulaga parda como pálido marco.

—Ahora que ha llegado la bendita luz, ni nos enteraremos del viaje —le dijo Denis Donohoe a su burro.

El borrico tiró de la cesta de turba con más brío, se sacudió las anteojeras y chasqueó la cola. Cuando acometían la subida de lomas muy empinadas, Denis Donohoe se colocaba detrás del carro, ponía las manos en las varas y, agachando la cabeza, ayudaba a empujar

la carga, los músculos de sus gruesas piernas se tensaban al afirmarse con fuerza en el suelo reluciente de escarcha.

En el camino de bajada de las lomas le entró un hambre canina, y palpó tiernamente con los dedos las rebanadas de pan de avena que había guardado en el bolsillo del abrigo gris de tejido casero. Resistió el impulso de comérselo, la larga mandíbula se contrajo en su cara morena, los dientes fuertes bien apretados, a la espera del momento de cumplir ávidamente con su cometido. Si se comía ahora todo el pan, espléndido, seco, duro, hecho con harina de avena y agua, cocido en la parrilla, le aguardaría luego un ayuno demasiado prolongado. A Denis Donohoe lo habían criado para que fuese cauto en estos asuntos, para que sometiera su estómago a una rigurosa disciplina, pues la vida al borde de un tremedal es dura empresa. En vez de ceder al impulso de comer, Denis Donohoe se echó el aliento cálido en las manos moradas, con los brazos se golpeó el cuerpo para atemperar el frío glacial, silbó, ejecutó en el camino una serie de pasos de un extraño baile, y siguió hablándole al burro como quien conversa amablemente con un compañero. La única señal de vida en la tierra o el aire era una delgada línea de patos salvajes en lo alto del cielo, un grupo que describía amplios círculos sobre un espejeante lago de montaña.

A medio camino de su viaje hacia el pueblo, Denis Donohoe detuvo su pequeña empresa. Se encontraba delante de una solitaria casita idéntica a la suya. Tenía el mismo tejado de paja marrón, una guirnalda verde de enredadera silvestre caía desde un punto en el gablete, las mismas dos ventanitas sin bastidor en la pared frontal, el mismo sendero estrecho y lleno de baches conducía hasta ella desde el camino, el mismo tipo de gallina amarilla cacareaba con vehemencia, encaramada con patas temblorosas a la puerta del establo, el mismo olor a hojas de col pasadas flotaba en el aire. Denis Donohoe bajó un saco de heno de lo alto de la cesta de turba y, junto al camino, esparció un puñado para el burro. Mientras lo hacía una mujer con gorro blanco, chaleco gris, gruesas enaguas de lana roja, debajo de las cuales asomaban las piernas flacas y desnudas, salió a la puerta y agitando la mano ahuyentó a la gallina de su asidero.

—Buenos días, señora Deely —saludó Denis Donohoe, enseñando los dientes fuertes.

—Bienvenido, Denis. ¿No quieres pasar a calentarte delante del fuego? Hace mucho frío y ya estás en camino desde temprano.

Denis Donohoe se sentó un rato frente al fuego con la mujer y se deleitaron intercambiando en voz baja cotilleos familiares. Pese a ello, el joven estaba intranquilo, de vez en cuando daba una ojeada a la casa como si echara algo en falta. La mujer posó en él sus ojos calmos y le leyó el pensamiento.

—Agnes no está —dijo—. Salió hace una hora para la oficina de correos de Cappa, nos avisaron que teníamos una carta de Sydney.

—¿Una carta de su hermana?

—Sí, Mary se casó allá y le va bien.

Denis Donohoe se puso otra vez en camino.

En el lugar señalado comió con voracidad el pan de avena, se tumbó boca abajo en el suelo y tomó unos sorbos de agua de un arroyo del camino, sorbiéndola despacio con un ruido de succión, castañeteando los dientes, los ojos clavados en los guijarros que brillaban en el fondo entre unos berros verdes. Cuando hubo terminado, el burro también abrevó su sed en el mismo lugar.

Llegó al mercado del pueblo de mañana. Recorrió con su cesta de turba las calles desordenadas donde empezaban a moverse algunas personas con cara de sueño. Pronunció en voz baja una única palabra para alentar al burro.

—¿Cuánto por la cesta? —preguntó un hombre, de pie en la puerta de su tienda.

—Seis chelines —contestó Denis Donohoe y esperó, pues no correspondía a un vendedor decente de turba elogiar su mercancía ni insistir en venderla.

—Buena suerte, hijo —dijo el comerciante—. Ojalá te los den.

Sonrió, entrelazó las manos y entró en la tienda.

Denis Donohoe siguió adelante, diciéndole por lo bajo al burro:

—¡Arre, Patsy! Ese viejo no sabe nada.

Otros se interesaron, nadie compró. Decían que el dinero escaseaba. Denis Donohoe no decía nada; para él el dinero era una cosa demasiado remota para imaginar que pudiera hacer algo más que escasear. Se cansó de ir y venir delante de tiendas en las que no había ni una sola señal de actividad, y se metió por calles y callejones laterales, donde los niños gritaban, donde se olía a agua jabonosa, donde las mujeres salían a la puerta y lo miraban con ojos

que expresaban un resentimiento soterrado, arremangadas hasta el codo, el pelo húmedo colgando sobre las orejas, sus voces, cuando hablaban, sonaban monótonas, siempre cansinas, con tono de queja.

En la elevación de un puentecito Denis Donohoe se encontró con una mujer pelirroja, rodeada de un montón de niños peleones; sus ojos rapaces despedían un destello de guerra, sus manos reposaban cruzadas sobre el vientre.

—¿Cuánto pides, muchacho? —preguntó.

—Seis chelines.

—¡Seis demonios!

Se acercó a la cesta y tocó algunos de los terrones de turba. Denis Donohoe supo que la mujer estaba buscando en su mente, ofensiva por naturaleza, una palabra de desprecio para su mercancía. La encontró por fin, porque se lamió los labios. Era en gaélico. «*Spairteach!*», gritó, palabra que significaba turba de mala calidad, la extraída de la primera capa del tremedal, una simple cobertura de la veta adecuada que se oculta debajo.

—Es turba de la buena, de piedra —protestó Denis Donohoe, un tanto molesto.

Se acercaron a la mujer unas cuantas personas que pasaban por allí, ansiosas de participar en un regateo que no implicara ningún compromiso personal. Discutieron, gastaron bromas, gritaron y, al final, acabaron hostigando a Denis Donohoe, con la mujer a la cabeza, la voz casi un grito, su vientre subía y bajaba, los ojos bailaban alborotados, una espuma amarilla se le fue formando en las comisuras de la boca iracunda, la mano aferrada a un terrón de turba, pues el único esparcimiento que le ofrecía la vida era regatear con los vendedores de turba y hacerlos callar a gritos. Denis Donohoe siguió inmóvil al lado de su carro, paciente como su burro, su cara morena impasible bajo la sombra del sombrero negro de ala ancha, mientras sus ojos inteligentes sopesaban a sus ruidosos contrincantes. Cuando la ira de la mujer se hubo disipado por completo, la turba fue adquirida por cinco chelines.

Denis Donohoe cargó en brazos los terrones hasta la cocina de la casa de la compradora. Tuvo que hacer muchos viajes de ida y vuelta, los terrones apilados con cierta destreza en el hueco del brazo izquierdo. El trayecto pasaba a través de una tiendecita, descendía por un pasillo medio en penumbra, cruzaba una cocina

hasta llegar debajo de una escalera donde los terrones eran depositados con un ruido sordo que provocaba la estampida de las cucarachas.

Las mujeres se movían por la cocina hablando sin cesar, hurgando a tientas en las mesas, al parecer siempre en busca de algo que se había perdido, una de ellas canturreaba junto a una cuna que mecía frente al fuego. El olor a comida, el sonido de algo grasoso friéndose en una sartén, le produjo a Denis Donohoe una especie de vahído, pues volvía a tener un hambre feroz.

Entraba y salía del lugar a trompicones cargando en brazos los terrones pardos. Las mujeres se apartaban de su camino a regañadientes. En una ocasión una de las niñas criadas levantó hacia él los ojazos castaños más melancólicos que jamás hubiese visto, lo miró con asombro y le dijo:

—Siempre que oigo el ruido que hace la turba al caer en el hueco de la escalera siento escalofríos. Me recuerda el día en que oí la tierra caer sobre el ataúd de mi padre, que Dios lo tenga en la gloria y lo perdone, porque murió borracho perdido.

Cuando Denis Donohoe hubo entregado la carga de turba, el borrico se había comido todo el heno del saco. En la tiendecita Denis compró un poco de tocino, harina y té, de modo que apenas le quedaron unos peniques que llevar a casa. Tras una breve vacilación entregó un penique a cambio de unas galletas, que se comió en cuanto emprendió el viaje de regreso.

El borrico se echó al camino y cruzó brioso los montes rumbo a casa, pues para la querencia no hay burro flojo. Denis Donohoe iba sentado en la delantera del carro, con las piernas colgando junto a la vara. El burro bajaba las cuestas al trotecillo alegre, y el traqueteo del arnés, el bamboleo y las sacudidas del carro hacían un ruido tremendo.

El burro levantaba las orejas, agitaba la cola, se permitió incluso dar un par de corcovos mientras bajaba traqueteando por los empinados caminos. Denis Donohoe se inclinó sobre la vara en un par de ocasiones y dejó caer la palma abierta de la mano en el anca del burro, más caricia que azote.

Fue menguando la luz, el paisaje se fue oscureciendo. De repente Denis Donohoe se puso a cantar. Pasaban por un trecho llano. El burro caminaba sin hacer ruido. La voz temblorosa resonó en el

paisaje en sombras, cobrando calidad y firmeza, una voz clara y ligera, las notas salían con la entonación instintiva, el orden perfecto del cantante folclórico nato. Cantaba una vieja canción gaélica, una tonada que se había conservado como los troncos de los robles primitivos en los tremedales, una tonada que podía declararse emparentada con el *Amén de Dresde*, cantado por generaciones de campesinos alemanes hasta que al fin llegó a oídos de Richard Wagner y dio origen a un clásico. Denis Donohoe cantaba levantando el rostro moreno, su perfil recortado contra el cielo pálido, sus ojos, medio extasiados como los de todos los cantantes folclóricos, recorrían los montes, su largo cuello palpitaba, se hinchaba y deshinchaba temblando como el cuello de un pájaro cuando canta. En las ventanas sin bastidor de la cabaña de la señora Deely se vio brillar una luz débil y el silencio cayó otra vez sobre el lugar. Al llegar a la cabaña, Denis Donohoe desmontó y entró en la cocina, los ojos brillantes, el paso tan impaciente que, al notarlo, lo refrenó enseguida.

La señora Deely estaba sentada junto al fuego, sus agujas de tejer no paraban. Denis Donohoe se sentó a su lado. Mientras conversaban, una muchacha salió del único cuarto de la casa, cruzó la cocina y se detuvo al lado de la chimenea.

—Agnes ha recibido muy buenas noticias de Australia, de Mary —dijo la señora Deely—. Le ha enviado el pasaje para viajar de aquí a Sydney.

—Marcharé a final de este mes —añadió la muchacha.

Siguió un silencio incómodo en el curso del cual la señora Deely guio con cuidado una de sus agujas a través de una lazada en el talón del calcetín.

—Pues bien, te deseo suerte, Agnes —dijo Denis Donohoe al fin, y soltó una extraña risita nerviosa, una risita que llevó a la señora Deely a ponerse seria y lanzarle una mirada veloz. Notó que el muchacho tenía los ojos clavados en el suelo.

—Será un cambio muy grande comparado con este lugar —dijo la muchacha toqueteando algo en la repisa de la chimenea—. Mary dice que Sydney es una ciudad grande y maravillosa.

Denis Donohoe alzó despacio los ojos y recorrió la silueta de la muchacha desde los pies descalzos hasta la cinta brillante con que se ataba el pelo. Vio a una chica delgada, cuyas piernas se

adivinaban apenas entre los pliegues de una falda ligera y barata, el chal suelto y breve descansaba sobre sus hombros, su pecho palpitaba con suavidad allí donde el chal no cubría, el perfil delicado y leve bajo la luz del fuego, sus ojos, de pronto vueltos hacia él, eran los ojos de una muchacha consciente de su mirada, su aliento acompasado era el aliento dulce de una muchacha a punto de hacerse mujer.

—Que Dios te traiga prosperidad, Agnes Deely —le deseó Denis Donohoe al cabo de un rato y se puso en pie.

Las dos mujeres salieron al camino a despedirse. Él no se entretuvo, saltó a la parte delantera del carro y se alejó traqueteando.

Allá en lo alto se abría el cielo con su claridad invernal, tachonado de estrellas alegres, eternas, el paraíso entero brillaba en su silenciosa, magnífica canción, su perpetuo magníficat; pero Denis Donohoe hizo el resto del viaje sumido en un negro silencio, el pesimismo aplastaba la rígida silueta, los hombros cargados, las piernas colgando; los montes parecían alargar sus lúgubres sombras sobre su trágico viaje hacia la solitaria luz de la cabaña de su madre, al borde del tremedal pardo y muerto.

II

El bullicio continuo de la conversación subía, bajaba y rompía como las olas en la playa; los pies inquietos arrancaban al suelo suaves murmullos, se oía el tintineo de copas, el entrechocar de botellas, y por encima de todo se elevaba la risa medio histérica de una mujer achispada. Imponiéndose al barullo, una voz penetrante, temblorosa, empezó a cantar.

De vez en cuando los ojos llorosos se elevaban al escenario, envuelto en una niebla de humo de tabaco. La silueta se pavoneaba sobre las tablas, daba unos pasos fantásticos, la cara pálida bajo la luz veteada, la boca por un momento escarlata como un tulipán al abrirse bien grande, los músculos de los labios, tiesos y nítidos de tanto practicar, las palabras de la canción pronunciadas en un falsete nasal y vehemente, con un acento adquirido en la calle Bowery. La cara blanca del hombre que acompañaba al piano al

cantante se alzó en un gesto cansado y breve que fue a la vez protesta; al cruzarse con los de su acompañante, los ojos del cantante mostraron la chispa del cínico humor celta; en la ardiente mirada del pianista se vio el alma terca del eslavo. El vistazo intercambiado por estos artistas, uno de Connacht, el otro de Polonia, fue un acto de conmiseración mutua, una mutua expresión de desprecio hacia los bulliciosos descendientes de los clanes perdidos que se divertían en el local.

Un cockney que había cambiado la calle Houndsditch de Londres por la de Bowery miró de soslayo al celta que brincaba en el escenario. Se volvió hacia su compañera, que bebía sentada a su lado, una mulata huesuda, cuyos ojos negros bailaban en la cara temblorosa a causa de unas fiebres palúdicas contraídas en Illinois.

—Es bueno este Paddy —dijo la voz de Houndsditch. Levantó un pulgar, que era un certificado de villanía, en dirección al escenario.

—Ya lo creo —dijo la mujer de color cuyos antepasados habían salido de Alabama hacía mucho tiempo. Alzó la cabeza y miró el escenario con sus ojos descarados.

—Lo conozco —dijo, pensativa—. Y me gusta —añadió con una mueca burlona—. A todos nos gusta. Es uno de los muchachos.

—¿Y yo qué tal? —preguntó el hombre de Houndsditch.

—Ay, tú también eres bueno —dijo la mujer de color—. Págame otro cóctel, corazón —le pidió y se golpeó el pecho donde, a través de la piel oscura, se marcaban los huesos frágiles—, que tengo aquí una sed espantosa.

Alrededor de los ojitos divertidos del cockney se formaron un montón de arrugas cuando la miró.

—¡Caray! —dijo—. ¡Tienes mucha sed y mucha cabida, Ole Sahara!

La mujer de color se llevó el cóctel a los labios gruesos, y al hacerlo, de repente se armó barullo, los hombres gritaron, las mujeres batieron palmas, la voz de la mujer achispada se impuso histérica al alboroto. El cantante agradecía desde el escenario con grandes reverencias, sus ojos, con su humor cínico y taimado, clavados en la cara del eslavo sentado al piano, con la cabeza echada hacia atrás, el rostro cubierto de una palidez espectral.

La mujer de Alabama se sumó a los aplausos dedicados al cantante.

—¡Otra, otra! —gritó Ole Sahara, levantando su copa en el oscuro vaho—. ¡A la salud de Denis Donohoe!

La cabra blanca

I

La cabra blanca estaba en el claro, encerrada en un aprisco de tojos de la ladera del monte. Balanceaba la cabeza de aquí para allá como el lento movimiento del péndulo de un reloj de caja. Tenía las patas un poco separadas, las rodillas dobladas, los costados flojos, el hocico gris y seco, la ubre lacia.

El pastor sabía que la cabra blanca sufría un dolor muy grande. Se había negado a probar la ración de afrecho que le había puesto, y al ver la brazada de hojas de hiedra fresca que le tendía su hija pequeña, la pobre se había apartado. La cabra no había parado de gemir y el pastor había desistido de ordeñarla.

Unos días atrás el pastor había encontrado al animal herido en el monte; la noche antes había oído el alboroto de los jornaleros al cruzar los campos de labranza cantando y gritando. Supo lo que había pasado tras ver las marcas de sus botas con clavos en el cuerpo de la cabra. Siempre fue una bestia sensible, de una raza proveniente de las tierras bajas. El pastor siguió allí de pie, sin poder hacer nada, sus ojos sombríos brillaban de encendida pasión mientras la cabra blanca movía la cabeza de aquí para allá.

Recogió un poco de helecho seco y con él hizo una yacija cerca de la cabra blanca. Habría sido cruel dejar que se acostara en la hierba húmeda cuando ya no pudiera tenerse en pie. Levantó la vista al cielo y calculó la dirección del viento. Había virado al oeste. Las nubes comenzaban a recorrer el cielo. Una luz intensa brillaba detrás de los montes. El aire estaba en calma. Esa noche llovería. Le preocupaba que la cabra blanca se quedara allí de pie en la oscuridad, balanceando la cabeza, presa del dolor, con el helecho cada vez más mojado debajo de sus patas, y la lluvia golpeándole los ojos. Era un paraje frío y azotado por el viento. En las ocasiones

en que la cabra blanca había conseguido romper el ronzal, había huido de allí en dirección a las tierras bajas. Recordó una vez en que al cruzar con ella un campo, se había echado atrás aterrorizada cuando llegaron a un aguazal.

El pastor miró a su hijita. La niña se había apartado un poco, las hojas de hiedra se le caían de los brazos desnudos. Él era consciente de que un temor había hecho que su hija abriera muy grandes los ojos relucientes. ¿De qué tenía miedo? Lo adivinó y se maravilló de que una niña entendiera eso tan extraño que iba a ocurrir en lo alto del monte. En los ojos de la pequeña destelló instintivamente el conocimiento de la muerte. Su niña formaba parte de la quietud y la melancolía que avanzaban sigilosas ladera arriba.

—Llevaremos a la cabra blanca al establo, así estará a cobijo.

La niña asintió, el miedo seguía agazapado en sus ojos. El pastor desató el ronzal y asió a la cabra por uno de los cuernos. El animal reaccionó a ese toque y echó a andar a su lado, dócil aunque vacilante.

Poco después, los siguió la niña y asió el otro cuerno, con cuidado, como su padre, porque de él había heredado todo su conocimiento y su proximidad con las mudas bestias del campo. Avanzaron despacio y en silencio. La luz mermó deprisa mientras bajaban del monte. Todo estaba sumido en una tenebrosa vaguedad en la que solo destacaba el color de la cabra blanca entre las dos tenues siluetas. A lo lejos se oyó el balido de un cabrito. Era la voz de una cría que reclamaba su alimento, y el pastor vio que, impulsada por el instinto de su naturaleza, la cabra blanca levantó la cabeza un momento. Después trotó monte abajo en la oscuridad.

Cuando llegaron frente al establo la cabra blanca se apartó dolorosamente del lugar. El pastor se quedó perplejo. Luego vio frente a sus pies el débil resplandor del charquito de agua. Para evitarlo obligó a dar un rodeo al animal, que siguió la presión de su mano firme.

El pastor descolgó un farol que pendía de las vigas del establo y lo encendió. En un rincón preparó una yacija de paja limpia. La bestia se recostó un poco contra la pared, y supieron que les agradecía el cobijo y el apoyo. Después empezó a balancear la cabeza con ritmo cansino de aquí para allá como impulsada por el dolor. Se le aceleró la respiración, rompió en breves resuellos. El

pastor vio las nubecillas de vapor que brotaban de todo su cuerpo. Le posó la mano en el hocico. Lo notó seco y al rojo vivo. Se dio media vuelta y se alejó tomando a la niña con una mano, mientras en la otra el farol oscilaba proyectando largos haces de luz amarilla en la oscuridad del establo. Cerró la puerta despacio a su espalda.

II

Era tarde aquella noche cuando el pastor regresó de sus rondas por las tierras de pastoreo. Las botas se le empaparon en el suelo mojado y las ropas se le pegaban a las piernas, pues la lluvia había descargado con fuerza. El estruendo de un trueno resonó sobre los montes justo cuando levantó el pestillo de la puerta. Se alegró de no haber dejado a la cabra blanca atada en el aprisco de tojos del monte.

Su hijita se había ido a dormir. Su mujer le refirió que al ir a acostarla, la niña había llorado amargamente y se había negado a contarle el motivo de su pena. El pastor no dijo nada, pero supo que la pequeña había llorado por la cabra blanca. Ese sentimiento de su hija lo conmovió, salió otra vez de la casa y se quedó en la oscuridad, bajo la lluvia. ¿Por qué habían atacado al pobre animal? Se lo preguntaba una y otra vez, pero en su cara solo golpeaba la lluvia y a su alrededor no había más que oscuridad y misterio. Oyó entonces las voces en lo alto de la ladera del monte, primero una risa seguida de una serie de gritos y chillidos. Una voz gruesa entonó el estribillo de una canción que se propagó como un estampido en la atmósfera tenebrosa. El pastor alcanzó a oír las palabras:

¿Y las piernas con que corrías dónde están?
¡Hip hip hurra!
¿Y las piernas con que corrías dónde están?
¡Hip hip hurra!
¿Y las piernas con que corrías dónde están
la primera vez que un fusil empuñaste?
¡Adiós a los días en que bailabas feliz!

¡Ay, Johnny, casi casi no te reconocí!

Se oyó luego el coro bajar de los montes como un rugido:

Con tambores y fusiles, y fusiles y tambores
el enemigo por poco te mata,
querido mío, qué raro te vi,
¡ay, Johnny, casi casi no te reconocí!

Las voces de los jornaleros que cruzaban los campos de labranza se apagaron a lo lejos, y el estruendo del trueno descendió de los montes con más frecuencia. El pastor atravesó el huerto, sus botas se hundieron en la tierra blanda. A medio camino se detuvo, un grito fuerte se impuso a la furia de la tormenta inminente. Su oído captaba raudo las voces de los animales en peligro. Siguió andando a toda prisa hacia el establo.

El suelo se encharcó más y un fino reguero de agua caía del sombrero negro y blando y se le escurría por la cara. El pastor percibió en el cielo los destellos del relámpago. El grito de la cabra blanca lo atravesó todo con su vibrante y extraño *mag mag*, la nota característica de su raza. Tuvo un poderoso efecto sobre el pastor. Avivó en él un sentimiento de pasión; apuró el paso bajo la lluvia.

¡Cómo debieron de lacerarla, pobre animal encadenado a la tierra, a merced de sus abusos! La roja hilera de marcas que bajaba por sus patas, terrible, en carne viva, saltaba a la vista en la oscuridad. ¡Venganza, venganza! Apretó las manos fuertes, abriendo y cerrando los puños. En medio de la tormenta y la oscuridad fue consciente de algo que le arrebató las ansias de venganza personal. Se sintió invadido por todo aquello que era propio del hombre primitivo. Sabía que allá, en el futuro, acechaba un ajuste de cuentas, algo, alguien que pasaría la factura cuando llegara la hora. Después asomó por la esquina del establo. Vio aquella cosa blanca, fantasmal e imprecisa en la oscuridad, postrada en el suelo frente a la puerta. Se quedó quieto y contuvo el aliento.

El bulto blanco se movió. El pastor alcanzó a distinguir el perfil borroso de la cabeza cuando la cabra la levantó apenas. Se oyó un gemido grave seguido de un grito agudo. El pastor se quedó quieto,

con el corazón en un puño, pues interpretó ese grito terrible en toda la inarticulada conciencia de su ser. Ese grito resonó en sus oídos como una invocación a todas las generaciones de seres mudos y maltratados que desde siempre se encontraban sometidos al azote de la tiranía de los hombres. Era la protesta del reino animal contra la humanidad, y para el pastor era una sentencia. Sus ojos captaron un pálido reflejo junto a la blanca silueta postrada, y su mente recuperó el sentido físico de las cosas.

Recordó que cuando llovía, frente a la puerta del establo se formaba siempre un charco de agua. Recordó haber visto allí un reflejo al meter en el establo a la cabra blanca. Recordó cómo se había asustado la cabra al verlo.

Se inclinó sobre la cabra blanca tendida en el suelo. En la negrura del charco unos finos mechones de su pelo flotaban a su alrededor como oscuros espectros. Captó la mirada de los ojos pardos y se dio cuenta de que la ubre y los pezones sobresalían en el agua. Se dejó caer junto a ella, el agua salpicó al hundirse sus rodillas en el suelo. El animal levantó un poco la cabeza, dolorido, los cuernos parecían pesarle como plomo. Aunque de ese modo demostraba haberse percatado de su presencia, después la cabeza volvió a caer y se oyó un borboteo encima de una de sus orejas.

El pastor comprendió lo que había sucedido, y todo le pareció muy trágico. Su mujer había ido a buscar algo al establo y había dejado la puerta abierta. Aguijoneada por el dolor creciente, la cabra blanca había cruzado la puerta a trompicones, quizá en su agonía añoraba los campos abiertos. Había visto entonces delante del umbral de la puerta aquello que siempre la había aterrado: un charco de agua. El pastor la imaginó tambaleándose, perdiendo el equilibrio, para caer al fin en el charco con un grito, cumpliendo así con su destino. Se preguntó si él también tendría el mismo instinto para las cosas que le resultarían fatales. ¿Por qué se ponía siempre tan nervioso cuando se inclinaba o se tumbaba en el suelo? ¿Por qué cuando acorralaba el ganado para tratarlo contra el rezno tenía siempre la sensación de que caería pisoteado bajo sus pezuñas? Se echó a temblar al oír a su espalda unos cascos golpeando el suelo. Miró a su alrededor y por un instante no reconoció la silueta que se movía inquieta en la oscuridad. Oyó el relincho de la yegua de cría. Sabía que había estado rondando cerca del establo, sin atreverse a

entrar para guarecerse de la tormenta. Temía hacerlo a causa de aquella cosa que yacía frente a la puerta del establo. El pastor oyó al potro responder con un relincho desde dentro, y supo que el animal también tenía miedo de acudir al llamado de su madre. Aquella noche la muerte merodeaba bajo la tormenta, y todos los seres parecían sentir su presencia.

El pastor se inclinó sobre la cabra blanca y pasó las manos debajo de sus cuartos delanteros. Al levantarla notó el esfuerzo en todo el cuerpo y sintió como se le tensaban los músculos de los brazos. El animal era un peso muerto; el pastor siempre se había enorgullecido de su tamaño. Las rodillas se le hundieron en el barro del fondo del charco cuando notó la presión en los muslos. Haciendo mucha fuerza consiguió afirmar un pie en el suelo. Con un rápido movimiento logró afirmar también el otro pie y se incorporó despacio, levantando el fardo blanco del charco. Las greñas lacias y apestosas colgaban de la cabra blanca, de ellas iban cayendo numerosos y finos regueros que ondularon la superficie del charco. Las piernas del pastor se estremecieron bajo el peso; se tambaleó, echó a andar a trompicones, sus botas pesadas rechinaron en la gravilla; apretó los dientes, las piernas se afirmaron, y tras balancearse indeciso durante un momento, con paso vacilante cruzó la puerta del establo, notando los martilleos del corazón de la cabra blanca contra su propio corazón. La depositó sobre la yacija de paja y oyó al potrillo que, aterrorizado, salía del establo dando saltos. El pastor se quedó donde estaba, el sudor le cubría la frente y comenzó a caer en gruesas gotas.

La cabra blanca se puso a gemir. Por como crujía la paja, el pastor supo que el animal movía convulsivamente las patas. Por la naturaleza de sus heridas supo que tendría una muerte lenta y muy dolorosa. ¿Y si ponía fin a su sufrimiento? Todo acabaría en un momento. Se palpó el bolsillo por fuera. Notó la forma de la navaja, pero titubeó.

Una de las pezuñas de la cabra lo golpeó en el tobillo, el animal seguía moviendo convulsivamente las patas. Metió la mano en el bolsillo y asió el arma. Debería hacerlo deprisa y con firmeza, sin que le temblara el pulso, para hacer un movimiento certero. Se concedió unos momentos para decidirse. La cuchilla de la navaja se abrió con un chasquido.

El sonido pareció llegar a la cabra blanca con todo su macabro significado. El animal se incorporó con dificultad, quejándose con más fuerza. El pastor empezó a resollar. Temía que la cabra gritara como lo había hecho cuando yacía en el charco frente a la puerta del establo. El terror que había en aquel grito desarmó al pastor. Tembló de miedo. Se agachó enseguida, palpó con dedos nerviosos a lo largo del cuello delicado de la cabra blanca. En la oscuridad, sus manos describieron un movimiento de ida y vuelta. Notó el chorro caliente en las manos y el animal cayó en silencio golpeando la pared con los cuernos. El pastor se quedó un instante mirando a la cabra desde arriba y fue consciente de que tenía las manos mojadas. Recordó entonces con estremecimiento que en aquella noche trágica habían abundado la lluvia, los aguazales, la humedad pegajosa que lo impregnaba todo, los charcos, el sudor y la sangre. En ese preciso instante el cuchillo que sostenía en la mano estaba goteando. Lo soltó. Cayó con un sonido sordo y extraño, que sonó a carne, a cuerpo muerto. Había caído sobre el cuerpo inerte de la cabra blanca. El pastor se volvió soltando un gruñido y con paso inseguro fue hacia la puerta del establo.

Se detuvo en la puerta, los pensamientos lo asaltaron, las preguntas se atropellaban en su cabeza sin dar tiempo a responderlas. A su alrededor, oscuridad, misterio, muerte. ¿Qué derecho tenía él a hundir las manos ciegamente en el corazón de este misterio? ¿Quién le había dado el poder de adelantar el fin, de convocar a la muerte antes de tiempo? ¿Acaso la naturaleza no tenía su manera de contar las horas y los minutos? ¿Acaso ella o algún otro poder no habían fijado la hora en que la cabra blanca moriría? Habría vivido, aunque sumida en el dolor, hasta que ya no hubiesen podido sostenerla; y después de muerta, la naturaleza la habría hecho pasar por el canal que sus leyes hubiesen dispuesto. ¿Acaso la cabra blanca no había protestado contra su intervención al ponerse en pie y luchar contra la agonía de la muerte? Y si la cabra blanca, por ser una bestia muda, había sufrido maltrato a manos del hombre, entonces —ahora el pastor lo sabía— existía un poder deliberado e inexorable, escrupuloso en su delicada valoración del bien y el mal, que cuadraría las cuentas cuando llegara el momento fijado de la comprobación.

Comprendió sin palabras todas estas cosas mientras se alejaba de

la puerta del establo. Tropezó con una carretilla que no había visto en la oscuridad y cayó de bruces en el campo. Allí tendido oyó el golpeteo de cascos en el suelo. Se levantó, mareado y desconcertado, y vio las siluetas borrosas de unas reses que, llegadas desde las tierras altas, se habían reunido allí alrededor. Sintió la lluvia golpearle la cara, la ropa se le adhería, húmeda y pegajosa, a las piernas. Al andar sus botas empapadas iban soltando agua. Allá en lo alto retumbó el trueno y el resplandor de un relámpago iluminó un instante un frondoso olmo. Vio todas sus ramas brillar bajo el agua y las gotas relucir en mil ramitas aisladas. Y las voces de los jornaleros que regresaban de los montes estallaron en sus oídos. Oyó sus gritos, los fragmentos de sus canciones, el barullo, toda la procacidad de hombres achispados y alegres.

En la oscuridad, el pastor buscó a tientas su casa con los brazos tendidos al frente, como un hombre medio ciego, y una súbita ráfaga de viento, que bajó barriendo la ladera del monte, envolvió con su agudo silbo la sangre de la cabra blanca que todavía le humedecía las manos.

Visita a domicilio

Un hombre que llevaba la chaqueta de frisa gris y el sombrero blando y negro de los campesinos llegó hasta el portón del monasterio a lomos de un jamelgo enjuto y de larga cola. Cuando llamó al timbre de la puerta, en el vestíbulo interior se oyó un repiqueteo de sandalias sobre el suelo de lajas.

Salió a abrir un hermano lego vestido con un hábito marrón ceñido a la cintura por una correa de la que pendía la corona de un rosario. El campesino transmitió su mensaje sin dejar de darle vueltas nerviosamente entre las manos al blando sombrero negro. Dijo que venía a buscar al fraile que visitaba a los enfermos. Un hombre joven estaba postrado en cama lejos de allí, en los montes. Ninguno de los remedios que le dieron había servido de nada. Y ahora se encontraba muy decaído, y los suyos estaban preocupados. ¿Podía tal vez el fraile acudir e imponer las manos a Kevin Hooban?

El campesino explicó brevemente cómo llegar al lugar. Media hora más tarde, montado en un tílburi, el fraile español iba camino de los montes. Yo viajaba a su lado en el carro. El fraile español hablaba mal el inglés. Los campesinos, que en su mayoría hablaban lo que denominaban *béarla briste*, o inglés chapurreado, apenas entendían palabras sueltas de lo que él decía. En momentos en que no quedaba más remedio, yo, que era monaguillo, actuaba como una especie de intérprete. Por ello, y por la pobre compañía que podía ofrecer, estuve presente en la visita médica a domicilio.

El camino nos condujo hasta un lago que, en aquel día invernal, le daba al paisaje un aire helado, y a continuación, a una franja de campos escasamente arbolados. Doblamos por un camino estrecho que se internaba enseguida entre los montes, bordeando una pendiente bastante oscura, cubierta de matorrales, como una mancha negra en el paisaje. Siguieron unas tierras de pastoreo

yermas, donde solo abundaban unas peñas descoloridas, helechos caídos y secos, retama marchita. La tarde estaba en calma, no corría ni un soplo de viento. Las ovejas envueltas en sus gruesos vellones se veían voluminosas y descansaban tiradas en la hierba, tan inmóviles que bien podían haber sido obra de un escultor vigoroso. Las ramas de los árboles estaban tan quietas y sus contornos contra el cielo pálido eran tan delicados que causaban inquietud; parecían haber perdido el arte de ondear, como si en ellas las hojas no fueran a agitarse nunca más. Una red de muretes de piedra seca, que delimitaban unos campos absurdamente pequeños, se extendía sin orden ni concierto por todo el ámbito del paisaje y bajo la extraña luz vespertina se asemejaba a una inmensa y fantástica telaraña gris tejida por una araña graciosa. La silueta parda de un pastor con un cayado en la mano asomó a lo lejos en lo alto de una loma. Podía tratarse de una figura sagrada en el rojo presbiterio del cielo de poniente. Desapareció en un abrir y cerrar de ojos, dejando la duda de si no se había tratado de una ilusión. Un nutrido ejército de estorninos surcó veloz el horizonte, marcando su curso en el aire con un zigzagueo de culebra gigantesca. A medida que la luz mermaba, cada vez más roja, todo en los montes dio la impresión de hacerse vasto, grotesco. El silencio que reinaba sobre el paisaje era aplastante.

Unas cuantas cabañas desperdigadas bordeaban el camino. Algunas personas se movían cerca de ellas, dando la impresión de un distanciamiento que era melancolía. Las mujeres descalzas hicieron unas breves reverencias al fraile. Los niños, cubiertos con largos vestidos, al ver a aquellos desconocidos se metieron corriendo en las cabañas, como conejos que se escabullen dentro de sus madrigueras. Tras hallar refugio se asomaron por el postigo abierto para ver pasar el carro, los ojos chispeantes, pícaros, llenos de curiosidad despierta, las caras frescas como el viento.

Un grupo de personas se acercaron a paso vivo al borde del camino, hablando con locuacidad en irlandés y dando la impresión de que acababan de cruzar la sierra tras un largo viaje. Nos hicieron un saludo que era a la vez una bendición. Detuvimos el carro y todos se apiñaron alrededor del fraile y lo miraron por debajo del ala ancha de sus sombreros negros, los semblantes, en su mayoría oscuros y primitivos, parecían más de origen *fir bolg* que milesio.

Cuando el fraile habló, callaron moviéndose nerviosos, mirándose desconcertados. Repetí casi sin darme cuenta las palabras del sacerdote.

—Ah, ¿así que van ustedes a la casa donde Kevin Hooban está enfermo y en cama?

—Sí.

—¿El fraile va a orar sobre él?

—Sí.

—¿Y los están esperando?

—Sí.

—Oímos decir que anda muy decaído, que le ha dado algo raro.

—¿Está muy lejos la casa?

—No, no muy lejos una vez pasado el muro con la hiedra encima que cerca las tierras solariegas. Sigan por el camino recto. Llegarán a un arroyo y un canal, a la derecha del canal verán un sendero que sube al monte; tienen que pasar ese sendero. Al oeste verán dos álamos. Un poco más adelante llegarán a una senda. Doblen por esa senda; es muy estrecha, será mejor que al subir mantengan el carro pegado a un costado y que los dos se sienten juntos, si no, puede que los setos espinosos les arañen la cara, que aquello está muy oscuro. Al final de la senda llegarán a un río poco profundo con el lecho de guijarros. Metan a la yegua en el río y háganla cruzar con ustedes. ¿Se acordarán de todo?

—Sí, gracias.

—Bien. Y ahora escuchen. Cuando hayan cruzado el río con el lecho de guijarros, paren en el prado de atrás. Hacia el norte verán brillar una luz. Den una voz y Patch Keetly andará por ahí para guiar a la yegua por la cabezada. Los acompañará hasta la casa donde Kevin Hooban está en cama fastidiado. Y Dios quiera, padre, que pueda ayudarlo y poner su fuerza en las palabras santas con las que mediará entre él y aquellos que lo tienen postrado; es un muchacho bueno sin tacha ni culpa, y el más grande creador de música que jamás haya acercado los labios a una *fideóg*. Estén ustedes pendientes de los álamos.

—Muy bien. Que Dios sea contigo.

—Que Dios les depare buen viaje.

Seguimos viaje. Mientras fuimos avanzando tratamos de reconstruir las indicaciones. Los dos álamos parecieron despertar en

el fraile español una curiosa vena humorística. Pero todo se cumplió como había dicho el profeta. Llegamos al muro de la hiedra, al arroyo, al canal, al sendero que a la derecha subía al monte, y mucho más adelante a los dos álamos, altos, umbríos, grandes en su soledad, allí en los montes, centinelas que parecían custodiar una especie de frontera de montaña. La luz se había ido deprisa. Todo el paisaje se había desvanecido en un caos vago y oscuro. Allá en lo alto las estrellas comenzaron a asomar, el aire era cortante. Presagiaba helada. Enfilamos entonces por la senda oscura, la yegua la acometió con cierto recelo. Creo que el fraile rezaba en voz baja en su vasco natal mientras avanzábamos por la estrecha senda de montaña. Al llegar al final nos encontramos frente al río poco profundo con el lecho de guijarros. Hubo que convencer otra vez a la yegua antes de que se atreviera a cruzarlo, las ruedas crujieron sobre la grava, las cernejas del animal chapotearon en el agua lenta, color chocolate. Al alcanzar la orilla opuesta nos encontramos en una especie de meseta, apenas visible bajo la luz. Di una voz. Fue como el grito de un pájaro solitario, perdido en vuelo. El fraile se desternilló de risa. Noté el leve balanceo de su cuerpo en los muelles del carro. De repente, en la oscuridad surgió una silueta que, en silencio, asió a la yegua por la cabezada. El carro siguió adelante y atravesó el borroso prado de atrás. Patch Keetly nos condujo hacia la luz que brillaba en el norte.

Había gente esperando frente a la casa alargada, con techo bajo de paja. La luz se filtraba por todas las ventanas, la puerta estaba abierta. Aquella gente no habló ni se aproximó cuando bajamos del carro. Un silencio espantoso se cernía sobre aquel lugar. La manera de apiñarse de aquella gente destilaba misterio. Nos observaban desde sus ángulos curiosamente distantes. Parecían formar parte de la atmósfera de los montes, fijos en el paisaje como las matitas de aulaga o los dos álamos solitarios que montaban guardia al comienzo de la senda.

—¿Quiere el padre santo entrar en la casa? —preguntó Patch Keetly—. Voy a quitarle los arreos a la yegua y a ponerle una ración de avena en el establo.

El fraile me habló en voz baja y fuimos hacia la puerta abierta de la casa.

La puerta daba directamente a la cocina. Dos mujeres esperaban

de pie, bien alejadas de la entrada; había en su actitud un punto de respeto, con una pizca de misterio y otra de miedo. Clavaban los ojos en el fraile, y por sus expresiones podían haber estado esperando a que una especie de aparecido cruzara el umbral. Le hicieron una reverencia, inclinando el cuerpo en una súbita y leve sacudida. En la cocina no había nadie más y, pese a la formalidad casi aplastante de su actitud, en cierto modo transmitían la sensación del poder que tenían las mujeres de la casa en momentos de crisis. Cuando se trataba de luchar por una vida, tomaban el mando supremo, los hombres quedaban todos fuera. La mayor de las mujeres se adelantó a hablar con el sacerdote y a darle la bienvenida. Daba la impresión de que habían ensayado el recibimiento, ambas mujeres se desvivían por hacer lo correcto.

Hubo un pequeño malentendido, y yo estaba demasiado aturdido por el frío —que había notado plenamente al apearme del carro y sentir las piernas agarrotadas— para acudir al rescate como intérprete. El fraile español estaba acostumbrado a estos leves sonrojos, y solía recibirlos con una sonrisa. El malentendido y el sonrojo restaron solemnidad al recibimiento. Las mujeres se mostraron aliviadas. Quedó claro que no se esperaba que dijesen nada, y ya no temieron que las obligaran a pasar por la dura prueba de conocer a una persona, quizá de rango superior, que las tratara con paternalismo, que causara un revuelo en su casa, que las horrorizara esperando de ellas todo tipo de atenciones, en una palabra, que se comportara muy a la inglesa. El fraile español era de intuiciones certeras y tenía una forma sutil y propia de transmitir sus emociones y sus necesidades. En espíritu estaba más próximo al campesinado que muchos de los frailes de origen campesino. Y estas dos campesinas, de inteligencia e intuiciones certeras, dieron la impresión de comprenderlo en el mismo instante en que se truncó el primer intento de conversación, igual que él las comprendía a ellas. La mayor de las mujeres condujo al sacerdote a un cuarto que daba a la cocina donde yo sabía que Kevin Hooban guardaba cama.

La mujer más joven arrimó una silla al hogar y me invitó a sentarme. Y allí sentado frente al fuego oí sus pasos veloces pero silenciosos por la cocina, el leve frufrú de sus vestidos. Al rato se acercó al hogar y me tendió un vaso. Contenía un líquido con aspecto de agua desteñida, muy similar a la del río poco profundo

con el lecho de guijarros. Mi cara debió de mostrar cierto gesto de sorpresa, incluso de duda, porque me acercó más el vaso, para tranquilizarme. Había en su actitud algo que inspiraba confianza. Acepté el vaso y bebí un sorbo del líquido. Me dejó en la boca un sabor a turba, algo ahumado que, en cierto modo, tenía un aroma muy natural. Pensé en los montes, los arbustos solitarios, el lento movimiento del río color chocolate, los hombres de caras primitivas y morenas bajo los sombreros de ala ancha, en su forma misteriosa, incluso dramática de apiñarse alrededor de la casa iluminada. El líquido con sabor a turba parecía un destilado de la propia atmósfera. Sabía que era whisky casero. Al instante sentí como corría por mi cuerpo, calentándome la sangre. La mujer joven permaneció junto al hogar, medio en la sombra, medio en la luz amarilla de la llama del fuego de turba, en actitud tranquila pero tensa, muy pendiente de cualquier movimiento en el cuarto del enfermo.

La puerta del cuarto estaba entreabierta, y se oía el suave murmullo de la voz del fraile que recitaba una plegaria en latín. La mujer joven suspiró, su pecho subió y bajó en un rápido y doloroso respiro. Entonces se persignó.

—Mi hermano anda muy decaído —dijo al cabo, sentándose junto al fuego. Tenía los ojos clavados en las llamas. Su cara era menos dura que las caras que había visto en los montes. Parecía de buen corazón.

—¿Hace mucho que está enfermo?

—Algún tiempo. Pero viéndolo, se diría que está sano como una manzana. Al principio anduvo un poco murrio y alicaído, y daba vueltas sin muchas ganas de compañía. Se pasaba horas en el fondo del prado, cerca del agua, sentado debajo del espino, tocando la *fideóg*. Cuando las piernas empezaron a no responderle, se quedaba llorando en el cuarto. Algunos que saben de estas cosas dicen que se encuentra bajo cierta influencia. Ahora ya no habla. El santo fraile sabrá qué es lo mejor que puede hacerse.

Cuando el fraile salió del cuarto, se despojó de la estola bordada que se había echado sobre los hombros.

La mujer mayor, de la cofia blanca, salió detrás de él con cara de entusiasmo.

—Kevin habló —le dijo a la otra—. Miró al hombre santo y se

ofreció a persignarse. No alcancé a oír las palabras que pronunció, porque salieron muy débiles de sus labios.

—Kevin vivirá —dijo la mujer más joven, contagiada en parte por el entusiasmo de su madre. Siguió junto al fuego, tensa y encogida, la vista perdida clavada en el otro extremo de la cocina, como si, deseando fervientemente que Kevin viviese, el muchacho fuera a hacerlo. De repente cruzó rauda y silenciosa la cocina y desapareció en el cuarto.

El sacerdote se sentó un rato junto al fuego, la mujer mayor se quedó de pie, respetuosa, a su lado, pero no le quitaba los ojos de encima, como si quisiera arrancarle todos los secretos de la existencia. El sacerdote se mostró entre incómodo y divertido al verse sometido a aquel singular examen. Fuera se oyó un susurro de pasos, como si una manada de animales tímidos acabara de bajar de los montes y se acercara a la morada. Al rato la puerta chirrió. La miré con inquietud. La atmósfera del lugar, los vapores del whisky casero que me nublaban la cabeza, me habían dado una impresión más poderosa del misterio, del hado. Nada apareció en la puerta durante un rato, pero no aparté la vista de ella. Fui recompensado. Un puñado de hombres, morenos, lúgubres, algunos con expresiones que no presagiaban nada bueno, asomaron la cabeza y los hombros por la puerta y escudriñaron en silencio al fraile sentado frente al fuego. Tuve otra vez la sensación de que no se habrían sorprendido de haber visto aparecer un espectro. Las cabezas desaparecieron; por las ventanas se coló otro susurro de pasos, como si los animales tímidos rondaran la casa. La puerta chirrió de nuevo, y otro puñado de hombres se apiñó para asomar la cabeza y los hombros. Hasta donde alcancé a ver, parecía el mismo grupo de cabezas, aunque algo me decía que eran nuevos espectadores. Se asomaban por turnos para mirar.

El sacerdote se aventuró a entablar conversación con la mujer de la casa.

—Padre, ¿cree que Kevin vivirá?

—Debería tener más coraje —respondió el fraile.

—Todos tendremos más coraje ahora que ha orado sobre él.

—No pierdan la fe. Todo está en manos de Dios. Solo ocurrirá lo que a Él plazca.

—Alabado sea Su Santo Nombre —la mujer inclinó la cabeza al

pronunciar las palabras. El sacerdote se levantó para marcharse.

La muchacha salió del cuarto.

—Kevin vivirá —anunció—. Me ha hablado.

Le brillaron los ojos al mirar con fijeza a su madre.

—¿Podrías contarnos qué dijo?

—Sí, claro. Dijo: «En el mes de abril, cuando el agua corra clara en el río, tocaré la *fideóg*». Eso dijo Kevin.

—Cuando el río esté claro… tocará la *fideóg* —repitió la mujer mayor con cara de preocupación y miedo—. ¡Que la cruz de Cristo se interponga entre él y esa *fideóg*!

El sacerdote fue hacia la puerta; yo lo seguí. Por la puerta entreabierta del cuarto, entreví al inválido con el rabillo del ojo. Sobre la almohada vi la cara alargada, pálida y nerviosa de un joven. Una luz caía sobre su frente, y pensé que tenía la anchura y el arco, la buena forma inclinada hacia la cabeza alargada, propia de los músicos. Sus ojos resplandecían con un brillo poco natural. Era el rostro de un artista, de un idealista, intensificado, idealizado por la enfermedad, por el sufrimiento, por la agitación, y me pregunté si la visión que había tenido Kevin Hooban de tocar la *fideóg* junto al río cuando sus aguas corrieran claras en abril, sería una visión de su paraíso o de su tierra.

Salimos de la casa. Bajo la luz amarilla de un farol del establo, Patch Keetly le ponía los arreos a la yegua y ajustaba uno de los tirantes. Nos subimos al carro. Los hombres nos rodearon en grupos, sus movimientos sonaron de nuevo en el suelo como el susurro de pasos de animales tímidos, y por primera vez rompieron el silencio.

Se dijeron más cosas de Kevin Hooban. Por diferentes alusiones, vagas e insustanciales, detalles revelados por las voces amables y musicales, deduje que lo creían bajo la influencia de seres fantásticos. La sensación de misterio y mal agüero volvió a apoderarse de mí, y me llevé el recuerdo de las oscuras siluetas de aquella gente que, reunida frente a la casa solitaria e iluminada, mostraba su pena por el flautista, la hierba a sus pies reluciente de escarcha.

El zapatero

I

Obedeciendo un mandato doméstico, Padna envolvió en papel un par de botas y se las llevó al zapatero que trabajaba detrás de una ventana en una calle tranquila.

A Padna el zapatero le parecía un hombre melancólico. Llevaba grandes gafas, tenía una frente blanca y despejada, y en ella dos bultos enormes. Padna llegó a la conclusión de que esos bultos habían sido estimulados por la necesidad profesional de mantener la cabeza constantemente inclinada sobre las rodillas.

El zapatero invitó a Padna a sentarse en su taller, cosa que hizo. Padna pensó que debía de ser muy deprimente pasar todo el día ahí sentado entre botas viejas y nuevas, trozos de cuero, cajas de ojales de latón, leznas, trinchetes y sacabocados. Con razón el zapatero era un hombre de aspecto melancólico.

Padna guardó un discreto silencio mientras el zapatero dirigía sus gafas críticas hacia las botas que le había llevado para arreglar. De pronto las gafas enormes se volvieron hacia Padna, y el zapatero le habló con una voz de una amabilidad asombrosa.

—¿Cuándo oíste al cuco? —preguntó.

Tras la sorpresa inicial, Padna se tranquilizó y contestó:

—Ayer.

—¿Y miraste la suela de tu bota cuando lo oíste? —preguntó el zapatero.

—No —contestó Padna.

—Pues bien —dijo el zapatero—, cuando oigas el primer canto del cuco en primavera, mírate siempre la suela de la bota derecha, donde encontrarás un pelo. Ese pelo te dirá qué clase de esposa tendrás.

El zapatero sacó un largo cabello de la suela de la bota de Padna

y lo sostuvo a contraluz frente a la ventana.

—Te casarás con una mujer de pelo castaño —dijo.

Padna observó el cabello sin temor, aceptación o cariño, y no dijo palabra.

El zapatero ocupó su sitio frente al banco, escogió un zapato a medio hacer, se lo colocó entre las rodillas y se puso a coserlo con gran entusiasmo. Padna admiraba su habilidad al hacer los agujeros con la lezna y pasar el hilo encerado con movimientos veloces. Ya no tenía la impresión de que el zapatero fuese un hombre melancólico. Pensó que jamás se había sentado junto a un hombre tan optimista, mentalmente tan emancipado, tan indiferente a la indignidad de su oficio.

—Qué pequeños esos zapatos que está cosiendo —observó Padna, queriendo mostrarse agradable.

—Son pequeños —dijo el zapatero—. ¿Sabes quién hace los zapatos más pequeños del mundo? ¿No lo sabes? ¡Vaya, vaya! Los zapatos más pequeños del mundo los hace el clurichaun, primo del leprechaun. Si te acercas por el oeste y con sigilo al fuerte de un hada cuando el sol se ha puesto y pegas la oreja a la hierba, oirás el golpeteo de su martillo. ¿Y sabes para quién hace esos zapatos el clurichaun? ¿No lo sabes? ¡Vaya, vaya! Los hace para las golondrinas. Pues sí, señor, las golondrinas llevan zapatos. Se los ponen en primavera, y otra vez al terminar el año. Los llevan cuando vuelan de un mundo al otro. Y cruzan el Mar Muerto. ¿Alguna vez has oído hablar del Mar Muerto? ¿Ah, sí? ¡Vaya, vaya! Pues no ha nacido aún el pájaro que pueda cruzar el Mar Muerto volando. Todos los que lo han intentado se han caído para hundirse como piedras. Así que cuando llegan al Mar Muerto, las golondrinas bajan a la orilla, donde las esperan los clurichauns con millones de zapatos. Ellas se los ponen y cruzan el Mar Muerto caminando por unas pasaderas relucientes de color negro y amarillo, que brillan sobre el agua y forman una bonita alfombra. ¿Y sabes qué son las pasaderas que cruzan el Mar Muerto? Son los lomos de ranas dormidas. Y cuando las golondrinas llegan a la otra orilla sanas y salvas, las ranas se despiertan y se ponen a cantar, porque entonces se sabe que llegará el verano. ¿Lo habías oído alguna vez? ¿No? ¡Vaya, vaya!

Una gata, tan simpática como el zapatero, saltó al regazo de

Padna. El zapatero movió el zapato que estaba cosiendo entre las rodillas y colocó el tacón donde antes había estado la punta.

—¿Sabes dónde descubrieron la electricidad por primera vez? —preguntó.

—En América —aventuró Padna.

—Pues no. En el lomo de un gato. De un enorme gato chino. Tenía todos los pelos de siete pulgadas de largo, de color dorado, gruesos como alambre de cobre. Era el único gato que se permitía mirar a la cara a la emperatriz de la China, sin pestañear. Cuando el emperador se enteró, lo mandó llamar y le acarició el lomo. En cuanto acarició al gato, el emperador de la China se desplomó sobre su lujoso trono, tan muerto como sus antepasados. Mandaron llamar a siete doctos doctores de siete doctos países de Oriente para averiguar qué había matado al emperador. Al cabo de siete años descubrieron la electricidad en el espinazo del gato, y firmaron una proclama con la cual dieron a conocer que el emperador había muerto a causa de la descarga. Cuando los americanos leyeron la proclama, decidieron que en todas las penas de muerte usarían la forma en que el gato había matado al emperador de la China. Los americanos son así, capaces de cualquier cosa con tal de imitar a las familias de la realeza.

—¿Y esta gata tiene electricidad? —preguntó Padna.

—Claro que sí —dijo el zapatero, tirando del hilo encerado—. Pero es una gata civilizada, no como ese animal vulgar de la China. Los gatos civilizados ocultan su electricidad del mismo modo que las personas civilizadas ocultan sus sentimientos. Pero un día del verano pasado, la vi mostrar su electricidad. Una rata negra monstruosa salió de la fábrica de cerveza y se fue de ronda. Tenía un parche calvo en la cabeza y le faltaba un trozo del anca izquierda. Al ver a ese animal subirse por la alcantarilla y pasearse por la calle, a plena luz del día, cualquiera hubiera dicho que se trataba de un inspector de la policía del condado.

—¿Y peleó con la rata? —preguntó Padna.

El zapatero metió el zapato en una horma y empezó a darle golpecitos con el martillo.

—Claro que peleó con la rata —dijo—. Salió a hacerle frente con los bigotes erizados. La rata se tiró panza arriba. La gata se echó de lado. Estuvieron así, midiéndose y fintando ataques, como media

hora. Al final la rata monstruosa se levantó enfurecida y se abalanzó sobre la gata, enseñándole los colmillos. La gata dio vueltas por el patio, doblada en dos, describiendo círculos como una girándula alrededor de la rata hasta que la muy canalla se quedó hipnotizada. ¡Tenías que haber visto cómo se le abultó la cola, toda la electricidad se le había concentrado allí! Le encajó a la rata un coletazo en toda la mandíbula que la dejó tendida en el suelo. La gata se plantó encima de la rata, tenía el lomo arqueado como un aro, la cola daba golpes a diestro y siniestro, con una sonrisa torcida en el morro. Y ese fue el fin de la monstruosa rata de la fábrica de cerveza.

Padna no dijo nada, pero depositó a la gata en el suelo. Cuando la morronga trató de volver a saltar sobre su regazo, le sugirió disimuladamente con la punta de la bota que su entente ya no seguía en pie.

Unas gotas de lluvia golpearon en la ventana y el zapatero levantó la vista, sus gafas brillaban, los bultos de su frente relucían.

—¿Sabes por qué Dios hace que llueva? —preguntó.

Padna, que la víspera había escuchado la conversación de dos granjeros, contestó:

—Claro que lo sé. Para que crezcan los nabos.

—¡Tonterías! —dijo el zapatero, alargando la mano en busca de una lezna—. Dios hace que llueva para que nos acordemos del Diluvio. Y no me refiero en absoluto al que hubo, sino al Diluvio que vendrá. Cederá la faja del cielo, el arco iris no es más que eso, y está hecho de colores. ¿Es que no sabías lo que es el arco iris? ¿No? ¡Vaya, vaya! Como te decía, cuando la faja del cielo se rompa, llegará el Diluvio. En el primer minuto todos los valles de la tierra se inundarán. En el segundo minuto el agua rebasará las montañas. En el tercer minuto el cielo se vaciará y habrá perdido el pellejo y la tierra dejará de existir. No habrá arca, no habrá Noé, no habrá paloma. No habrá nada más que una yerma extensión de agua gris y justo en el medio una hoja verde. La hoja verde será una señal de que Dios se ha ido a dormir y de que el problema del mundo ha quedado desterrado de Su mente. Así que cuando llueva, acuérdate de mis palabras.

Padna dijo que se acordaría y se fue para su casa.

II

Cuando Padna regresó donde el zapatero a recoger las botas que había llevado a arreglar, las encontró casi terminadas. Solo faltaba poner las tapas a los tacones. Padna se sentó en el pequeño taller, y bajo la agradable influencia del lugar se animó a preguntarle al zapatero si había nacido para ser zapatero igual que el geranio había nacido para ser geranio en el tiesto de la ventana.

—¡Qué me dices! —exclamó el zapatero—. ¿Nunca te contaron que a mí me encontraron en el campo debajo de un repollo? ¿No? ¡Vaya, vaya! ¿De qué te hablan en tu casa, si es que te hablan de algo?

—Lo que más me dicen —contestó Padna—, es que me vaya a la cama y que me levante por la mañana. ¿Cómo se llama el lugar ese del campo donde lo encontraron?

—Gobstown —dijo el zapatero—. Era la aldea más miserable del territorio de Irlanda. Estaba sometida a la plaga de un buen terrateniente, uno inmejorable. Esa fue su desgracia y, sobre todo, la mía. De no haber sido el terrateniente de Gobstown tan bueno, yo llevaría hoy las riendas de un imperio y no me verías aquí aporreando tapas en los tacones de tus botas. ¿Que cómo fue posible? Ahora mismo te lo cuento.

»Los arrendatarios de Gobstown se levantaron para exigir una rebaja de los arriendos; el bueno del terrateniente se la concedió. Ellos se levantaron otra vez y exigieron otra rebaja del arriendo; y el terrateniente se la concedió. Y así siguieron levantándose, exigiendo rebajas y obteniéndolas hasta que no quedó arriendo que rebajar. El terrateniente fue entonces tan bueno y tan pobre como el que más.

»Mientras ocurría todo esto, Gobstown estaba rodeada de fincas en posesión de los terratenientes más despiadados —terratenientes absentistas, amantes del desahucio, que cobraban arriendos sangrantes, terratenientes feroces como tigres. Y estos terratenientes tigres saltaban sobre sus arrendatarios y sus arrendatarios se defendían como podían. Todo era sangre, querido mío, y música de metralla y gritos desde la selva en plena noche. En Gobstown teníamos que quedarnos sentados con la mirada perdida. ¡Diablos!

Teníamos que fingir que estábamos contentos como unas pascuas.

»En Gobstown no entró una sola cabeza como trofeo. Ninguno de nosotros salió nunca para embarcarse en una aventura que lo devolviera a casa tras pasar una temporada en la cárcel del condado. Ni se lanzó jamás una empresa secreta que pudiera transformarse en gran agitación popular, porque ni siquiera llegó a urdirse. Por no tener, ni teníamos una banda de pífanos y tambores. No sabíamos cómo tocar la flauta celta ni golpear el tintinábulo. Nunca habíamos ondeado una bandera verde. No contábamos con la rama de ninguna asociación. No contábamos con un solo hombre capaz de redactar una resolución, componer una carta amenazante, dibujar un ataúd, con calavera y tibias cruzadas, luchar contra un policía o incluso pronunciar un discurso. Nunca fuimos delegados en una convención, ni enviados a América, ni jefes de una división, de una comisión o de una manifestación. No éramos nada. Nos marchitamos por culpa de la plaga de nuestro buen terrateniente como el tallo verde se marchita en la escarcha de la noche negra… Pásame ese trinchete. El del mango de madera.

»Era tal nuestro desespero que nos levantábamos para participar en las manifestaciones de las otras fincas. Éramos un clan pequeño y desconocido. El contingente de Gobstown siempre iba a la cola de la procesión. ¡Qué grupo más torpe y desordenado, ni marchar sabíamos, pan y piedra, pan y piedra! Los curiosos apenas se dignaban mirarnos de reojo. No representábamos a nadie. No teníamos nombre. Una vez hicimos una pancarta con las palabras "¡Gobstown al frente!", pero seguían mandándonos a la cola, y cuando recorrimos ese pueblo, las jóvenes criadas se asomaban a las cocinas, se reían de nosotros y nos gritaban: "¡Gobstown a la cola del frente!".

»Los hombres en lucha se acercaron a nosotros, nos llevaron aparte y nos preguntaron cómo lo hacíamos en Gobstown. Nos quedamos sin argumentos. Nos ofrecimos a presentar a nuestro buen terrateniente como ejemplo luminoso, exponer nuestro cordero para que pudieran verlo los devoradores de hombres de las otras fincas. Todos los organizadores se mostraron hostiles. De ahí en adelante ya no nos dejaron participar en las procesiones. Si conseguíamos aportar un demonio negro y rugiente, nos recibirían con los brazos abiertos. Los ejemplos luminosos no contaban con

apoyos. Nos mandaron a casa castigados y nos dispersamos. Como dicen los predicadores, nuestro último estado era peor que el primero.

»Nos volvimos huraños y perezosos, gordos y lerdos. Llegamos a no poder ni vernos, a tal punto que comenzamos a pagar los arriendos a espaldas de los demás; al principio, el arriendo reducido, después, un poquito hoy, un poquito mañana, volvimos al arriendo original, y seguimos pagándolo. Nuestro buen terrateniente recibía sus arriendos y no decía palabra. Gobstown pasó a ser el lugar más desgraciado de toda Irlanda. Nadie se fiaba ni de su hermano. Y nuestros vecinos no hacían más que ir de hazaña en hazaña. Se movían como truchas, eran emprendedores como cabras, inteligentes como los hombres de Cork. Flacos, entusiastas y afables. Comían muy poco, bebían agua, dormían bien, hombres de nudillos fuertes, tripas limpias y ojos claros. Cuanto golpeaban, caía. Siempre dispuestos a acabar en la cárcel por los demás.

»Yo tenía un primo famoso en una de estas fincas. Habrás oído hablar de él, supongo. ¿No? ¿Te enseñan algo en la escuela? ¿Latín, gramática? ¡Vaya, vaya! Resulta que mi primo era un tipo torpe, no de muchas luces, medianas no más, pero muy luchador. ¡Con todo, fíjate a dónde ha llegado él, en cambio yo, fíjate, aquí remendándole los zapatos a muchachos como tú! Nací con buena estrella, pero mi primo nació bajo un terrateniente con estrella: un tipo feroz que desde su buhardilla en Londres lanzaba sus rugidos sobre toda Irlanda exigiendo más y más sangre. Cada vez que pensaba en ese viejo decrépito aullando en la buhardilla de Londres yo me decía: “Ese hombre será la causa del triunfo de mi primo”. Y vaya si lo fue. A la finca de mi primo llegaron tres apoderados. En el juzgado se celebraban juicios estatales como si fueran grandes representaciones de teatro. Los ánimos estaban siempre caldeados. Tenían seis bandas de pífanos y tambores y una de metales. Portaban unas pancartas verdes y doradas con pendones y estandartes, y lemas en letras amarillas, tan grandes que en días ventosos se precisaban cuatro hombres forzudos para aguantarlas. Rara vez se veía un poli sin casco. El magistrado residente se levantó un día en el seno de su familia, cerró los ojos, dispuesto a bendecir la mesa, y, llevado por la costumbre, se puso a recitar la

Ley Antidisturbios hasta que su mujer le soltó: “¡Cómo te atreves, George! ¡El cordero es de primera!”. Los niños no mayores que tú, que iban a la escuela andando por los caminos de esa espléndida finca, eran capaces de subirse de un salto al muro de la acequia y pronunciar buenos discursos.

»Los libros de actas de mi primo —era secretario de todo— llenaban una librería y se hicieron famosos por sus magníficas expresiones. Fue autor de diez estilos para interpretar resoluciones. Uno de sus enemigos lo apodó Kavanagh el Resolutivo. Cada vez que resolvía mantener la postura de siempre, le daba muchas vueltas. Todo el mundo se hospedaba en su casa. Se lo veía en más procesiones con antorchas que a Bryan
O’Lynn,
el de la canción. Uno de los cuartos de su casa estaba tapizado de discursos enmarcados con dibujos miniados del Libro de Kells. Las casas de la gente estaban llenas de cabos de velas consumidas, restos de las grandes iluminaciones dedicadas a mi primo cuando salía de la cárcel. No te miento cuando digo que el torpe de mi primo llegó a listo y refinado a base de pura práctica. Tuvo el mejor de los tutores. El pellejo de un terrateniente en una buhardilla de Londres, sus representantes, sus subalternos, magistrados de quita y pon, jueces, procuradores de la Corona, inspectores de la policía del condado, sargentos, agentes, hombres del servicio secreto, todos lo fueron llevando de fama en fama hasta que al final se lo quitaron de encima metiéndolo por la única rendija que quedaba abierta para los de su calaña, el Parlamento inglés. ¡Piensa en la carrera meteórica de ese hombre! ¡Y ahí estaba yo, un hombre capaz con una buena cabeza, nacido con la cuchara de oro del talento en la boca, enterrado en Gobstown, muerto para el mundo! Me pudría como un nabo bajo el mejor y el más condenado de los terratenientes. Hasta que no aguanté más, ningún hombre de temple lo habría hecho.

»Un día descolgué mi bastón de fresno, me escupí en la mano y me fui para la casa de mi primo. No me recibió con los brazos abiertos. Lo puse al corriente de cómo estaban las tierras de Gobstown. Le dije que debían permitirnos que nos ganáramos nuestra fama como productores de un luminoso ejemplo de terrateniente. Mi primo inclinó un poco la cabeza hacia un lado y

luego dijo:

»—En este país los ejemplos luminosos deberían utilizarse con la mayor de las moderaciones. —Miró por la ventana y al cabo de un rato añadió—: Ese terrateniente de Gobstown es el loco más peligroso de toda Irlanda.

»—¿Por qué lo dices? —pregunté yo.

»—Porque —respondió mi famoso primo— tiene un corazón perfecto. —Inclinó la cabeza hacia el otro lado, me miró y dijo—: Si Gobstown no hace algo, puede convertirse en el instrumento de nuestra destrucción.

»—¿Cómo? —pregunté yo.

»—Puede volverse contagioso —contestó mi primo—. ¡Imagínate que cunda su ejemplo y que Irlanda se convierta en una vasta extensión sembrada de Gobstowns! ¿No sería preferible cualquier otra cosa antes que ese destino?

»Yo, que lo sabía por experiencia, contesté:

»—Sabe Dios que sí.

»Mi primo soltó un suspiro muy hondo. Se alejó, dejándome de pie en la cocina; lo vi trajinar con una escalera y colocarla en la entrada del desván. Se subió y desapareció entre las negras vigas. Lo oí hurgar en algún punto debajo del techo de paja. No tardó en bajar por la escalera con una escopeta en una mano y un puñado de cartuchos en la otra. No dijo palabra, yo tampoco. Vino hacia mí y me puso la escopeta en la mano y el puñado de cartuchos en el bolsillo. Se acercó al fuego y se quedó de espaldas a mí, mirando las llamas. No me moví de donde estaba, con la escopeta en la mano parecía un indio mohawk de Gobstown.

»—¿Y esto para qué es? —pregunté al fin, apoyando la escopeta en el suelo.

»Mi primo no contestó en seguida. Sin moverse de donde estaba dijo al fin:

»—Para que revuelvas el té, ¿para qué iba a ser?

»Lo miré y él siguió donde estaba; y con el sudor bajándome por la nuca, salí de allí y me fui a casa cruzando los campos, los cartuchos se sacudían ruidosamente dentro del bolsillo cada vez que saltaba una acequia y la escopeta en mi mano se volvió más familiar y amiga al tacto.

»Y así llegué a lo alto de una loma verde desde donde se

dominaba Gobstown, y me senté. La vista de Gobstown me provocó náuseas. De ella solo se elevaban las débiles bocanadas de humo de turba de las chimeneas, como finas, pálidas y suaves hilachas bamboleándose al viento. Ahí está, dije, la altivez de Gobstown. De ella no provenía más sonido que el cacareo de los gansos, y el rebuzno de un viejo asno en el tremedal. Ahí está, dije, la sagacidad de Gobstown. Y al levantarme de la loma verde decidí salvar a Irlanda de Gobstown aunque perdiera el alma en el empeño. Atravesaría con una bala el corazón perfecto de nuestro buen terrateniente.

»Aquella noche me oculté detrás de cierta acequia. La luz de la luna resplandecía en mi nuca. El buen terrateniente pasó a mi lado por el camino, iba con su buena esposa, charlaban felices como una pareja de enamorados. Empuñé la escopeta. Un sentimiento extrañísimo se apoderó de mí. No llegué a levantarla. No tuve valor. Escondido detrás de la acequia me estremecí. Cada paso de él, cada paso de ella eran como martillazos en mi cabeza. Supe entonces, en ese preciso instante, que no me atrevería, y que Gobstown estaba perdido para siempre. ¿Qué me pasó? ¿Quién podría decirlo con certeza? Muchas veces me he preguntado qué se apoderó de mí entonces. Solo puedo ofrecer conjeturas.

»A nadie en mi pueblo le habían impuesto rentas exorbitantes. Yo nunca había visto desahuciar a ninguno de mis conocidos. Ningún gran juez del tribunal superior me había lanzado una mirada desde el estrado al banquillo, ni me había hablado con tono severo. Nunca había oído a mis espaldas el sonido metálico de la puerta de una cárcel. Ningún agente de policía irlandés había descargado con mano regia su porra sobre mi cabeza. Ninguna carabina había golpeado las partes blandas de mi cuerpo. No tenía cicatrices que pudieran enrojecerse con los recuerdos. Los recuerdos que tenía y que habrían podido infundirme valor no eran recuerdos de los terratenientes. En mi corazón no había rabia para el terrateniente de Gobstown; por eso, pasó de largo. Saqué las piernas de la acequia y hundí la escopeta de mi primo en un agujero del tremedal. Después le tocó el turno al puñado de cartuchos. Soltaron un leve gorgoteo en el agua oscura, como la sangre en la garganta de un hombre herido de bala. Esa misma noche me fui a casa, envolví unas cuantas cosas en un pañuelo rojo, y salí de Gobstown

con el sigilo de un ladrón. Recorrí los caminos hasta que vine a parar a esta aldea, aprendí el oficio, llegué a ser un zapatero respetable, y… dile a tu madre que solo utilizo el mejor cuero. Aquí tienes las botas, Padna, con tapas y todo lo demás… Media corona. ¡Gracias y que las calces bien!

El rector

El rector asomó por detrás de la torre de la iglesia. Enfiló el sendero de arena que, tras una curva, llevaba al camino. En mitad del trayecto se detuvo, y, después de una cavilación, dio media vuelta y contempló el edificio. Era cuadrado y sólido, una mole sobre el fondo de los montes. El rector se subió los puños y miró con fijeza la estructura. Las mejillas bien conservadas, como melocotones, se le llenaron de finísimas arrugas críticas. Inclinó hacia un lado la cabeza pequeña, bien formada. Había en su actitud un aire preocupado, protector. Se notaba que pensaba en las obras de reparación de la iglesia, inquieto por los canalones, el bajante, las lajas de pizarra que faltaban en el tejado, la pintura de puertas y ventanas. Adoptó una pose teatral y analizó el problema de las grietas en el enlucido granuloso de los muros. Plantó el paraguas en la arena con decisión. Se apoyó un poco sobre él, con calma, sus labios silabearon inconscientemente las palabras del ultimátum que presentaría a la Junta Parroquial. Menudo de figura, parecía anticuado, casi fúnebre, algo que se había vuelto distante, reducto medio olvidado, solitario; un hombre que había ido a enterrarse a una parroquia donde no había nada que hacer. Farfulló para sus adentros y fue hasta la verja en el muro alto que rodeaba los jardines de la iglesia.

Un grupo de campesinos avanzaba, hablando y riendo, por el camino amarillo y solitario. Las mujeres, erguidas y enérgicas, iban descalzas y caminaban dando zancadas grandes y vivas. Venían del mercado del pueblo cargando pesadas cestas, aunque no parecían notar su peso. Las enaguas de lana cardada, teñidas de un rojo intenso, daban un toque de color al paisaje. Los blancos chalecos con mangas y los sombreros negros y blandos de los hombres servían de contraste. Los ojos del rector se clavaron en el grupo con

disciplinada indiferencia. Era la mirada de un hombre que se mantenía fuera de sus vidas, que no esperaba ser reconocido, que no se sentía llamado a reconocer a esta gente de campo. Los ojos de los campesinos se mostraron impasibles, indiferentes, al posarse en la negra figura, de pie en la verja de hierro oxidado que llevaba a los jardines vallados de la iglesia. Él no saludó. La conversación locuaz y ruidosa del grupo se interrumpió un momento, en parte por vergüenza, en parte por la sensación de que al borde del camino había algo vivo. Una vaguedad en la expresión de ambas partes fue la señal exterior de que, por un momento, dos fuerzas conservadoras se habían encontrado y se habían negado a transigir.

Una muchacha, con una figura y unos movimientos que habrían encendido la mirada de un artista, levantó los ojos y estuvo a punto de esbozar una sonrisa. El rector notó la viveza de su cara, enmarcada por un flequillo negro, la picardía de su belleza, cierto despreocupado abandono en el balanceo de sus brazos y piernas. Algo en las cejas rectas y oscuras del rector, algo adusto, le prohibió sonreír. La sonrisa se deshizo en un rubor turbado. Los campesinos siguieron de largo y el rector les dio tiempo para que se alejaran un poco antes de seguir andando hacia la rectoría.

Levantó la vista y contempló la cadena de montes, grandes en su extensión, poderosos en su ritmo, hermosos bajo el juego de luz y bruma. Pero al rector se le antojaban extraños, formaban parte de un lugar condenado y perdido. Se puso a pensar en la muchacha que, en su inocencia, había estado a punto de sonreírle. ¿Por qué no lo hizo? ¿Tenía miedo? ¿De qué tenía miedo? ¿Qué cosa maligna se interpuso entre ella y ese impulso de juventud? Cierta conciencia… ¿de qué? El rector suspiró. Temía saber de qué se trataba. Y esa certeza hizo que sus pensamientos galopasen por las sendas acostumbradas. Volvió a analizar la larga tradición de sus quejas, quejas que lo habían sepultado en una vida que ni siquiera encontraba su sitio en aquella campiña al borde del camino. Repasó mentalmente de arriba abajo todas las fases de sus quejas hasta llegar al decreto *Ne Temere*. Los labios del rector dejaron de murmurar medias palabras; se transformaron en dos líneas rectas, apretadas y finas, sobre los dientes. Así seguirían a lo largo de la tarde, firmes en su posición, mientras leía las cartas del *Irish Times*. Se dejaría llevar por pensamientos sobre política, sobre los hechos

de los hombres malvados, sobre las transacciones que tienen lugar dentro y fuera de los gobiernos, narcotizando su mente con la droga de los opiáceos de clase hasta la hora de irse a la cama.

Antes tenía que pasar al lado de un hombre que partía piedras en una cuneta. Los golpes contundentes del martillo resonaban en el aire inmóvil. Cuando el rector pasó, el hombre levantó la vista de su trabajo; el rector vio en la cara gris del picapedrero una familiaridad melancólica. Sintió un impulso, pocas veces le pasaba, y se detuvo en medio del camino. El decreto *Ne Temere* voló de su mente.

—Buenos días, buen hombre —dijo, sintiendo que había hecho otra concesión, y que sería vana como todas las demás.

—Buenos días, padre —contestó el picapedrero, se incorporó y se sentó encima del saco que se había colocado debajo del trasero, como quien se dispone a entablar conversación.

Hubo una pausa. El rector no supo bien cómo seguir. Sabía que debía hablar con cierto tono coloquial si quería tener algún trato con el picapedrero, persona que le inspiraba una compasión un tanto distante. La forma de hablar de aquella gente era uno de los motivos de queja del rector. Su conversación, según comprobaba él a menudo en secreto, estaba salpicada de propaganda católica, apostólica y romana. Pero el rector hizo otra concesión.

—Bonito día, a Dios gracias —dijo. Habló como quien estuviese pronunciando un mensaje en un idioma desconocido. «A Dios gracias» era una expresión del lugar, podía prestarse a una interpretación que quizá no fuese aprobada. El rector imprimió a sus palabras algo que era como una protección, algo propio del púlpito, que conservaba cierta solemnidad en su pesimismo.

—¡Bonito día, sin duda, alabado sea Dios! —replicó el picapedrero. Hubo una frescura en su expresión, una alegría en la plegaria, que le infundió optimismo.

El rector fue tan consciente del contraste, que hubo de hacer otra pausa. Se encendieron los tonos melocotón de las mejillas pues brotó en él una sospecha. ¿Acaso había querido el hombre sugerirle algo? ¿Acaso había erigido una deidad optimista para oponerla a la deidad pesimista del rector? El rector se subió los puños blancos debajo de las mangas oscuras, balanceó el paraguas y siguió su camino, los labios fruncidos, presa de una leve y febril agitación.

«Vaya hombre más raro y más afligido», se dijo el picapedrero, echó mano de otro trozo de piedra caliza y levantó el martillo. Un petirrojo, que observaba la escena con ojos curiosos desde un viejo espino, estiró el ala y la pata como queriendo decir, «qué se le va a hacer», se afiló el pico en una ramita y sobrevoló la cuneta para recoger los dones que la buena tierra ofrecía.

El rector siguió andando por el camino, pensativo pero resuelto, los ojos clavados en los montes extraños, mientras su mente viajaba por las cumbres de sus problemas a los que jamás hallaba un atisbo de solución. Oyó una carcajada sonora. Por encima de los acentos lugareños, que tenían una cadencia del habla gaélica, oyó el acento cortante, propio del norte, de su jardinero y factótum. Había llevado consigo a aquel hombre cuando desembarcó en la provincia de Connacht, en parte como una forma leve de colonización, en parte porque no se fiaba de la honestidad lugareña. Vio la cabeza greñuda del hombre por encima del muro que rodeaba el jardín de la rectoría, y fuera estaban los campesinos.

¿Cómo se las arreglaba el jardinero para tratar con la gente del pueblo? ¿Cómo era posible que hicieran un alto en el camino para charlar con él, lanzando sus carcajadas sonoras y extravagantes en respuesta a su agudo y seco humor del norte?

Al principio, cuando llegaron, el jardinero se había mostrado más decididamente hostil al lugar que el propio rector. Se había producido una violenta pelea en el camino, con profusión de golpes. Pero aquello había ocurrido hacía unos años. Ahora el jardinero parecía bastante integrado en la vida del lugar; la reunión fuera del jardín de la rectoría era amistosa, casi casi una fiesta familiar. ¿Cómo se explicaba aquello? En un par de ocasiones al rector le dio por sospechar que, en el fondo del fenómeno, y sin que aquella gente fuera del todo consciente, podía estar el espíritu de un país común, una democracia común, una humanidad común que, con el curso del tiempo, pugnaba por aflorar a la superficie. El rector se detuvo, bisbiseando, la cabeza pequeña y bien formada se estremeció de pronto, presa de la agitación. Porque comprobó sorprendido que sus pensamientos se internaban por senderos inusitados, y por eso mismo peligrosos, unos senderos horriblemente peligrosos, se dijo, cuando una terrible iluminación cobró forma en su mente, dándole unos instantes de calor y nada

más. Al cruzar la verja de la rectoría fue para él un alivio —pues sus propios pensamientos lo estaban asustando— ver que los campesinos se alejaban y la cabeza del jardinero desaparecía detrás del muro. Recorrió el sendero hasta la rectoría, el césped salpicado de sombríos tejos podados en forma de torpedo, todos ellos apuntando hacia los bastiones del cielo. La casa era amplia y cómoda, las paredes de un amarillo desteñido. Igual que la iglesia, destacaba con los montes al fondo. Poseía toda la sombría exclusividad que atraía al rector. Verla lo reconfortó al instante, y su agitación mental se apaciguó. Recobró la normalidad suficiente para recuperar su perspectiva habitual, y cuando todavía no había llegado al final del sendero, su mente había vuelto a obsesionarse con la idea del decreto *Ne Temere*. Estaba convencido de que algo había que hacer, y de inmediato.

Plantó el paraguas en el umbral de la puerta de entrada a la rectoría y se quedó cavilando. Y al fin llegó a una conclusión; la inspiración iluminó sus ojos apagados. Echó la cabeza hacia arriba.

—Tengo que escribir una carta a los periódicos —dijo—. Irlanda está perdida.

Regreso a casa

PERSONAJES

LA SEÑORA FORD
DONAGH FORD
HUGH DEELY
AGNES DEELY

ESCENA

Casa de labranza en Connacht.

HUGH. El campo de arriba les dará poco trabajo. Ya está medio arado.

DONAGH. Qué amables fueron todos al reunirse y arrimar el hombro.

HUGH. La gente siempre le ha tenido estima a tu familia, Donagh. Fíjate en el buen nombre que dejó tu padre en Carrabane. Hubiera disfrutado de lo lindo si siguiera vivo y pudiera estar ahora en esta puerta, viendo los caballos tirar del arado sobre la tierra.

DONAGH. Y si pudiera pasearse por esta casa, a pesar de sus muchos años. Nunca consiguió acostumbrarse a la cabaña de Cussmona, era muy pequeña.

HUGH. Recuerdo que cuando yo era chico la gente hablaba del desahucio de Donagh Ford. Qué malos tiempos aquellos en Carrabane. Tu padre fue el primero en luchar, y por eso la gente tenía un gran concepto de él.

DONAGH. Nunca habló de ello. En casa era un hombre callado y orgulloso. Pero mi madre muchas veces me lo contaba.

HUGH. Tu madre y tú habéis recuperado la casa. Y ahora tienes que pensar en Agnes.

DONAGH. Agnes me da mucho en qué pensar, para qué negarlo. ¿Te dijo que ayer, en lo de tu tía, fijamos la fecha de la boda? Hugh. No me lo dijo. A las muchachas como ella les da vergüenza

hablar de cosas así con el hermano. Yo le tomaría el pelo. (*Fuera se oyen voces distantes. Hugh va a la puerta a mirar*).

HUGH. Por el camino viene un coche con tu madre y Agnes. Las están recibiendo.

DONAGH. (*Asomado a la ventana*). Estará muy contenta de que la gente guarde tan buen recuerdo de mi padre.

HUGH. Saldré a saludarla. (*En voz baja, con tono pícaro*). Ahí viene Agnes. (*Sale riéndose. Donagh cuelga el arnés de unos ganchos. Agnes Deely entra, con la cabeza cubierta por un chal y una cesta colgada del brazo*).

AGNES. Donagh, tu madre estaba muy agitada al dejar la cabaña. Me parece que no entiende bien lo que está pasando.

DONAGH. Me lo temía. Ya empieza a fallarle la memoria. Se cree que ha vuelto al pasado.

AGNES. (*Se acerca al aparador, saca unos paquetes de la cesta*). Mi padre me decía que debemos hacer lo posible por colocar todo como estaba. Por eso trajo el cubo. Cuando los desahuciaron se lo llevó a su casa porque era demasiado grande y en la cabaña no cabía.

DONAGH. Sabes, Agnes, esta mañana, cuando vine con tu hermano Hugh, encontré esto raro y solitario. Creo que la casa de la que uno ha sido desahuciado nunca vuelve a ser la de antes, aunque la gente regrese a ella. Era como si en el aire rondara una pena.

AGNES. (*Se sube el chal*). Ay, Donagh, no hables así. ¡Si vieras lo contentos que estaban todos! Y deberías demostrar una alegría inmensa.

DONAGH. Claro que después pensé en ti, Agnes, y eso lo cambió todo. Me paseé por la casa silbando. (*Se acerca a ella*). Ayer por la tarde, cuando regresaba de lo de tu tío, en el bosque de Raheen oí el primer canto del cuco.

AGNES. Es de buen agüero, Donagh.

DONAGH. Yo también lo interpreté así, fue el primer saludo que recibí después de separarme de ti. ¿Tú lo oíste, Agnes?

AGNES. No. En toda la tarde solo oí una cosa.

DONAGH. ¿Qué cosa, Agnes?

AGNES. ¡Pues una canción, una bonita canción sobre Donagh Ford!

DONAGH. ¿Sobre mí?

AGNES. Sobre ti. No era un pájaro el que cantaba, tampoco una voz, sino mi propio corazón.

DONAGH. Un canto digno de oírse, Agnes. Es como el pensamiento que a menudo se agita en la mente de un hombre y no encuentra palabras para cobrar forma. Muchas veces fue así como pensé en ti, sin poder expresarlo.

AGNES. De todos modos creo que sabría entenderlo, Donagh.

DONAGH. Ay, Agnes, así es. Justamente eso es lo que más me reconforta de tu compañía. Nos entendemos tan bien, ¿verdad?

HUGH. (*Habla desde fuera*). Pase por aquí, señora Ford. La están esperando dentro. (*Entra*). Donagh, tu madre ya está aquí. (*La señora Ford se acerca a la puerta apoyada en un bastón y se queda un momento de pie en el umbral. Hugh y Donagh se quitan el sombrero en señal de respeto*).

SEÑORA FORD. Aquí estás, Donagh. Vaya casa más bonita le has comprado a Agnes. ¿No, cielo?

AGNES. (*Le quita el chal*). Es su casa y Donagh la ha traído aquí otra vez.

HUGH. ¿No oyó usted a la gente que le daba la bienvenida, señora Ford?

DONAGH. ¿No se acuerda de la casa, madre?

SEÑORA FORD. Me acuerdo de muchas cosas, a Dios gracias. Y oí a la gente dando vivas. Pero pensé que tal vez era porque había una disputa en Carrabane. Era un lugar donde siempre andaban peleándose. (*Desvalida, echa un vistazo a su alrededor y mascullando algo se acerca renqueante al cubo*). ¿Por qué no le llevas una medida de avena a la yegua, Donagh? Vaya, han vuelto a guardar la pala en cualquier parte. Estoy harta de decirles que no la dejen en el granero. ¿Dónde se ha metido Martin Driscoll? ¿Y puede saberse cómo hace su trabajo, si es que lo hace? (*Se vuelve para tapar el cubo*).

HUGH. (*Dirigiéndose a Donagh*). ¿Quién es Martin Driscoll?

DONAGH. Un muchacho que estuvo aquí hace mucho. Se contaba una historia sobre él y su huida con una chica. Lleva años enterrado en Australia.

SEÑORA FORD. (*Se aleja del cubo y sus ojos se detienen en el aparador*). ¿Quién puso ahí el aparador? ¿Di yo esa orden? Ahí,

donde está ahora, me resultará incómodo.

AGNES. (*Se aproxima a ella*). Siéntese y descanse. Que vendrá fatigada del viaje.

SEÑORA FORD. (*Mientras van hacia el hogar*). ¡Como pille a Martin Driscoll y a esa desdichada de Delia Morrisey! Los voy a hacer entrar en vereda.

DONAGH. (*Dirigiéndose a Hugh*). Delia Morrisey, así se llama la chica de la que te he hablado. Se perdió en el viaje, una muchacha de gran belleza.

AGNES. (*Dirigiéndose a la señora Ford*). ¿No se ha fijado en la gente cuando venía hacia aquí en el coche?

SEÑORA FORD. Desde luego que sí. Era digno de ver cómo teñían la tierra de rojo y las gotitas de lluvia que caían de las ramas de los árboles.

HUGH. Han dado muchos vivas por usted.

SEÑORA FORD. ¿Has dicho que era a mí a quien daban la bienvenida?

DONAGH. Sí, madre, a usted.

SEÑORA FORD. (*Soltando una risita*). ¿Lo has oído, Agnes? Ahora son los muchachos alegres los que miran de arriba abajo a una anciana cuando recorre los caminos.

HUGH. Es inevitable que hubiera cierto revuelo entre la gente cuando viera lo que ha visto. Te confieso, Donagh, que se me hizo un nudo aquí cuando pasó el coche y vi dentro la silueta, negra y encorvada, de tu madre recortada contra el cielo. Señora Ford. ¿Qué estás diciendo, Hugh Deely, que hubo revuelo en el campo?

HUGH. ¿Acaso ver al colono marcharse de este lugar no causaba impresión? ¿Acaso verla a usted y a Donagh llegar de un sitio miserable en el tremedal no causa impresión?

SEÑORA FORD. (*Cortante*). ¿Has dicho el colono? (*Aferró el bastón haciendo ademán de levantarse*). ¡Alabado sea el Señor! ¿El colono Curley se ha ido de Carrabane? No me vengas con mentiras, Hugh Deely.

HUGH. Curley se ha ido.

SEÑORA FORD. (*Poniéndose en pie con dificultad, presa de la agitación*). ¿Y su esposa? ¿Qué me dices de la puerca de su mujer?

DONAGH. El clan entero con toda la prole se fue hará cosa de un

mes.

AGNES. ¿No le contó Donagh que regresaban otra vez a su casa? (*La señora Ford se pasea por el cuarto y cae en la cuenta de dónde está. Se dirige a la puerta del cuarto y la abre*).

HUGH. Ahora le viene todo a la cabeza.

DONAGH. Estaba un poco confundida, nada más.

SEÑORA FORD. (*Se acerca desde la puerta del cuarto*). Agnes, y tú, Hugh Deely, venid aquí que os voy a contar algo asombroso. Fue aquí, en esta casa, donde nació Donagh. Y en ese cuarto de ahí, amortajamos a su hermanita Mary. Me acuerdo de ese día, fue en marzo, y de las flores amarillas que le pusieron alrededor de la cama. La pobre no tenía fuerzas para este mundo tan duro. Le crucé las manitas blancas sobre el pecho, donde la vida se apagó como una llama. Donagh, hijo mío, ya casi me había olvidado de todo eso.

AGNES. No es día para pensamientos tristes. Piense qué gran cosa es para usted haber regresado aquí.

SEÑORA FORD. Una verdad como un templo, niña. ¿Alguien en este mundo había oído contar alguna vez que una anciana como yo regresara a este lugar y que el colono se marchara de Carrabane? Y si Donagh Ford ya no está en este mundo, aquí tienen a su hijo, que responderá por él.

DONAGH. El mundo entero sabe que nunca seré el hombre que fue mi padre.

SEÑORA FORD. (*Levanta el bastón y lanza un gritito*). Aaah, la gente se daba cuenta de que Donagh Ford tenía una gran fuerza. «Hablan de arrendamiento sin plazo fijo —decía—, pero quién es nadie para encadenar la determinación de un hombre». Y todos se dieron cuenta. En la comarca los ánimos andaban por los suelos cuando Donagh Ford se armó de valor y los reunió a todos.

HUGH. Por aquel entonces este era un lugar de grandes luchas.

SEÑORA FORD. Dios quiera, Agnes Deely, que nunca tengas que llevar grabado a fuego en tu mente el recuerdo amargo de un desahucio.

DONAGH. Eso ya es cosa del pasado, madre. Ahora le espera una nueva vida.

SEÑORA FORD. Se salieron con la suya y nos dejaron en la calle. Eso

hicieron, sí, pero fue en este hogar donde prendió la llama que se extendió por la comarca y barrió el país. Saltó de un lugar a otro y ni las olas del Shannon pudieron contenerla. No había fuerza capaz de controlar aquello, porque se llevaba en la sangre y cuando se apagaba en las venas del padre, saltaba con más fuerza en el corazón del hijo. Ay, me hincaré de rodillas y besaré el umbral de esta casa por las cosas que me trae a la memoria. (*Se dirige a la puerta, se arrodilla y besa el umbral*).

HUGH. No se le escapa nada de los viejos tiempos y qué bríos tiene. (*Afuera se oye a lo lejos el murmullo de voces*).

DONAGH. Entran con los arados en el segundo campo.

SEÑORA FORD. ¿Qué dices de los arados?

DONAGH. (*Acercándose a ella*). Los muchachos están roturando la tierra por nosotros. (*Hugh y él la ayudan a levantarse. Se detienen todos en la puerta*).

AGNES. Fueron ellos quienes dieron vivas por usted en el camino.

SEÑORA FORD. Me falla la vista, Donagh. Solo distingo unas manchitas negras en el verde de los campos.

DONAGH. Es la gente, madre.

SEÑORA FORD. (*Dirigiéndose al hogar*). La gente empieza a reunirse otra vez detrás de los arados. Dime, Donagh, ¿de qué lado sopla el viento?

DONAGH. Del sur, madre.

SEÑORA FORD. (*Hablando más consigo misma*). ¿Qué más puedo pedir? El viento sopla del sur y acercará esos vivas hasta donde él descansa en Gurteen-na-Marbh. Es un viento suave y lleva buena música. Os aseguro que a los muertos no se les escapan los sonidos que lleva el viento.

HUGH. Deberías distraerla para que no pensara esas cosas.

AGNES. Dejadla un ratito conmigo. (*Hugh y Donagh van hacia la puerta*).

SEÑORA FORD. ¿Adónde vas, Donagh?

DONAGH. A ver a los muchachos que roturan la tierra. Estarán esperando noticias de su regreso a casa.

SEÑORA FORD. Deberías traerlos aquí, *a mhic*. Me gustaría ver a mi lado a los antiguos vecinos y oír la melodía de sus voces.

HUGH. Muy bien, bajaré a invitarlos. (*Se va*).

SEÑORA FORD. De ahora en adelante la granja será tu preocupación, Donagh.

DONAGH. Ya, al menos ahora Agnes no tendrá que vivir en la cabaña, rodeada del hambre del tremedal.

SEÑORA FORD. Agnes, ven aquí, tesoro, deja que vea esa carita tan dulce. (*Agnes se acerca a ella y se arrodilla a su lado*). Vivirás aquí con Donagh. Es muy grande la herencia que recibes en nombre de Donagh Ford. No es un nombre cualquiera el que cobijará esta casa, sino el de alguien que demostró una gran fuerza. El nombre de los Ford llegará a una larga línea de generaciones, generaciones que conocerán el tiempo en que Irlanda misma se levantará por la fuerza de su propia voluntad.

AGNES. (*Se incorpora*). Estos pensamientos no harán más que ponerla triste. Piense en lo que la aguarda.

SEÑORA FORD. Ay, hija, yo ya soy vieja. No me queda vida nueva por delante. Pero lo que sí puedo decirte es que en otros tiempos fui joven y estaba llena de coraje. Fui la mujer que estuvo al lado de Donagh Ford, que le dio apoyo los días de padecimiento, que siempre fue la rama fuerte en la tormenta y en la calma. ¿O es que mis palabras no dicen la verdad, Donagh?

DONAGH. Una verdad de todos conocida. (*Se dirige a la puerta*).

SEÑORA FORD. Muy bien. Reúnelos a todos, hijo. Déjalos que entren en esta casa, porque son muchos los que guardan un recuerdo de ella. Deja que oiga sus voces darme la bienvenida. Solo tendrán buenas palabras cuando hablen de la grandeza de Donagh Ford, que en paz descanse.

DONAGH. Ahora salen de los campos con Hugh, madre. Veo a los jóvenes formando fila. Todos llevan gorra y fajines y vienen con la banda. Al frente de la multitud alguien lleva el estandarte. Ahí vienen marchando por el camino. (*Se oyen a lo lejos los compases de los pífanos y los tambores de la banda; interpretan una animada marcha. La señora Ford se incorpora despacio, y acompaña la marcha moviendo el bastón, su cara expresa deleite. La banda se detiene*).

SEÑORA FORD. Ahí tenéis el espíritu de Carrabane. Y ahora dejad que la gente me vea en esta casa y se sienta orgullosa de mi hijo.

DONAGH. Veo a Stephen Mac Donagh.

SEÑORA FORD. Que sea el primero en cruzar el umbral, porque fue a

la cárcel con Donagh Ford. Y que con él venga Murt Cooney, que perdió la vista en la refriega de Ballyadams. Dejad que levante su pobre cara ciega para que yo vea su embeleso.

DONAGH. Ahí vienen Murt Cooney, y Francis Kilroy y Brian Mulkearn.

SEÑORA FORD. Fueron ellos quienes sellaron sus labios con el silencio y soportaron el castigo para salvar a un amigo del pueblo. Dejad sitio a mi lado para la viuda de Con Rafferty que ocultó la pistola humeante el día en que el tirano cayó en la cruz de Killbrack.

DONAGH. Vendrán todos los antiguos vecinos, sin duda.

SEÑORA FORD. (*Se acerca despacio a la puerta, precedida por Agnes*). Dejad que los mire a los ojos, donde veré las cosas que los emocionan. Les tenderé la mano y les ofreceré mi amistad y les hablaré con las palabras que llevo en el corazón. Las voces tan bien recibidas por Donagh Ford, las voces que yo amaba resonarán de nuevo entre las vigas de esta casa. Sí, el fuego mismo del hogar se pondrá a saltar al recordar las manos que lo atizaban.

DONAGH. Será este un día del que presumirán siempre en Carrabane. (*Agnes sale a la puerta a recibir a la gente*).

SEÑORA FORD. Que se oigan la música y los gritos de alegría en los montes. Que quienes nos pusieron el pie encima con rabia y hoy han sido reducidos, vuelvan la vista atrás y contemplen la fuerza que tuvieron y el poder que perdieron.

DONAGH. Pediré a la banda que toque. (*Sale*).

SEÑORA FORD. (*Se queda sola en la puerta*). Gentes de Carrabane, reuníos en la vieja casa de Donagh Ford. Dejad que la lucha por la tierra termine aquí, donde comenzó. Dejad que de ahora en adelante fluyan en vuestras venas la fuerza y el coraje que Donagh Ford conoció. Dejad que el alma sea buena y la mano fuerte para el trabajo que el corazón le dicte. Unid hoy vuestras voces a la mía para alabar con entusiasmo el nombre de Irlanda. (*Levanta el bastón, irguiendo la vieja figura. La banda empieza a tocar mientras fuera la gente da vivas y cae el telón*).

Entierro al borde del camino

El cura párroco tenía muchísima prisa; sin embargo, estaba ansioso por hablar de su tema preferido. Quería referirse al nuevo salón de la templanza. ¿Me importaba acompañarlo un trecho mientras conversábamos? Ese día tenía muchos asuntos que atender. Juntos echamos a andar por la calle, dejamos el pueblo atrás, y no tardamos en llegar a ese siniestro apéndice de todos los pueblos irlandeses, el asilo de pobres. El cura cruzó la ancha verja, y el portero, viejo, oficial, gafudo, salió a recibirlo.

—¿Se han ido ya los del entierro? —preguntó el cura, respirando trabajosamente.

—Iré a ver, padre.

El portero se alejó arrastrando los pies sobre las losas, una puerta grande se abrió de par en par; se vio un panorama de paredes encaladas, un pasillo vacío y gélido, y, más allá, una sala donde, en unos bancos arrimados a una mesa de pino larga y blanca, estaban sentados unos ancianos. Comían: un grupo silencioso, gris, encorvado y derrotado. A través de una mampara de cristal vimos al portero en su despacho, pasaba las hojas de un enorme registro.

—Compruebo —dijo tras salir, como si estuviese prestando una declaración jurada— que se llevaron los restos del difunto Martin Quirke a las cuatro quince.

—Llego con más de media hora de retraso —dijo el cura un tanto irritado, echando un vistazo a su reloj.

Salimos a toda prisa y enfilamos el camino que llevaba al campo, el cura arrastraba el paraguas a su espalda, mientras hablaba del salón de la templanza, aunque preocupado por el entierro que acababa de perderse, y yo seguía con la vista las bandadas de estorninos que volaban hacia el oeste.

A menos de una milla de distancia llegamos al lugar donde se sepultaba a los mendigos. Estaba detrás de una tapia alta, una franja estrecha de terreno separada de las tierras solariegas de un gran terrateniente por un bosque. Se percibía un pesado olor a descomposición; daba la sensación de que la primavera y el verano hubiesen llegado hasta allí a rastras para echarse a morir con los mendigos. La hierba sin segar crecía gris y larga sobre la tierra apestosa, barba descuidada de la naturaleza. Los altos castaños y los robles desnudos proyectaban sus sombras estrechas sobre los túmulos irregulares. En las cabeceras de algunos de los túmulos unas cruces pequeñas y toscas se alzaban inclinadas, borrachas, curtidas por los elementos. No llevaban nombre. Todos los restos depositados aquí eran anónimos. En las lindes del bosque cantaba un petirrojo; en lo alto, las alas veloces de las palomas agitaron el aire.

La campana de un establo sonó impetuosa en la distancia, anunciando la salida de los peones de las propiedades del terrateniente. Junto a una tumba recién cavada dos sepultureros descansaban apoyados en sus palas. Ellos también eran mendigos; hombres que obtenían algún privilegio a cambio de sus esfuerzos en esta oscura franja de tierra entre el bosque y la tapia. Uno de ellos bostezó. Un tercer hombre se mantenía apartado, era un funcionario menor del asilo de pobres; se sacó la pipa de la boca cuando vio acercarse al cura.

Los tres daban la impresión de estar bastante cansados de esperar, impacientes por dar por terminado el trámite. Extraña escena en la oscuridad creciente de la tarde de noviembre. Lo único brillante del lugar, el único detalle alegre, el único toque de color, casi jubiloso en aquel entorno sombrío, era el montón de tierra recién cavada de la tumba. De color intenso, como de oro recién acuñado. En lo alto descansaba un ataúd limpio, blanco, sin pintar. El único ornamento era la placa de hojalata de la tapa con la inscripción en letras negras:

MARTIN QUIRKE
Fallecido el 3 de noviembre de 1900
R. I. P.

El ataúd blanco encima del montón de tierra dorada era como el altar de un dios pagano. Me mantuve a distancia mientras el cura, tras ponerse una estola negra, se acercaba a la tumba y comenzaba a entonar el responso en latín. Los sepultureros, cuyos restos algún día serían enterrados anónimamente en el mismo suelo, flanquearon al cura con sus palas, cual dos sombríos acólitos. El funcionario menor del asilo de pobres, símbolo del Estado, se descubrió la cabeza larga y estrecha, tan blanca y tan lisa como el ataúd que descansaba en lo alto del montón de tierra. Yo, eterno observador, me mantuve al lado de una cruz de madera medio tumbada.

Bajo la luz vacilante, el cura habló en voz baja, con tono monocorde, sosteniendo el libro cerca de los ojos. Mientras él leía me dio por preguntarme quién sería nuestro hermano del ataúd blanco. ¿Algún alegre vagabundo que conoció las dichas y desdichas del camino? ¿Un alma indiferente que se había desprendido de la carga de las convenciones de la vida? ¿Alguien que amaba sin alardes y se tomaba el castigo con despreocupación? ¿Alguien que se tomaba el delito como ciencia? ¿O sencillamente un hombre en las últimas? ¿Acaso sería un soldado que había cargado con su macuto en las campañas del extranjero? ¿Una criatura del imperio a quien habían mandado al África, Egipto, la India o Crimea, y que había regresado para reclamar su montón de tierra dorada en este rincón de las propiedades del terrateniente? Si les daba tiempo, quizá los hombres plantaran una pequeña cruz de madera en el lugar donde depositarían sus restos.

La voz del cura seguía entonando el responso y el petirrojo cantaba en las lindes del bosque oscuro. Al final del estrecho y maloliente terreno ocupado por el cementerio gemía un viento leve, y la luz, al perder su fulgor en el cielo de poniente, tendió sobre la hierba su gris paño mortuorio. Y bajo la influencia del momento, me vino a la memoria el recuerdo de gente que había conocido y olvidado, un recuerdo que parecía agitarse con el viento leve, un recuerdo de gente que por fin había conseguido su ataúd blanco y limpio y su descanso en un montón de tierra dorada, gente que se había ido como nuestro hermano del cajón de pino… Estaba el hombre, el estudioso, que había enseñado en su escuelita, que era inteligente, que sabía hablar, que tal vez habría podido ser escritor si… El viento sollozaba sobre la estrecha franja de terreno… Él

había dado su batalla, sin duda, una batalla interminable, pues había ido cediendo paso a paso, dejando gradual e inexorablemente el terreno libre a esa cosa que lo expulsaba de la vida civilizada. Se había alejado de su escuela, de su casa, de sus amigos, huyendo de refugio miserable en refugio miserable de aquel pueblo miserable. Hasta que al final había cruzado la verja del asilo de pobres. Todo resultaba muy vívido ahora, los esfuerzos por recuperar la vida que había conocido, como el hombre que lucha en arenas movedizas. Siguieron los breves intentos por regresar al pueblo, la cabeza bien torneada, la cara que conservaba aún cierta huella de distinción, y su hombría bien alta sobre el cuerpo tembloroso y roto; aquella espléndida cabeza como una noble escultura en la cima de una ruina que se cae a pedazos. Y así avanzaba, atisbo de resistencia, con un pálido fulgor combativo en los ojos, barco al borde del naufragio que zarpaba una vez más del puerto para enfrentarse a los vientos que lo habían echado del mar y, tras una breve batalla, recogía otra vez las velas y regresaba arrastrándose al fondeadero del oscuro asilo para, una vez allí, como antaño, sufrir en secreto, y maldecir, rezar, desesperarse, abrigar esperanzas, procurarle a su físico roto pequeñas reparaciones con el fin de que pudiera emprender otro viaje hacia unas aguas que se volvían más y más negras. Y llegó el día en que el único viaje pendiente lo llevó hasta la verja arrastrando los pies, los ojos alucinados fijos en un mundo que era una pesadilla poblada de arrepentimientos. ¡Qué terrible la profunda tristeza de aquella vida, aquella lucha, aquella tragedia, qué amargo su recuerdo mientras el petirrojo cantaba al borde del bosque oscuro! Y también estaba aquel muchacho pelirrojo y rebelde con cuerpo de atleta y ojos de animal. ¡Con qué valentía sabía cantar cuando avanzaba por ese mismo camino hacia la casa oscura! Era para él como la madriguera para el conejo. Salía a picotear a intervalos regulares y reglamentarios, y tras haber picoteado se retiraba a dormir y a gritar y a luchar por sus «derechos» en la casa oscura. Y un buen día de primavera, había partido con una compañera, una mujer cubierta con un chal ligero y una falda sin gracia; los dos juntos se habían echado a los caminos, él balanceando el bastón de fresno, con la ilusión de un propósito en el paso y en el porte, los ojos fijos en todo y la mente en ninguna parte; a su lado, ella corría sobre las piedras rotas con las zapatillas

de lona, pálida sombra bajo el fuego de la cabeza pelirroja de su compañero. Se habían marchado por un camino cuyos mojones eran casas oscuras, él cantaba la canción de su vida, una canción de palabras farfulladas, sin música ni melodía; ella iba en silencio, apretando el chal ligero contra el pecho, sus pies tamborileaban sobre las piedrecillas del camino… El viento silbó por encima de las tumbas, entre las cruces de madera… Estaba aquella mujer menuda que, al caer el día, cuando la luz era benévola en su oscuridad, abrió la puerta y bajó del umbral de su casa con dolor, como si estuviese descendiendo de una gran altura. Afuera no había un alma. Todo era silencio en la calle silenciosa. Arrimó la puerta, metió la llave en la cerradura con mano temblorosa; la cerradura soltó un chasquido. ¡Estaba hecho! ¿Quién sino ella podía saber que el chasquido de la llave en la cerradura marcaba el final, la conclusión, la atroz culminación de la mejor parte de un siglo entero de lucha, de vida? Detrás de aquella puerta había barrido un puñado de recuerdos que ahora no eran más que dolor porque la llave había soltado un chasquido en la cerradura. Detrás de la puerta quedaba la historia de su vida y de las vidas de sus hijos y de los hijos de sus hijos. ¿De qué servía —podía haberse preguntado— echarles la culpa ahora? ¿Cómo habían terminado marchándose todos, desperdigados, dejándola allí sola y destrozada? ¿Acaso la llave no había soltado un chasquido en la cerradura? En aquel chasquido estaba el final de todo; en la casa vacía quedaban los fantasmas de su niñez, su juventud, su maternidad, su vejez, sus luchas, sus éxitos, su habilidad para llevar la pequeña tienda, su coraje para afrontar una borrasca familiar tras otra. La llave había soltado un chasquido en la cerradura. Bajó por la calle silenciosa, con delicadeza para que no la vieran los ojos de los vecinos, criatura vacilante y rota arrimada a los muros desdibujados, que elegía las calles secundarias que llevaban a la casa oscura en las afueras del pueblo. Ya se lo había dicho a ellos: «No seré una carga para vosotros». Y, en efecto, no lo fue. Poco pudieron hacer por ella más que juntarle las manos sobre el pecho… El viento soplaba quejumbroso entre los desolados árboles del bosque oscuro… ¿Quién de nosotros podía decir que jamás giraría la llave en la cerradura de una casa vacía? ¿Cuántos pequeños golpes casuales de la muñeca del destino se interponen entre el mejor de nosotros y ese

paso que nos lleva a descender del umbral de un hogar roto? ¿Qué andrajos de recuerdos tendrá cualquiera de nosotros para amontonar detrás de la puerta de la casa vacía cuando nos llegue la hora de girar la llave en la cerradura? El viento gemía sobre la estrecha franja de terreno donde el olor a descomposición salía de la hierba.

Algo se movió junto al ataúd blanco, los hombres lo levantaron del montón de tierra dorada y lo bajaron al hoyo oscuro. Resbalaron y, arrastrando los pies, buscaron apoyo en la arcilla blanda. Finalmente, por la boca del hoyo salió un ruido leve y amortiguado. Nuestro hermano del ataúd blanco había encontrado al fin un arriendo duradero en la tierra.

El funcionario de la casa oscura se me acercó. Levantando el sombrero por encima de la franja blanca y estrecha del cráneo —según lo prescrito, dos dedos exactos de respeto por el difunto—, me habló en susurros.

—Están enterrando a Martin Quirke —dijo.

—¿Quién era?

—¿Nunca ha oído hablar de Martin Quirke?

—No, nunca.

—En otros tiempos fue un hombre importante, tenía un montón de acres y una casa espléndida. Eran muy orgullosos, él y su hermano, y también muy apasionados. Los Quirke de Ballinadee.

—Y ahora…

No terminé la frase. El cura echaba un puñado de tierra dorada sobre el ataúd depositado dentro del hoyo.

—Polvo eres y al polvo tornarás. —Cayó con brío sobre la madera de pino a poca profundidad.

—La revuelta agraria, la lucha por las tierras derribaron a Martin Quirke —dijo el funcionario mientras echaban tierra sobre el ataúd del indigente—. Fue el primero en caer cuando se aplicó el Plan de Campaña, la época de los desalojos. Nunca más recuperaron la casa. Cuando por fin llegó el acuerdo, los Quirke estaban arruinados. Martin perdió el ánimo y el corazón. Al final se lo llevó la bebida, y ahora…

—*Requiem aeternam dona eis, Domine: et lux perpetua luceat eis* —recitó la voz del cura.

—De todos modos —dijo el funcionario—, fueron hombres como

Martin Quirke los que le partieron el espinazo a los terratenientes. Fue fuerte y fue débil. ¡Que Dios le conceda el descanso eterno!

Me alejé por el terreno irregular, oprimido por el recuerdo de la revuelta agraria, su encono y su pasión. Las historias de hechos como aquel acechaban el país como fantasmas.

El cura me alcanzó y dimos media vuelta para marcharnos. En la estrecha franja de las propiedades del terrateniente se alineaban los pequeños túmulos de los indigentes, como estrechos cajones rodeados de hierba larga y gris. Su profunda tristeza vibraba bajo la tenue luz de noviembre. A continuación, un poco más lejos, seguía una serie de grandes túmulos, con aspecto de anchas olas en el mar. El cura se detuvo un momento.

—¿Ve aquellos túmulos grandes del final? —preguntó—. Son las fosas de la hambruna.

—¿Las fosas de la hambruna?

—Sí, el sitio donde enterraban a la gente a montones, de a cientos, de a miles, durante la hambruna del cuarenta y seis y el cuarenta y siete. Caían como moscas al costado de los caminos. Hay lugares así en casi todos los rincones de Irlanda. Espero que nunca más vuelva a morir la gente de esa manera, royendo la grava al borde de los caminos.

La verja oxidada de hierro en la tapia que rodeaba las tierras solariegas se abrió de par en par y la cruzamos.

El Lago Gris

—En el agua veo todos los colores menos el gris —dijo la señora, que era una escéptica.

—Por eso mismo —dijo el humorista, echando hacia atrás el sombrero de paja— lo llaman Lago Gris. El mundo está lleno de nombres poco apropiados.

—Eso explica —dijo la señora escéptica— por qué a Eamonn lo llaman *seannachie*, cuentista.

—¡Eh! —gritó el humorista—. Eamonn, ¿has oído lo que ha dicho?

—¿*Cad tá ort*? —preguntó Eamonn.

Llevaba rato asomado a la borda de la barca, observando distraídamente el agua, y se dio la vuelta. Eamonn siempre preguntaba a la gente, «¿*Cad tá ort*?», y antes de que les diera tiempo a contestar, él ya estaba diciendo o pensando otra cosa.

—¿Por qué lo llaman Lago Gris? —preguntó la señora escéptica —. Nunca fue realmente gris, ¿verdad?

—Claro que sí —contestó Eamonn—. El hombre que lo vio por primera vez lo contempló bajo la luz gris del amanecer, por eso lo llamó *Baile Loch Riabhach*, el Pueblo del Lago Gris.

—¿Y eso cuándo fue? —preguntó, lacónica, la señora escéptica.

—Al día siguiente de quedar el pueblo bajo las aguas —dijo Eamonn.

—¿Qué pueblo?

—El pueblo sobre el que ahora remamos.

—¡Santo cielo! ¿Hay un pueblo debajo de nosotros?

—*Seadh* —dijo Eamonn—. Ahora mismo intentaba comprobar si se veían las ruinas en el fondo del lago.

—Y las ha visto, claro.

—Eso creo.

—¿Qué es lo que ha visto?

—Confusión y la fachada borrosa y trémula de una o dos casas. Después, los remos se hundieron y el agua se espesó.

—Cuéntanos cómo acabó el pueblo en el fondo del lago —le pidió el hombre que remaba al tiempo que recogía los remos. La barca se meció en el veloz batir de las olas. El fulgor del atardecer templó el agua con vivos colores. Eamonn se acomodó en el asiento de la proa. Sus ojos vagaron sobre la superficie del lago hasta la pendiente de los prados y la elevación de los montes.

—*Anois*, Eamonn —dijo la señora escéptica, todavía algo lacónica—. ¡La historia!

Hace mucho mucho tiempo, dijo Eamonn, había un viejo pueblo soñoliento, acunado tan a gusto en el fondo de un valle. Era famoso por contar con siete manantiales del agua más pura que jamás hubiese brotado de la tierra. Lo llamaron Siete Hermanas. Alrededor de los manantiales construyeron un pozo enorme y muy costoso. Sobre la boca del pozo colocaron una inmensa tapa de plomo, de un peso extraordinario. Gracias a un dispositivo mecánico, todas las tardes, al caer el sol, la tapa cubría la boca del pozo. Los manantiales se volvían anormalmente activos entre la caída y la salida del sol, de modo que siempre existía el peligro de que inundasen el valle y destruyeran a la gente. Para asegurarse de que no ocurriera, sus habitantes habían construido el enorme pozo con su monstruosa tapa, y todas las tardes colocaban la tapa sobre la boca del pozo y la cerraban con un cerrojo secreto y una llave secreta.

La persona más famosa del pueblo de Siete Hermanas era el guardián de la llave. Se trataba de un hombre de porte señorial, con aires de importancia, que vestía bombachos de seda blanca, un frac verde y sombrero de dos picos. En la manga del frac, bordada en hilos de oro, lucía la imagen de una llave y siete chorros de agua. Gozaba de autoridad y grandes privilegios, y era capaz de condenar o indultar a todo tipo de delincuentes, exceptuados, claro está, los ladrones de ovejas. Vivía en una mansión junto al pueblo, y esta mansión era casi tan famosa como los siete famosos manantiales. La gente acudía desde lugares remotos para verla. Una escalinata de mármol verde conducía hasta la ancha puerta de roble. Sobre la

ancha puerta de roble había mandado colocar una aldaba harto sorprendente y el pomo más hermoso de toda Europa. Ambos eran de oro batido. La aldaba estaba labrada en forma de llave. Un grupo de siete ninfas de agua formaban el pomo. Una gran emoción estremeció a Irlanda entera cuando cinco de los más reputados orfebres del país hubieron completado esta obra de arte. El guardián de la llave de Siete Hermanas emitió una proclama para dar a conocer que el torneado de uno de los tobillos del grupo de siete ninfas de agua presentaba una imperfección. Y sin más trámite, mandó detener a los cinco orfebres y los llevó ante los tribunales.

—El arte del gaélico —declaró el guardián de la llave— ha de ser de pura sangre. Yo pertenezco al clan Gael. No permitiré que ningún artista impuro se presente ante mi puerta, trabaje con engaños y quede impune.

Los orfebres protestaron aduciendo que su trabajo era obra de artistas, que respondía al diseño y era impecable. No se les permitió pronunciar una sola palabra más. Bardos y artistas, eruditos y hombres versados en controversias, acudieron en gran número desde todos los confines para examinar el pomo de la puerta. Siguió una enconada controversia. Se pronunciaron, unos a favor, otros en contra del tobillo de la ninfa de agua. Los primeros fueron conocidos como tobillistas, los segundos, como antitobillistas. Y en aquella encendida controversia el guardián de la llave demostró magistralmente qué clase de hombre era. Logró que condenaran a los cinco orfebres por haber fracasado como artistas supremos, y que los desterraran del país. En el trayecto desde la orilla hasta el navío que los llevaría lejos de allí, en la barca de mimbre y cuero que los transportaba se abrió de repente una vía de agua y todos se ahogaron. Ese fue el triste final de los cinco orfebres mayores de Eirinn.

Todas las mañanas, al despuntar el sol, sonaban las trompetas en la puerta de la mansión del guardián de la llave. Se abrían las verjas de un patio y salía marcando el paso la guardia armada, hombres con faldas escocesas color azafrán, que portaban lanzas y espadas. Formaban fila delante de la escalinata de mármol. Tras una segunda fanfarria de trompetas, se abría la enorme puerta de roble y aparecía el guardián de la llave, con sus sedas brillantes y su

sombrero de dos picos. Asomaba en el umbral sin su séquito, y después de tirar de la enorme puerta por el famoso pomo, descendía la escalinata de mármol, la guardia ocupaba su puesto y, así escoltado, cruzaba el puente levadizo sobre el foso y entraba en el pueblo de Siete Hermanas, recorriendo las calles hasta el gran pozo. La gente ya estaba esperando a pesar de la hora tan temprana, las mujeres llevaban vasijas para aprovisionarse de agua que, según se comentaba, poseía una virtud especial cuando se tomaba al rayar el alba. No se permitía a ningún mortal situarse a menos de setenta pasos del pozo cuando el guardián procedía a abrir la tapa. Su guardia lo esperaba a prudente distancia mientras él, con aire altivo, se aproximaba solo al pozo. La gente lo veía hacer ciertos movimientos y, a continuación, la enorme tapa se descorría. Un toque de trompetas proclamaba que el pozo estaba abierto, la gente se aproximaba, riendo y charlando, y el guardián de la llave regresaba solemne a su mansión en el mismo orden militar, subía la escalinata, abría la gran puerta y se entregaba a la rutina de la vida diaria. Para cerrar el pozo, a la caída del sol se celebraba una ceremonia parecida. El único episodio adicional consistía en que un pregonero recorría las calles, sacudiendo una matraca de madera, y se apostaba en las esquinas para proclamar en voz alta:

—Se hace saber que el pozo de Siete Hermanas acaba de cerrarse. ¡Todo está en calma!

En aquellos tiempos había un refrán de uso común entre todos los habitantes de Irlanda. Cuando una persona conseguía un objeto o un bien de dudosa titularidad, sus vecinos sentenciaban haciendo un gesto elocuente con la cabeza: «De donde el guardián saca la llave este lo sacó». El refrán tenía su origen en un aspecto misterioso de la vida del guardián de la llave. Nadie había visto jamás la llave secreta. No la llevaba en sus manos cuando salía de la mansión por la mañana y por la tarde para cumplir con su gran función. No la guardaba en los bolsillos, por el simple hecho de que no los tenía. En su mansión no había cajas fuertes, ni paneles secretos, ni cajones ocultos que el más observador de sus criados pudiera atisbar. Sin embargo, cualquiera podía comprobar por sí mismo dos veces al día, incluso a setenta pasos de distancia, que había una llave secreta y que era insertada en una cerradura. Era como si en ese momento la llave se materializase en el aire para

aparecer en su mano y luego, concluida la ceremonia, se desvaneciera otra vez en el aire. De hecho, incluso en aquellos tiempos lejanos e ilustrados había quien atribuía al guardián de la llave ciertos poderes hechiceros. Ello contribuyó a aumentar el temor reverencial que le tenían y la sensación de seguridad que inspiraban en sus conciudadanos todos los actos de su vida. Pese a ello el guardián de la llave tenía sus enemigos. No hay hombre destacado y poderoso que pueda recorrer los senderos de sus ambiciones sin despertar rivalidades y hostilidades como no hay viento capaz de barrer la tierra sin levantar a su paso el polvo de los caminos. Tarde o temprano, el hombre que asume el poder verá puesta a prueba su capacidad de mantenerlo. Así fue en el caso del guardián de la llave. Había quien anidaba la ambición de hacerse con la llave secreta. Una vez obtenida serían los señores del pueblo de Siete Hermanas. El reino del gran guardián habría tocado a su fin. Su instinto le decía que esos peligros acechaban siempre. Por ello estaba alerta. Había descubierto la traición hasta en el foso de su propia mansión. Habían sobornado a sus guardias y sirvientes. Mas todos los intentos por conseguir su llave y su poder habían sido vanos. Se atenía a la grandiosa e inalterable simplicidad de su magistral rutina. Había aplastado a sus enemigos siempre que se habían levantado.

—Es improbable que quien ha sobrevivido a las pasiones de los poetas de Irlanda —solía decir, pues todos los poetas habían sido tobillistas—, se postre de rodillas ante unos ladronzuelos debiluchos.

Una delegación que se había presentado ante él para proponerle que un comité constitucional de ciudadanos se ocupara del pozo fue obligada por los guardias a retroceder a latigazos por el puente levadizo. El jefe de la delegación era un sastrecillo deforme que, poco después, planeó un audaz ataque a la mansión del guardián de la llave. Una noche, el guardián, sus guardias, criados y sirvientes fueron drogados en secreto y permanecieron inconscientes durante varias horas en la mansión. En ella irrumpieron el sastrecillo y su comité constitucional; en su afán por dar con la llave hicieron añicos cuanto encontraron a su paso. Las almohadas en que apoyaba la cabeza el guardián habían sido despanzurradas y vaciadas de su contenido. Rayaba el alba cuando el guardián abrió

los ojos, atontado por los efectos del narcótico. Despertaron a la guardia. La mansión estaba sumida en la confusión. Los ladrones habían huido y dejado la gran aldaba de oro colgando en la puerta; fueron sorprendidos cuando intentaban arrancarla. Las ninfas estaban intactas.

En medio de la confusión, la voz del guardián de la llave sonó pausada, autoritaria, imperiosa. A los guardias les temblaron las piernas, la cabeza les daba vueltas, y se decían: «¡Seguro que ahora sí se han llevado la llave!». Pero su amo los conminó a ocuparse de sus deberes matutinos, y, al poco de salir el sol, lo escoltaron hasta el pozo y, hete aquí que, en el momento psicológico, apareció la llave y se descorrió la tapa del preciado pozo. Y los guardias se dijeron: «Está claro que este hombre es bienaventurado, porque la llave acude a él como un don del cielo. Los ladrones de la tierra nada pueden hacer contra él».

Cuando los ciudadanos de Siete Hermanas se enteraron de lo ocurrido en las horas malignas de la noche, salieron del pueblo, cruzaron en tropel el puente levadizo y se plantaron hasta la mansión del guardián de la llave para aclamarlo. Él se asomó a la atalaya, acompañado de su hija, y con semblante circunspecto recibió las aclamaciones de los ciudadanos. Esa noche, antes de que el guardián volviese a colocar la tapa al pozo, el sastrecillo deforme y sus secuaces fueron arrastrados por las calles de Siete Hermanas y encerrados en un calabozo.

La popularidad del guardián jamás había alcanzado cotas tan altas como después de aquel episodio. Lo habrían declarado el más perfecto y poderoso de los hombres de no haber sido por una pequeña tacha en el sol resplandeciente de su fama. Sus costumbres domésticas no eran del agrado de todos. Su hija, que estaba a su lado en la atalaya, era una joven encantadora, una doncella frágil y rubia, un lirio delicado bajo la sombra imponente de su siniestro padre. Tal vez los ciudadanos no comprendieran del todo su instinto paternal y, de hecho, si lo comprendían, no le habrían dado su aprobación. La gente solo veía que la joven, su única hija, estaba condenada a lo que consideraban una vida de prisionera en la mansión. Era una criatura joven y fogosa y, como todas las criaturas fogosas, inclinada a la alegría, a las amistades impulsivas y a una feliz y encantadora franqueza. La gente notaba que el padre no

aprobaba estos rasgos y que les ponía freno, y por ello, todos sentían por ella una gran pena.

«¡Será un magnífico guardián de la llave —decían—, pero, ay, qué padre más severo!». No dejaba a la muchacha ninguna libertad individual; siempre salía acompañada; se le negaba la compañía de otros jóvenes; era una flor cuya fragancia nadie tenía el privilegio de disfrutar. Es posible que la gente, al murmurar contra todo aquello, no tuviera en cuenta las circunstancias de la vida del guardián de la llave. Estaba solo, se mantenía apartado de todos. Su única pasión en la vida había sido la estricta vigilancia de un bien. En esas circunstancias, el afecto que sentía por su única hija era directo y rudo, y quizá también, sin que él fuera consciente, un tanto severo. El amor que profesaba a su hija era el amor de la ostra por la perla. La gente no veía más que las conchas rugosas y herméticas que encerraban el tesoro en la mansión del guardián de la llave. Más de un notable pretendiente se había acercado a la mansión para reclamar la perla que contenía. Todos eran recibidos con el mismo semblante adusto y feroz y enviados a paseo.

El guardián de la llave les decía: «¡Señor, se presenta usted en mi casa, llama con mi aldaba, pone sus manos en el pomo de mi puerta —el pomo de oro de mi puerta— y me pide la mano de mi hija! Señor mío, la audacia es su única excusa. Dejemos que también sea su defensa contra mi ira. ¡Y ahora, tenga usted buenos días!». Cuando los ciudadanos se enteraban de que otro galante pretendiente se había presentado para ser rechazado, decían: «¡Pobre niña, pobre niña, qué pena!».

La verdad es que la hija del guardián de la llave no era en absoluto infeliz. Tenía muy buena opinión de su padre; le prodigaba todo el cálido afecto de su joven fervor. Dentro de los límites de su hogar dominaba como una joven reina. Se paseaba todo el día, feliz como un pájaro, por los parques y jardines. En un par de ocasiones su institutriz le habló con indirectas de los pretendientes que acudían a la mansión a pedir su mano, pues se trataba de un asunto que no debía ocultarse a la doncella más celosamente guardada. La institutriz tenía sentido del humor y entretenía a la muchacha con sus descripciones de los enamorados que, según ella misma decía, como las olas que lamen la playa subían la escalinata de mármol de la mansión hasta la puerta de roble para ser devueltos al mar de los

rechazados. Estos acontecimientos le hacían gracia a la muchacha, y, en el fondo, la halagaban.

—Ah —decía, dejándose llevar por un arrebato de entusiasmo—, ¡qué espléndido es mi padre! —La perla se regocija ante el poder de la ostra que la mantiene alejada del mundo.

Ahora bien (prosiguió Eamonn), en las laderas de los montes de la comarca llamada Sunnach vivía un joven pastor, y cuantos reconocían en él a un muchacho único por su aspecto e inteligencia, se sentían embargados por la pena al ver su desdichada suerte. El patrón para el que trabajaba era un viejo zafio, severo y con malas pulgas, pródigo en maldiciones y violentas amenazas, pero el muchacho se contentaba con la vida en los montes, y el aspecto severo de su patrón lo traía sin cuidado. «Algún día —decía para sus adentros riéndose—, compondré tremendos versos sobre su negra boca». Un buen día, por orden de su patrón, el pastor llevó un rebaño de juguetonas ovejas hasta la feria del pueblo de Siete Hermanas. Al pasar por la mansión del guardián de la llave gritó: «¡Tajú! ¡Tajú! ¡Tajú!». Su voz era clara y profunda, y las notas, redondas y dulces como el canto del cuco. La hija del guardián de la llave estaba sentada junto a la ventana, pintando un cuadrito, cuando oyó la voz del pastor gritar «¡tajú!». Y exclamó: «¡Qué llamadas más hermosas!», al tiempo que se asomaba a la ventana. En ese preciso instante el joven pastor miró hacia arriba. Iba sin sombrero y lucía su manto de cuadros. Su cabeza era una mata de pelo rubio y rizado, su cara, entusiasta y de rasgos definidos, sus ojos de color castaño dorado brillaban como los de un pájaro. Sonrió y la doncella le sonrió.

«¡Tajú! ¡Tajú! ¡Tajú!», le cantó alegre a su rebaño antes de proseguir camino hacia la feria. La doncella regresó a su cuadrito y se quedó allí sentada mirando la paleta y mezclando los colores de cualquier manera.

Esa noche, como tenía por costumbre, el guardián de la llave, con su hija del brazo, precedido y seguido por sus sirvientes, recorrió el pueblo de Siete Hermanas para admirar cuanto de agradable había en la feria y, además, hacer algunas compras. Al ver llegar al gran hombre, la gente le abría paso, le hacía reverencias y sonreía. Él caminaba muy digno, y la belleza de su hija arrancaba estos comentarios de los transeúntes: «¡Dichoso el

hombre a quien le toque en suerte!». Entre las personas con las que se cruzaron estaba el pastor, que miraba a la doncella embelesado con sus jóvenes ojos. Los siguió a respetuosa distancia por todo el pueblo y de vuelta a la mansión. El pastor no regresó a la comarca montañosa llamada Sunnach ni esa noche, ni la siguiente, ni por muchos días con sus noches. Se quedó en el pueblo de Siete Hermanas, haciendo recados, conduciendo carros, cumpliendo con cuantos trabajos se le presentaban, y todo porque quería volver a ver a la hija del guardián de la llave. Por las noches se acercaba a la mansión y cantaba: «¡Tajú! ¡Tajú! ¡Tajú!», como si estuviera conduciendo rebaños. Y en la ventana veía una mano blanca agitarse en un saludo. Regresaba entonces a su refugio, un cuartito trasero de la posada, donde se pasaba toda la noche a la luz de una vela escribiendo versos a la doncella. Una canción del pastor a su dama ha llegado a nuestros días:

> Adiós, flauta dulce que templé en el monte,
> mi pena por Sunnach no tiene horizontes.
> Viento en los abetos, balar de ovejas
> enmudecen cuando mi corazón por ti se queja.
> Pistas donde bailé, cabañas que me cobijaron
> son solo recuerdos que de mí volaron.
> Ay, amada mía, pastor de cisnes yo sería
> si en tus ojos pudiera perderme un día.

Como era de esperar, el guardián de la llave no tardó en descubrir que el pastor merodeaba por la mansión. Y cuando lo oyó llamar a rebaños imaginarios frente a la casa, le mudó el semblante. «Con que esas tenemos —dijo—, otra conspiración. Esta vez vienen del campo. Se comunican usando las voces de los pastores. ¡Pues bien, ya tomaré yo cartas en el asunto!». Dicho y hecho, el guardián mandó que aprehendieran, ataran y encerraran en el calabozo al joven pastor. A su debido momento, tal como había ocurrido con los famosos orfebres, fue acusado y condenado a ser desterrado de Eirinn. Cuando la hija del guardián se enteró de lo ocurrido, la embargó una pena profunda. Por primera vez se presentó ante su padre con lágrimas en los ojos y la aflicción reflejada en el rostro. El

guardián se mostró muy conmovido y sentó a la muchacha a su lado. Ella se arrodilló junto a su padre y le confesó toda la historia del pastor. El guardián de la llave sintió alivio al comprobar que sus sospechas de una nueva conspiración eran infundadas, pero se llenó de indignación al saber que un simple pastor no solo aspiraba al corazón de su hija sino que lo había conquistado.

—¡Dónde iremos a parar —protestó— si un salvaje de los montes de Sunnach viene aquí y se atreve a poner la mano en las casi perfectas ninfas de agua del pomo de oro de mi puerta! Se hará justicia. Queda sin efecto la orden de destierro. Haré que conduzcan a esta liebre salvaje del campo, a este trotamundos de los montes, hasta el pozo y allí, a la vista de todos, será sumergido siete veces. ¡Garantizo que con eso se enfriará! Acto seguido dispondrá hasta el alba para abandonar mi pueblo y regresar junto a los puercos de los montes.

La muchacha suplicó que le ahorrasen al pastor la tremenda humillación de un baño público en el pozo de Siete Hermanas, pero su padre se mostró inflexible.

—¿Acaso no me he pronunciado ya? —inquirió, severo, y la institutriz se llevó de allí a la doncella anegada en lágrimas.

Como si se tratara de un festival, los ciudadanos acudieron al pozo en tropel para presenciar el baño del pastor. De la multitud se elevaron gritos de júbilo cuando los sirvientes del guardián de la llave introdujeron al muchacho, atado con tiras de cuero, en la boca del enorme pozo. El hueco del pozo era un lugar frío, oscuro y espeluznante; sus paredes, cubiertas de líquenes verdes y viscosos, apestaban, las aguas rugían. El pastor cerró los ojos y se dio por perdido. Sin embargo, las Siete Hermanas del pozo fueron descendiendo tan deprisa como los sirvientes iban soltando la cuerda, hasta que ya no pudieron bajarlo más. Los sirvientes subieron y bajaron la cuerda siete veces, y la gente chillaba y batía palmas gritando: «¡Mal acaba quien escribe versos de amor!». Mas todavía no había nacido el poeta que no contara con un amigo más poderoso que todos sus enemigos juntos. Fue entonces cuando los espíritus de las Siete Hermanas surgieron del agua y hablaron con el pastor.

—Oh, pastor —dijeron—, el guardián de la llave también es nuestro enemigo. Hemos sido creados para algo mejor que este

estrecho hueco. Nos pasamos las largas horas de la noche llorando de dolor.

—¿Por qué lloráis de dolor? —preguntó el pastor.

—Porque queremos salir de este frío lugar —contestaron los espíritus de las Siete Hermanas— y reunirnos con nuestra amada, la luna. Todas las noches, cuando asoma nos llama, y no nos atrevemos a contestar. Estamos encerrados bajo la pesada tapa. Es inútil que hagamos acopio de todas nuestras fuerzas, no podemos romperla y recobrar la libertad. Soñamos con el apacible valle. Queremos regresar a él, retozar entre los árboles, remansarnos en los rincones cálidos, bañar la orilla de los verdes prados, regar los apacibles jardines. Queremos ver las flores, destellar al sol, bailar bajo la bóveda de grandes ramas, crear refugios secretos y acogedores para el lucio y la nutria, amontonar los guijarros de colores, oír a la gallineta chapotear entre los juncos. Y sobre todo, queremos reunirnos con nuestra amada, la luna, fluir bajo sus rayos, extendernos para recibir sus besos en las noches de plenilunio. ¡Oh, pastor, sácanos de la prisión de este pozo!

—Ay, espíritus de las Siete Hermanas, ¿cómo podría hacerlo? —preguntó el pastor.

—Consigue la llave secreta —contestaron—. Abre la tapa por la noche, cuando disponemos de todas nuestras fuerzas.

—¡Ay de mí! —dijo el pastor—, es imposible. El guardián la ha dotado de magia.

—Conocemos su gran secreto —dijeron los espíritus de las Siete Hermanas—. Jura que nos soltarás y te lo contaremos.

—¿Cuál será mi recompensa? —preguntó el pastor.

—La mano de la hija del guardián de la llave, la dama de tus canciones —dijeron—. Llévatela a los montes donde eras tan feliz. Os perdonaremos la vida cuando nos hayas liberado.

—Entonces, juro que os soltaré —prometió el pastor.

—Tras el fino porte del guardián de la llave —dijeron los espíritus de las Siete Hermanas—, acecha un diablo. Se ríe en secreto de la gente. Tiene las manos manchadas con la sangre de los cinco orfebres. Fue con su complicidad que se hizo una vía de agua en la barca de mimbre y cuero y por eso los orfebres se ahogaron. Eran unos verdaderos artistas, de espíritu gaélico. Eran los únicos que conocían su secreto, y se deshizo de ellos antes de que pudieran

contarlo. La gran controversia que creó sobre las ninfas de agua fue una especie de hechizo con el que obnubiló la mente de todos para ocultar su crimen.

—¡Qué demonio! —gritó el pastor.

—La llave del pozo —dijeron los espíritus de las Siete Hermanas — está oculta en el gran pomo de oro de la puerta de roble, que ha sido objeto del mayor examen al que jamás se ha sometido el pomo de una puerta en la historia mundial. ¡Esa ha sido la artimaña del guardián de la llave! Al salir por la mañana y por la noche, cuando se dispone a cerrar la puerta a su espalda, toca el tercer dedo del pie de la cuarta ninfa de agua. Lo aprieta tres veces, deprisa, como una pulsación y… hete aquí que salta un resorte oculto que lanza la llave hacia la amplia manga de su chaqueta. Al regresar, posa la mano en el pomo de oro, aprieta tres veces el segundo dedo del pie de la tercera ninfa de agua, y la llave encaja otra vez en su hueco donde queda oculta. Los orfebres eran los únicos que conocían el secreto. Por eso fueron a parar al fondo del mar. De esta manera, el guardián de la llave ha conservado su poder y desafiado a sus enemigos. Cuando los eruditos hacían epigramas y los bardos, llevados por el entusiasmo, se entregaban a las grandes cadencias sobre el arte del tobillo de la ninfa de agua, el guardián de la llave se retiraba a su atalaya donde, sin ser visto, se desternillaba de risa.

—¡Será desalmado! —exclamó el pastor.

—En su alcoba mandó pintar una cenefa con llaves, ninfas y cascadas miniadas en la que se leen las palabras: «Alabemos el arte que oculta el arte; pero amemos el arte que oculta el poder».

—¡Qué monstruo! —gritó el pastor.

—Y así ha vivido —dijeron los espíritus de las Siete Hermanas —. Así ha podido arrebatarnos la libertad y a nuestra amada. Oh, pastor…

Antes de que pudiesen pronunciar una palabra más, la cuerda de la que colgaba el pastor fue izada. El agua subió con él y bañó ligeramente todo su cuerpo para que pareciese que lo habían sumergido en lo más hondo del pozo.

Cuando lo izaron y lo depositaron al lado del pozo, el pastor se quedó en el suelo con los ojos cerrados, fingiendo una gran fatiga. La gente aplaudió otra vez y algunos gritaron: «Y ahora, rata de agua, ¿por qué no nos recitas un verso nuevo?». Pero hubo otros

que murmuraron apenados, y una anciana campesina, cubierta con una capa de Santa Brígida, se acercó a él renqueando y le apartó los mechones de la cara. Al notar que unas manos lo tocaban, el pastor abrió los ojos y vio que era la hija del guardián de la llave disfrazada. En connivencia con su institutriz, había escapado de la mansión envuelta en una capa y haciéndose pasar por una vieja campesina. El pastor le besó la palma de las manos sin ser visto y le susurró:

—Iré a verte a medianoche. Aleja a los guardias de la puerta de entrada unos minutos como si de ello dependiera tu vida. Busca algún pretexto. Te haré la llamada del pastor para que sepas cuándo actuar. No me falles.

Nada más pudieron decirse pues los sirvientes apartaron con violencia a la anciana campesina, condujeron al pastor a su cuarto, y allí lo arrojaron encima de la cama con esta advertencia:

—Recuerda que si al despuntar el alba continúas en el pueblo de Siete Hermanas, será por tu cuenta y riesgo.

A medianoche el pastor se levantó y se acercó a la mansión del guardián de la llave. Vio a los dos adustos guardias, uno a cada lado de la puerta de roble. Se detuvo a cierta distancia y lanzó la llamada del pastor, haciendo que su voz sonara como el ululato de un búho. Enseguida vio que los guardias se alejaban de la puerta, iban hacia una entrada lateral del patio, y poco después los oyó reír, como si les estuviesen proporcionando diversión. Les pasaron unos jarros entre los barrotes de hierro de la verja, que ellos se llevaron a los labios. Al ver aquello el pastor subió corriendo la escalinata, se acercó a la puerta y apretó tres veces, deprisa como una pulsación, el tercer dedo del pie de la cuarta ninfa de agua; inmediatamente, de un hueco oculto en el pomo saltó una extraña llavecita dorada. El pastor la aferró, bajó la escalinata volando y escaló el muro del pueblo. Corrió hasta el gran pozo y se inclinó sobre la tapa. Oyó a los espíritus de las Siete Hermanas agitarse y retorcerse allá abajo, soltando gritos de dolor. En el cielo la luna iluminaba el pozo con sus rayos.

—Oh, espíritus de las Siete Hermanas —dijo el pastor—, he venido a entregaros a vuestra amada.

Del fondo del pozo le llegó un potente grito de alegría. Metió la llave en el cerrojo, le dio una vuelta y, acto seguido, se oyó como

una serie de barras de acero se deslizaban y se sumergían en un baño de aceite. La gran tapa empezó a girar despacio, dejando la boca del pozo al descubierto. Los espíritus de las Siete Hermanas hicieron el resto. Locos de alegría, brotaron del fondo riendo a carcajadas —su risa venía del subsuelo, de la caverna, de profundos lugares secretos de la tierra, una risa de elfos y ríos ocultos— al verse ante la luz de la luna. El pastor distinguió claramente siete chorros espiralados de agua espumosa que cobraron la forma de unas ninfas, de una exquisitez jamás soñada. Al parecer, algo estaba ocurriendo allá en lo alto; la luna bajó del cielo, rápida y amorosa, para mostrarse tan deslumbrante que el pastor tuvo que volver la cara. Supo que en los espacios azules del firmamento la luna se abrazaba a las Siete Hermanas. Echó a correr, raudo como el viento, pues el agua bajaba rugiendo por las calles del pueblo. Vio a su paso que se iban encendiendo las luces en las ventanas oscuras y que la gente soñolienta, en camisa de dormir, se asomaba para ver a qué se debía aquel extraño esplendor.

Cuando el pastor llegó al puente levadizo, comprobó que los hombres ya lo habían bajado y oyó un fuerte crujido y unos chillidos agudos; algo que tomó por una densa polvareda impulsada por el viento bajó desde el pueblo y cruzó el puente. Un trecho más adelante comprobó que aquello no era una densa polvareda marrón sino una marea de ratas que se batía en retirada. Todas las trompetas se pusieron a tocar con fuerza cuando el pastor llegó a la mansión del guardián de la llave; allí, los guardias, armados de lanzas, pugnaban por cruzar el arco del patio, los sirvientes se arremolinaban en las puertas tratando de huir. Se abrió de par en par la enorme puerta de roble y vio al guardián de la llave con una palmatoria en la mano temblorosa. Del pueblo llegó el griterío de los habitantes. El agua derribaba las puertas de las casas como si fuesen de cartón.

—Oh, guardián de la llave —gritó el pastor—, las Siete Hermanas están libres. Obedezco tus órdenes y regreso junto a los puercos de los montes. ¡Esta noche muchos soñarán con la odiada Sunnach!

Al guardián de la llave se le cayó la palmatoria de la mano, y bajo la luz de la luna, buscó a tientas el pomo de la puerta y palpó las figuras de las ninfas de agua. No tardó en soltar un leve gemido

y, con la cabeza inclinada sobre el pecho, bajó la escalinata a trompicones.

—¡Ay! —gritaron los guardias—. ¡El gran hombre está acabado!

El guardián de la llave corrió hacia el puente levadizo gritando:

—¡La tapa, la tapa! ¡Volved a colocar la tapa sobre la boca del pozo!

Los guardias y los sirvientes salieron tras él pisándole los talones, pero ninguno de ellos regresó jamás al pueblo. Una enloquecida marea humana se agolpaba en el puente tratando de cruzarlo. Carruajes, carros, coches, jinetes, mulas, asnos huían de las Siete Hermanas cargados de hombres, mujeres, familias enteras. Las multitudes avanzaban a pie. Los animales, perros, gatos, cerdos, ovejas, vacas, los acompañaban sin orden ni concierto. De pie en los pescantes, los cocheros fustigaban a sus caballos, presa de la locura. Los animales ponían los ojos en blanco, soltaban vapor por las narinas, tiraban hacia adelante con desesperado fervor. En un par de ocasiones la masa enardecida se quedó varada, y los hombres pelearon como bestias. Los gritos de quienes eran pisoteados hasta morir se elevaron en una desgarradora protesta. En un momento dado el pastor vio la silueta de un cura levantarse, alzar el contorno desnudo de una cruz y desaparecer.

El brillo anormal de la luna enorme y redonda bañó aquella noche de terror. El pastor lo vio todo en un instante que fue eterno. Y entonces gritó: «¡Tajú! ¡Tajú! ¡Tajú!», y la doncella bajó a paso ligero la amplia escalinata de la mansión, ataviada con una toga blanca, el cabello suelto sobre los hombros. Jamás había parecido tan delicada y hermosa, lirio de los valles. El pastor le contó lo ocurrido. Ella llamó a su padre a gritos.

—Soy la hija del guardián de la llave —dijo—. En esta hora señalada estaré a su lado junto al pozo.

—Ahora yo soy el amo del pueblo de Siete Hermanas —dijo el pastor—. Y soy el guardián de la llave —sentenció enseñándole la llave secreta.

A la vista de aquel objeto y de lo que ocurría en el puente levadizo, la doncella se desvaneció y cayó sobre la alfombra del vestíbulo. El pastor la levantó en brazos y partió hacia los montes. Por el camino, todos huían en estampida del valle y el pueblo, corrían enloquecidos tratando de alcanzar los montes. A sus

espaldas, más enloquecidas, más veloces y tremendas, las aguas avanzaban en sordas y repentinas oleadas, en furiosas embestidas, que se arremolinaban, arrasaban y retrocedían, en una orgía de destrucción implacable y estremecedora. Abatidos por aquel alud rugiente cayeron los muros, los árboles, los edificios. El pastor vio a hombres cejar en su empeño por huir y, encogidos de miedo, detenerse al costado del camino; vio a mujeres que corrían hacia los montes darse media vuelta para recibir con los brazos abiertos y la locura reflejada en sus ojos desorbitados a las aguas que venían de frente.

No hubo criatura humana que escapara a la cólera de aquella noche, excepto el pastor y la doncella que este llevaba en brazos. Cada vez que las aguas le rozaban los talones, se encabritaban como blancos corceles y se retiraban, perdonándole así la vida. En tres ocasiones se volvió para ver los sucesos del pueblo de Siete Hermanas. La primera vez que echó la vista atrás el agua había llegado a las últimas ventanas de las casas de tres plantas. Todos los enseres de los propietarios flotaban libres, la gente se hundía, sus vidas se apagaban enseguida como burbujas chispeantes. En la ventana de un desván vio a una muchacha soltarse el pelo, cantaba una canción y se disponía a encontrarse con la muerte como quien se prepara para recibir a un amante. En lo alto de una escalera un hombre bebía whisky a grandes tragos de una botella, y cuando el agua le llegó al cuello, se hundió con un grito alucinado y desafiante. Un niño se lanzó por una ventana abierta, los rizos dorados agitándose en su hermosa cabeza, como si saliera corriendo al jardín. Bajo la luz de la luna se formó otra burbujita.

La segunda vez que el pastor echó la vista atrás, las golondrinas volaban de sus nidos bajo los aleros de las casas, pues el agua ya los estaba lamiendo. Una anciana con muletas recorría renqueante un tejado. Había hombres que sacaban medio cuerpo por el cañón de las chimeneas. Una balsa, echada al agua por los guardias del guardián de la llave, bostezó con pereza como si fuera algo vivo y se recostó de lado llevándolos a todos juntos al encuentro de la muerte. Un hombre con una bolsa llena de oro asida en una mano se detuvo aturdido en la alta torre de un banco; después, se tambaleó y se precipitó con un grito.

La tercera vez que el pastor echó la vista atrás, sobre la

superficie del agua no se veía más que el pináculo de la torre del reloj de la mansión, en lo alto del cual estaba el guardián de la llave, los brazos extendidos, la cara vuelta hacia la luna, las siete ninfas de agua brincaban a su alrededor en una danza de plata.

Después, el pastor se detuvo en los montes con la doncella. Estaba al límite de sus fuerzas, y notó que a medida que se acercaba el alba, las aguas se iban calmando poco a poco, como seres apagados tras una noche de loca pasión. Cuando por fin el día despertó a la vida en el cielo oriental, el pastor llamó a la doncella a su lado, y los dos juntos contemplaron desde allí la extensión de agua. El pueblo de Siete Hermanas había dejado de existir.

—¡Mira —gritó el pastor—, el Loch Riabhach!

Retrocedió unos pasos y lanzó al agua, lo más lejos que pudo, la llave secreta. Donde sigue estando, debajo de una piedra, en algún lugar del lago sobre el que nuestra barca se mece ahora, llevada por la corriente. Y en ese mismo momento, el pastor y la doncella fundaron un nuevo pueblo junto al lago, y todas las antiguas familias de Baile Loch Riabhach, como yo mismo, somos sus descendientes. Y esa es, concluyó Eamonn, la historia del Lago Gris.

El edificio

I

Martin Cosgrave fue andando a paso firme hasta su propiedad después de que Ellen Miscal le leyó la carta llegada desde los Estados Unidos. A ella no le había dicho una palabra. No todos los días debía batallar con un torbellino de pensamientos. Hombre tranquilo de campo, lo único que sintió fue el fuerte impulso de regresar a su propiedad en la loma. No tenía una idea clara de lo que haría ni qué pensaría cuando estuviese de vuelta en su propiedad. Fue como si los campos reclamaran a gritos su compañía, mientras todas las maravillas de la resurrección irrumpían de nuevo en su vida.

Martin Cosgrave recorrió sus campos y con un silbido obligó a su rebaño de ovejas a que saliera corriendo de un paso estrecho. Su propiedad y las cosas que había en ella nunca habían parecido tan valiosas. Recorrió sus campos con las manos en los bolsillos, pisando la tierra con paso tranquilo y firme. Notó una vigorizante sensación de seguridad.

Entonces se sentó en el murete lindero.

Declinaba el día. Era como si envolviese sus posesiones en una protección nueva. Se fue animando a medida que crecían las sombras. Lo invadió una paz inmensa. La brisa que agitaba la hierba a sus pies parecía murmurar sobre la cosa extraña e inesperada que había irrumpido en su vida. Sintió la espléndida compañía que los campos hacen a su amo.

De repente Martin Cosgrave miró su cabaña desde arriba. Algo se quebró mientras sus ojos seguían clavados en ella. Bajó de un salto del murete y echó a andar hacia el campo, esta vez sus manos aferraban las solapas del abrigo, la duda velaba su frente. Se detuvo en medio del campo, los ojos todavía clavados en la cabaña. ¡Qué

cuchitril más miserable, feo y diminuto! El tejado de paja, adelgazado en los gabletes, se combaba por detrás. La parte frontal estaba empapada. Un manojo marrón caía lluvioso hacia el ventanuco, era como la garra de un pájaro inmenso sobre las paredes. Había dejado que todo se viniera abajo. Quizá no tuviera importancia en el pasado. Pero ahora…

—Rose Dempsey no querrá saber nada —se dijo—. Estará acostumbrada a casas grandiosas y espléndidas.

Le dio la espalda a la cabaña cerca de la senda y levantó la vista hacia la franja de hayas que el viento mecía en la cresta de la loma. ¿Cómo pudo haber vivido allí casi toda la vida sin haberse dado cuenta antes de que era un lugar creado por la mano de la naturaleza para hacer una casa? ¿No era el colmo de la estupidez tener allí aquellos árboles, produciendo su música en las largas horas de la noche, sin que hubiera una casa al lado y gente durmiendo en ella? En unos instantes la idea había cobrado forma en su mente. Tenía piedra caliza —hermosa piedra caliza— a mano en la cantera a una milla camino abajo. Y arena en el hoyo de la parte trasera de su propia cabaña. Y cal en el horno al final del camino. ¡Y dos manos! Con los dedos se acarició los músculos de los brazos. Luego caminó hacia la loma.

Subiendo la loma, Martin Cosgrave se preguntó por primera vez en su vida si de verdad había sido un insensato cuando, muy joven, había escapado de la cabaña de su padre. Hasta ese momento, siempre había aceptado el veredicto de la gente sobre él, que había sido un muchacho insensato «por haberse ido a conocer lugares extraños». Había recorrido los caminos y estado en ciudades lejanas. Después había dejado de trabajar para su amigo, el constructor. Como obrero había sido útil en la edificación de una casa. Al principio había subido escaleras acarreando capachos de argamasa y cemento a los albañiles. No había tardado en dominar su oficio. Pero siempre había añorado empuñar un cincel en una mano, un mazo en la otra y labrar la piedra. Se había metido en una cantera, y de allí había ido a un depósito donde labraban piedra. Al poco tiempo no logró ocultar su impaciencia ante tareas como la colocación de albardillas de piedra o el cincelado de lápidas. Entonces vio morir a un hombre en la cantera. Se encontraba muy cerca de él. Se soltó la cadena del cabrestante y el pobre no tuvo

escapatoria. Martin Cosgrave había oído el crujido del cráneo contra la roca, y visto la sangre salpicarle las botas. Era un hombre nervioso. Veía sangre y se mareaba. Se puso el abrigo, salió de la cantera y se alejó por el camino.

Mientras andaba por el camino lo asaltó la nostalgia de su tierra. Regresó a pie a su casa, encima de Kilbeg. Su padre había muerto hacía tiempo, pero con su regreso alegró los últimos días de vida de su madre. Se hizo cargo de la casita de labor y puso fin a su vagabundeo una vez que hubo retirado sus herramientas de la habitación que alquilaba en la ciudad, al lado de las canteras.

Cuando Martin Cosgrave se plantó en lo alto de la loma había llegado a la conclusión de que, al fin y al cabo, no había sido un muchacho insensato por trabajar en lugares lejanos. «En ello estaba la mano de Dios», dijo, reverente, con los ojos fijos en las hayas que producían música en la cresta de la loma.

Recorrió veloz el lugar con su vista de lince. A continuación marcó los cimientos de la casa hundiendo el taco de la bota en la tierra cubierta de hierba. Se internó entre las hayas y contempló el emplazamiento demarcado de la casa. Lo vio crecer en su imaginación, al principio un bloque tosco, un mero armazón, algo vacilante e insatisfactorio. Luego las incertidumbres fueron desapareciendo, la casa tomaba forma, detalle a detalle. Los árboles proyectaron sombras largas que envolvieron los campos. Las estrellas tachonaron el cielo. Pero Martin Cosgrave nunca reparó en estas cosas. El edificio no paraba de crecer. Hubo un firme dominio de su plano general, una comprensión de lo que el edificio llegaría a ser, algo nunca logrado por ningún otro, algo que proclamaría por siempre jamás. El transcurso del día y el sigilo de la noche no lograron distraer la atención de un hombre sumergido en un sueño que cobraba forma en su mente, un hombre que se abandonaba a la dicha de su creación, que se deleitaba en los detalles de la construcción, y al repasarlos, en cierto modo, era como si los sintiese en cada fibra de su ser, celoso del efecto de cada piedra, cuando trazaba la dirección y la sutileza de cada curva, y veía como un toque encajaba en el siguiente y lo mejoraba, y como cada elemento transmitía el sentido del todo.

Martin Cosgrave bajó de la loma con paso brioso. Balanceaba los brazos. Notaba la sangre fluir por sus venas. Le brillaban los ojos.

Debía trazar un plano del edificio. Lo llevaba grabado a fuego en la cabeza.

Sacó una caja de madera de debajo de la cama de su cabaña. No la había abierto desde que había ido a buscarla a la ciudad lejana. Contuvo el aliento al levantar la tapa. Allí estaban, los símbolos medio olvidados de su vida anterior. Mazas desgastadas, cinceles, el asa de un capacho roto con restos de yeso endurecido, una pala corta y ancha para mezclar argamasa, una llana, un nivel de burbuja, una plomada, todos envueltos sin apretar en un mandil de cuero raído. Empuñó las mazas en la mano y las agitó en el aire con movimientos breves y rápidos, tan naturales en él. Sus brazos habían recuperado la fuerza del trabajo. Las antiguas ambiciones que él creía atemperadas por su prematura madurez cobraron nueva vida.

Esa noche, en la cama, Martin Cosgrave se encontró dándole vueltas y más vueltas a las palabras de la carta que Rose Dempsey le había enviado a su tía, Ellen Miscal, desde los Estados Unidos. «Dile a Martin Cosgrave —decía la carta— que estaré de vuelta en Kilbeg a finales de la primavera. Si no está comprometido con otra, estoy dispuesta a establecerme». Aparte del anuncio de que su hermana Sheela viajaría con ella para pasar unas vacaciones, la carta «no traía más noticias». ¡Pero qué noticia le había traído a Martin Cosgrave! Los campos lo comprendían, el edificio lo proclamaría.

Por la mañana temprano, Martin Cosgrave fue a ver a Ellen Miscal para decirle qué debía poner en la carta de respuesta a Rose Dempsey que enviaría a los Estados Unidos. Martin Cosgrave entró en la casa pisando fuerte y se quedó de espaldas al aparador. Daba vueltas nerviosamente entre las manos al blando sombrero negro y hablaba como quien pronuncia palabras sagradas.

—Dígale —dijo— que Martin Cosgrave no piensa en ninguna otra persona más que en ella. Dígale que vuelva a Kilbeg. Dígale que no venga hasta la cosecha tardía.

Inclinada sobre la mesa mientras escribía en la hoja de papel de carta, Ellen Miscal levantó rauda la cabeza cuando él pronunció aquellas palabras. Notó entonces la nueva vivacidad que iluminaba la cara idealista de Martin Cosgrave. Pero él no le dio pie a que le hiciera preguntas.

—Tengo mis razones para pedirle que espere hasta la cosecha —

dijo, un punto irritado.

Siguió junto al aparador hasta que Ellen Miscal terminó de escribir la carta. La llevó a la aldea y la despachó él mismo; fue y regresó muy serio, como si hubiese asistido a un ritual solemne.

II

Ese día comenzó la construcción de la casa. Martin Cosgrave enjaezó el burro y transportó unas cuantas cargas de piedra caliza desde la cantera cercana. Algunos de los vecinos con los que se cruzaba vieron en él un hombre cambiado, un hombre silencioso con la impaciencia reflejada en el rostro, un hombre en cuyos ojos brillaba una nueva luz, un hombre tranquilo del campo, con un firme propósito. Subió con esfuerzo el camino tirando del carro y el burro, las manos aferradas a la vara para acelerar el paso lento del animal, las piernas dobladas en la cuesta, la cabeza agachada sobre el trabajo. Concluida la semana, en la cresta de la loma se acumulaba un montón de piedras azul grisáceas. Los muretes linderos de los campos habían sido derribados para formar una senda. Entrada ya la noche, con el burro alimentado y atado, los vecinos veían a Martin Cosgrave moverse junto al montón de piedras azul grisáceas, las clasificaba y elegía, las reunía en pequeños grupos para tenerlas a mano. «Se construirá una casa en la loma», comentaban, presa del asombro.

Llegó la primavera y con ella las extenuantes labores del campo. Pero Martin Cosgrave siguió adelante con las obras. Los vecinos desaprobaban con la cabeza al ver el abandono creciente de sus tierras; dijeron que era desafiar a la Providencia cuando un buen día, mucho antes de lo debido, Martin Cosgrave destetó a todos sus corderos y los vendió en la feria al primer postor que se cruzó en su camino. Martin Cosgrave lo hizo porque necesitaba dinero y tenía prisa por seguir con las obras.

—¿Por qué motivo iba un hombre a destruirse así? —se preguntaban los vecinos.

Martin Cosgrave sabía lo que decían sus vecinos. Pero ¿a él qué más le daba? ¿Qué podían saber ellos del corazón de un constructor? ¿Qué sabían más allá de hundir una pala en la tierra y

esperar a que las estaciones hicieran crecer cosas de las semillas que esparcían con sus manos? ¿Qué sabían del tacto de la piedra áspera, de darle forma para que encajara en el edificio, el edificio que día tras día veías levantarse del suelo gracias a la habilidad de tu mano y el arte de tu mente? ¿Qué sabía nadie en Kilbeg del barco que surcaría el mar en tiempos de cosecha para llevar a su lado a Rose Dempsey? Con todo su arar y sembrar, ¿a qué clase de lugar habían llevado a vivir a sus mujeres? Que siguieran hablando. La alegría del constructor era toda suya. Las hayas que producían música todo el día junto al edificio que estaba levantando a la vista del mundo entero lo comprendían mejor que toda la gente de la parroquia.

Martin Cosgrave no tenía ayuda. Se ponía a trabajar desde bien temprano por la mañana hasta tan tarde por la noche que la gente se maravillaba de su resistencia. A medida que las obras avanzaban, en los campos la gente hablaba del edificio de Martin Cosgrave y en los mercados se lo describían a los forasteros. Decían que en el campo jamás se había visto nada igual. Que iba a estar «lleno de torrecillas y pórticos de lo más finos y elegantes, y una serie de ventanas panzonas dignas de verse». Un día en que Martin Cosgrave oyó a un vecino hablar de «ventanas panzonas», soltó una carcajada entre amarga y burlona.

—Explíqueles —dijo— que son ventanas de tracería en piedra labrada a juego con las puertas talladas.

Aquellas ventanas de piedra labrada y aquellas puertas talladas le costaron a Martin Cosgrave tanto tiempo que pusieron a prueba la paciencia de la gente. Las había trabajado en enormes losas de piedra, y a veces, pedía a los vecinos que le echaran una mano para levantar las losas. Aunque no tardaba en molestarse ante la menor intromisión. Un día, un picapedrero de la cantera subió al andamio y en cuanto Martin Cosgrave lo vio se le pusieron los labios blancos y maldijo con tanta rabia que todos los allí presentes se marcharon.

Cuando la estructura del edificio estuvo terminada, Martin Cosgrave contrató a un carpintero para que hiciera la obra de madera. La obra de madera costaba dinero. Martin Cosgrave no lo dudó. Vendió unas cuantas ovejas, las vendió a toda prisa y, como todos los hombres que venden sus ovejas a toda prisa, las malvendió. Cuando la obra de madera estuvo terminada, el tejado costó más dinero. Un buen día los vecinos descubrieron que Martin

Cosgrave había vendido todas las ovejas. «Ahora se ha quedado en la ruina», dijeron.

El campesino que roturaba la tierra a unos campos de allí, se afanaba en medio de la humedad tratando de hacer crecer las cosas, mientras imaginaba semillas que germinan y graneros a rebosar. Negó con la cabeza al ver a Martin Cosgrave en lo alto de la loma, doblado todo el día sobre las piedras duras; cada vez que levantaba la vista solo veía el destello de una llana, oía el estridente chirrido de un cincel. Pero Martin Cosgrave no se fijaba en los hombres que, allá abajo, teñían de rojo la tierra. Siempre que paseaba la vista loma abajo solo veía la bandada de cuervos encima de la cabeza del cavador. El estudio de las vetas de la piedra caliza que tenía entre manos, el lento amoldarse de las formas rudimentarias a su lugar en el edificio, el ritmo y el balanceo de la maza en su brazo, el brío con que notaba el impacto del cincel en la piedra, el tintineo del acero de forja, la conciencia del dominio del trabajo que tenía por delante, esas eran las cosas que, según él, daban a la vida un propósito y al hombre un destino. Silbaba una melodía mientras mezclaba la argamasa con la pala ancha, porque tenía así la sensación de que el edificio se iba tramando con los años. Compadecía al campesino que observaba impotente como la primera tormenta que soplaba desde el mar dejaba su trigo abatido en el suelo; él se dedicaba a un trabajo que durante siglos resistiría las tormentas. El olor a cal y argamasa le entró por las ventanas de la nariz. Caminaba y las astillas crujían bajo sus pies. Cuanto lo rodeaba era duro y obstinado, pero él se imponía como único amo. Por la noche, en sueños tendía las manos para palpar la piedra dura y en su pecho ardía el deseo de dotarla de forma, de otorgarle nobleza en el plano de un edificio.

Martin Cosgrave recorría el edificio cuando Ellen Miscal fue a verlo con la segunda carta de los Estados Unidos. El carpintero martilleaba en la parte de abajo. La carta decía que Rose Dempsey y su hermana Sheela regresarían a casa con la cosecha tardía. «Es mucho lo que he visto desde que me fui de Kilbeg —escribía Rose Dempsey—, aunque nunca he visto a nadie que ocupara mis pensamientos como Martin Cosgrave».

Cuando Ellen Miscal se marchó, Martin Cosgrave se quedó muy callado mirando por la ventana de tracería en piedra labrada. Fuera

las hayas se mecían lentamente. Su música le llenaba los oídos.

Recordó entonces que se encontraba en el cuarto al que llevaría en brazos a Rose Dempsey. Allí le hablaría de todas las amarguras que había guardado en su corazón cuando ella lo había dejado. Allí le hablaría del día de la resurrección, cuando todos los pensamientos amargos habían florecido gracias a las pocas palabras que le comunicaban su regreso. Fue ese día de gran agitación interior cuando se le ocurrió la idea de levantar la casa.

Cuando Martin Cosgrave salió del cuarto, el carpintero y un muchacho vecino discutían al pie de la escalera.

—Es demasiado empinada, hazme caso —decía el muchacho.

—¿Qué sabrás tú?

—Lo único que sé es que si un niño baja corriendo por esa escalera, seguro que se cae y se rompe la crisma.

Los dos hombres salieron, sin dejar de discutir.

Martin Cosgrave se sentó en uno de los escalones. ¡Un niño corriendo escalera abajo! ¡Un niño suyo! ¡Un niño con su nombre! Caminaría por la casa hablando en su media lengua. Cruzaría corriendo ese descansillo, tambaleándose. Su vocecilla llenaría la casa. Unos brazos se tenderían hacia él. Serían los brazos blancos y suaves de Rose Dempsey, o quizá, los brazos que construyeron la casa, sus propios brazos fuertes. O tal vez auparía al niño y lo bajaría por encima de la barandilla para depositarlo en los brazos tendidos de Rose Dempsey. Ella recibiría al pequeño con la luz chispeante y nueva de la maternidad en los ojos, la pasión de una joven madre en la voz acogedora. Un niño que llevaba su propio nombre, un niño que crecería hasta hacerse hombre y que transmitiría el nombre a otro, y así a lo largo de generaciones. Junto con el nombre transmitiría la casa, la casa que aguantaría, que viviría, que era inmortal. ¿Acaso todo aquello le venía a la cabeza como una súbita revelación, surgida de la cháchara de un joven vecino que iba a ayudarlo de vez en cuando? ¿O acaso era la misma cosa que estaba detrás de las fuerzas que lo habían inflamado mientras trabajaba en la casa? ¿Acaso no había llegado todo aquello a su vida la tarde en que, de pie en sus campos, sus ojos se habían fijado en la cresta de la loma?

Ay, había visto una gran casa, sin duda, una casa que se alzaba en la loma, una casa grande y espléndida edificada a la vista del

mundo entero, y con ella una construcción aún mayor, una construcción levantada más allá de la vista de todos los hombres, la construcción de un nombre, el modelado de los corazones que latirían mientras existiera el tiempo, la construcción de almas inmortales, una construcción en la que Dios insufló Su aliento, una construcción de la que oirían hablar por toda la eternidad los ángeles en el Cielo, una construcción que perviviría cuando la luz del sol se hubiese apagado, cuando los mares dieran la impresión de no haber existido nunca, un nombre, una casa, que siguieran vivos cuando la historia de todos los mundos y las generaciones escrita en un pergamino, descansara en el regazo de Dios… La cara del soñador, entregado a sus pensamientos, tenía la palidez de la emoción teñida de fanatismo.

Los vecinos estaban más sobrecogidos que asombrados por el cambio creciente que notaban en Martin Cosgrave. Estaba más pálido y delgado, pero había más tensión en sus ojos; según los vecinos, tenían el color de la piedra caliza. Cada día se alejaba más de su vida anterior. Recorría sus campos sin ver las cosas que antes eran su antigua compañía. En su actitud había un desapego por cuanto no tuviese el sabor del crujido de la piedra, el tintineo del acero en las paredes de una casa. Solo hablaba con sensatez cuando los vecinos le preguntaban por la casa. Se habían enterado de que había ido al prestamista e hipotecado hasta el último codo de sus tierras. «Estaba cantado en qué acabaría una obra como esta», dijeron.

Un día pasaba por allí un forastero en su coche y al ver el edificio paró, se apeó, subió la loma y estuvo un buen rato estudiándolo. Al regresar al coche se encontró con Martin Cosgrave.

—¿Quién construyó la casa de la loma? —preguntó.

—Un hombre sencillo del vecindario —respondió Martin Cosgrave, tras una breve pausa.

—¡Un hombre sencillo! —exclamó el forastero mirando a Martin Cosgrave con un ligero gesto de desaprobación—. En fin, al menos lo ha intentado. Quizá no lo haya conseguido, pero algo de artista tiene. En aquella loma ha creado una especie de… en fin, una especie de lírica en piedra. ¡Extraordinaria!

El forastero vaciló antes de atinar con la palabra «lírica». Se montó en el coche y se alejó farfullando entre dientes.

Martin Cosgrave habría subido corriendo la loma para gritar desde lo alto. Habría reunido a todos los vecinos para hablarles del forastero que había elogiado el edificio.

No hizo nada de eso. El trabajo lo esperaba. Lo asaltó un afán por sentir su propio pulso latir al ritmo de los golpes del acero sobre la piedra. Desde el camino trazó un sendero curvado que conducía a la casa. Los vecinos contemplaron boquiabiertos cómo avanzaban las obras mientras duraron. «Cuando la acabe, Martin Cosgrave estará acabado», dijeron.

Martin Cosgrave se apresuró a terminar el sendero; echó mano de toda la ayuda que logró conseguir. Al final de la jornada, los muchachos se acercaban a ayudarlo. Mientras ellos trabajaban, él se dedicaba a cincelar los bloques de piedra caliza que había colocado a ambos lados de la verja de entrada. Sintió una vez más la fascinación de la vida, el impacto del acero de forja sobre la piedra le estremecía los brazos, la piedra iba cobrando forma según el rumbo de su mente alborozada.

Cuando terminó con los bloques de la verja de entrada, los vecinos quedaron maravillados. La verja poseía gloria propia, y al mismo tiempo, guardaba con el plano del edificio de la loma una conexión lo bastante palpable para que hasta ellos la notaran. La gente miraba el edificio y se olvidaba de lamentarse por las buenas tierras que se habían echado a perder. Uno de los vecinos expresó el vago sentir general al sentenciar: «El pastel ya tiene su guinda».

Al llegar la cosecha tardía, Martin Cosgrave trasladó todos los pequeños muebles de la cabaña al edificio. Luego mandó llamar a Ellen Miscal. Cuando llegó la mujer, se puso a mirar la casa sin salir de su asombro.

—¿Será posible? ¡Vaya, vaya, lo que hay que ver! —exclamó.

A Martin Cosgrave le irritó la actitud de la mujer.

—Habrá que arreglarse con lo que hay —dijo, mirando los muebles—. Me casaré con Rose Dempsey en la ciudad a los pocos días de que llegue su barco.

—A Rose no le hará ninguna gracia tanta precipitación —protestó la tía de la muchacha—. Puede quedarse conmigo y salir de mi casa para casarse.

—Ya hablé con el cura —dijo Martin Cosgrave, impaciente—. Me saldré con la mía, Ellen Miscal. Rose Dempsey vendrá a Kilbeg

convertida en mi esposa. Cruzaremos la verja juntos y juntos entraremos en la casa. Me saldré con la mía.

Martin Cosgrave hablaba de salirse con la suya con el tono de voz apasionado de los fanáticos, y del regreso a casa con su novia con la voz soñadora del visionario.

—Lo que tú quieras, Martin, lo que tú quieras —dijo la mujer. Y poniéndose de pie, añadió—: Traeré unas cuantas cosas para poner en vuestra casa.

III

Martin Cosgrave pasó tres días en la ciudad esperando la llegada de Rose Dempsey. El barco venía con retraso. Rondaba por la estación, sus ojos hambrientos escrutaban a los pasajeros de todos los trenes que llegaban envueltos en una nube de vapor. Esos tres días la sangre le quemó en las venas. ¿Cómo iba a estar en paz un hombre que esperaba regresar a su casa acompañado de Rose Dempsey, convertida en su esposa?

A veces se sentaba en el banco de la estación, la vista clavada en el suelo, sonriendo solo. ¡Menuda sorpresa le tenía preparada a Rose! ¿Qué sería lo primero que le diría? ¿Le hablaría del edificio? ¡No, no le diría nada hasta haber cruzado el puente y alcanzado la verja! Entonces le diría: «Rose, ¿te acuerdas de la loma, de aquel lugar bajo las hayas?». Seguro que ella se acordaba. Allí habían pasado muchos ratos, allí él había encontrado sus labios, allí habían discutido. ¡Entonces Rose levantaría la vista para ver el antiguo lugar y lo vería! ¿Qué pensaría? ¿Sentiría por el edificio lo mismo que sentía él? ¡Claro que sí, claro que sí! ¿Qué cara pondría? ¿Y qué iba él a contarle de todo aquello? No diría nada de nada. ¡Sería lo mejor! No se dirían nada, pero cruzarían la verja y subirían por el sendero hasta la loma, la loma que tantas veces habían recorrido en los viejos tiempos. Los dos estarían en silencio y en silencio entrarían en la casa. El edificio también estaría en silencio, y él la acompañaría a recorrer los cuartos en silencio, y cuando ella lo hubiese visto todo, la miraría a los ojos y le diría: «¿Y bien?». ¡Todo sería como en un cuento maravilloso, un día mágico!

Martin Cosgrave se levantó del banco de un salto, fue hasta el

borde del andén y miró fijamente el camino llano y largo con sus dos vías que se iban juntando hasta tocarse casi en la distancia. Ni señales del tren. ¿Acaso no llegaría nunca? ¿Le habría sucedido algo al barco? Se paseó de un lado a otro con brío, sujetándose la solapa del abrigo y diciéndose: «No debo pensar estas cosas. Es una estupidez. Pasará lo que tenga que pasar, y sanseacabó. ¡Estoy a gusto y tranquilo!».

Y al fin llegó, soplando y soltando vapor. Bajaron las ventanillas, se abrieron de par en par las puertas de los vagones, la gente corría de acá para allá. Martin Cosgrave se mantuvo a prudente distancia, tenso, demacrado, sus ojos escrutaban a los viajeros. Notó un súbito cosquilleo; una antigua sensación, una antigua ilusión hizo que todo su ser se estremeciera, que su mente se regocijara, y después, llegó la relajación más exquisita. ¡Cuánto tiempo hacía que no se sentía así! Su mirada ardiente se posó en una figura conocida que había bajado de un vagón, la figura de una muchacha con abrigo y falda azul marino que, vuelta de espaldas, se peleaba con los paquetes que las manos de personas invisibles le tendían desde el interior del vagón. Martin Cosgrave recorrió el andén a grandes zancadas, los pasos cargados de afán, alegría, sentido de la posesión.

—¡Rose! —exclamó, mientras la muchacha seguía de espaldas.

Le tembló la voz por más que quiso dominarla. La mujer se volvió bruscamente.

Martin Cosgrave dio un respingo y retrocedió. No era Rose Dempsey, sino su hermana Sheela. ¡Cuánto se parecía a Rose!

—¡Martin! —exclamó, tendiéndole la mano. Él se la estrechó deprisa y su mirada ardiente buscó en el vagón. La gente que vio eran forasteros, viajeros con cara de cansancio. Cuando le dio la espalda al vagón, Sheela Dempsey corría cargada de paquetes hacia la sala de espera. Él la siguió. Miró a la muchacha. ¡Qué distinta de Rose era después de todo! ¡Nadie, nadie sería jamás como Rose Dempsey!

—¿Dónde está Rose? —preguntó.

Sheela Dempsey miró a Martin Cosgrave a la cara y vio lo que en cierto modo había temido.

—Verás, Martin —dijo—, Rose no va a regresar.

Martin Cosgrave aferró la puerta de la sala de espera. Se oyó el silbato y el tren salió en silencio de la estación. Martin Cosgrave

oyó a una mujer gritar con voz alegre un «adiós» convencional, y a través de una ventanilla vio agitarse un pañuelo delicado. Una carretilla pasó rodando frente a la sala de espera. Se oyó un latigazo y varios carruajes traqueteantes enfilaron el camino. Después volvió el silencio.

Sheela Dempsey se acercó a él y le puso la mano en el hombro. Cuando habló, su voz estaba llena de comprensiva ternura femenina.

—No te lo tomes a mal, Martin —dijo—, Rose no se lo merece. —Pronunció el nombre de su hermana con un deje amargo.

Martin Cosgrave la miró fugazmente a los ojos. Leyó en ellos de un modo impreciso lo que la muchacha no podía decir de su hermana.

¡Qué raro era todo! La sala de espera tan desnuda, tan fría, tan gris, tan parecida a un sepulcro. Pese a toda su ternura femenina, a toda su rápida intuición, ¿qué podía saber Sheela Dempsey de las cosas que ocurrían a su alrededor? ¿Cómo podía tener oídos para el derrumbe de los pilares del edificio que Martin Cosgrave había levantado en su alma? ¿Cómo podía tener ojos para el hundimiento de la estructura hecha para perpetuarse a lo largo de las generaciones? ¿Qué idea tenía ella de la destrucción de un nombre que debía haber vivido en el país y continuado por toda la eternidad, como algo tangible en el Cielo, entre los Inmortales cuando las estrellas se hubiesen apagado en el firmamento?

Martin Cosgrave regresó a casa desde la estación en un coche de punto con Sheela Dempsey. Iba sentado sin decir palabra, sin ser del todo consciente del entorno a medida que cubrían el largo trayecto. A su lado, la muchacha alargó el brazo y le tocó el hombro con suavidad.

—¡Mira! —exclamó.

Martin Cosgrave levantó la vista. En la cresta de la loma el edificio se alzaba a la luz de la luna. Le pidió al cochero que se detuviese y se apeó del coche.

—¿Quién es el dueño de esa casa? —preguntó Sheela Dempsey.

—Yo. La levanté sobre la loma para Rose.

Se hizo un largo silencio.

—¿Cómo mandaste levantarla, Martin? —preguntó Sheela Dempsey con tono sobrecogido.

—La construí yo mismo —contestó él—. Me pregunto si Rose tiene un lugar tan bueno. ¿En qué clase de edificio estará esta noche?

Cuando hizo la pregunta, Martin Cosgrave no notó el súbito temblor en el cuerpo de la muchacha. Pero ella no contestó, y el coche siguió viaje, dejando a Martin Cosgrave de pie y solo ante la verja del edificio.

La suave curva del sendero estaba ante él. La siguió con los ojos hasta la cresta de la loma. Allá estaba, envuelta en sombras, recortada contra el cielo, cada delicado perfil se ofrecía con claridad a su vista. Las hayas se mecían a su lado y, alargándose en la noche, borrosas y fantasmales, hacían señas como enormes brazos sin forma. El tono leve de su música resonó en sus oídos. ¡Cuántas veces había escuchado aquella música y las cosas que le había cantado! La música hizo que tomara conciencia de toda la emoción que había sentido mientras se había dedicado a construir el edificio de la loma.

La dicha del constructor lo invadió como una ola. Se vio otra vez rodeado de paredes que iban subiendo, las manos entre las formas azul grisáceas, el movimiento acompasado de la maza a punto de caer sobre el cincel oscilante, la vibración del acero recorriendo sus brazos, el polvo de la piedra resecándole los labios, los ojos penetrantes y rápidos, los brazos desnudos, la camisa abierta sobre el pecho, todo el cuerpo en tensión, atento al deseo del constructor consciente.

Caminó una vez más por la alfombra de astillas, el crujido agradecido bajo sus pies, su mundo, ese mundo de cosas obstinadas se regocijaba ante su poder de decisión y su dominio sobre todo aquello. Y en el fondo de sus pensamientos, fundiéndose con el trabajo, rondaba la imagen de un barco surcando el agua en tiempos de cosecha, un barco con las velas blancas desplegadas al viento. ¿Acaso no lo había asaltado la idea del edificio cuando las cosas muertas cobraron vida en la resurrección de sus esperanzas?

Martin Cosgrave se alejó de la verja. Caminó hasta donde la sombra del murete caía suave sobre el camino. Subió por la senda encerrada entre los setos silenciosos. Tropezó en las rodadas. Se detuvo frente a la puerta de la cabaña y miró al cielo con ojos vacíos. El entusiasmo, la inspiración que había animado su cara

desde el inicio de las obras habían muerto. Su cara ya no era expresión del idealista, del visionario. Sus ojos recorrieron el cielo con un propósito. Era la mirada del hombre de campo, el hombre que había pensado en sus cosechas, que estaba próximo a la tierra.

Desde que acometió la construcción del edificio no había echado al cielo una mirada decisiva y ansiosa, una mirada de campesino, desde la puerta de su cabaña. Cobró conciencia de ese detalle poco después. Se preguntó si acaso lo impulsaba un leve vuelco del corazón, un leve deseo de la antigua compañía de los campos en aquella noche de amargura. Eran los campos, la tierra, el territorio de sus antepasados, la herencia de su sangre. ¿Quién era él para levantar un gran edificio en la loma? ¿Y qué si se había elevado batiendo alas por encima del común de los mortales?

La brisa nocturna llevaba el intenso aroma de la cosecha tardía de cereales y cuanto suponía la cosecha tardía de cereales para el hombre criado junto a una loma húmeda. Las gavillas de trigo estaban amontonadas en los campos de su vecino. Ayer había sacrificado la tierra por el edificio; mañana sacrificaría el edificio por la tierra. Martin Cosgrave sabía, las estrellas parecían saber, que un mensaje, una voz, una orden llegaría como una ola a través de las generaciones de los de su sangre para arrastrarlo y devolverlo a la tradición común. En alguna parte comenzaba a resonar el grito de servidumbre a la tierra. Le llegaría en una palabra, una palabra santificada en la tierra por la memoria de miles de sacrificios y miles de luchas, la única palabra que para su raza encerraba la magia, la única palabra: ¡Redención! Levantó la vista hacia el edificio, hizo un movimiento leve con la mano que fue como un acto de renuncia, y soltó una carcajada cargada de terrible amargura.

—¡Mira! —gritó—. ¡Mira el edificio que Martin Cosgrave levantó en la loma!

Fue hacia la puerta de la cabaña, sus pies pisaron con fuerza el suelo desigual como los pies de cualquiera de las generaciones de hombres que habían pasado alguna vez por allí. Con el puño empujó la puerta de la cabaña, que se estremeció arrancando un crujido a la piedra gastada del umbral y se atascó tras abrirse apenas una rendija. Dentro todo era quietud, negrura, humedad, terrible como el caos. Martin Cosgrave arrimó el hombro izquierdo,

entró de lado y cerró la puerta desvencijada dejando fuera el pálido mundo bajo la luz de la luna.

SEUMAS O'KELLY (1881-1918) nació en Loughrea, condado de Galway, el pequeño de siete hermanos.

Trabajó en *The Southern Star* de Cork y fue director del periódico nacionalista *Leinster Leader*, cargo que heredó su hermano Michael y que tendría que desempeñar de nuevo cuando este fuera encarcelado en 1916 tras el Alzamiento de Pascua contra la autoridad del Reino Unido.

Compañero de James Joyce en el University College de Dublín, escribió un volumen de poesía, doce obras de teatro, dos novelas y cuatro libros de relatos, entre los que destaca *La tumba del tejedor*, publicado póstumamente en 1919 y considerado uno de los mejores cuentos en lengua inglesa. Con un lenguaje lleno de lirismo y sus personajes humildes, solitarios, ligados a la tierra, retrató con brillantez la miseria y las injusticias de su país natal.

De salud frágil, murió a los treinta y siete años de una hemorragia cerebral después de que un grupo de soldados británicos irrumpieran violentamente en la redacción del *Nationality*, periódico vinculado al Sinn Fein del que era editor jefe.

En la entrada del Leinster Leader se le recuerda en una placa como

a gentle revolutionary.

Notas

[1] *Hermosa muchacha que ordeña su vaca* (*N. de la T.*) < <